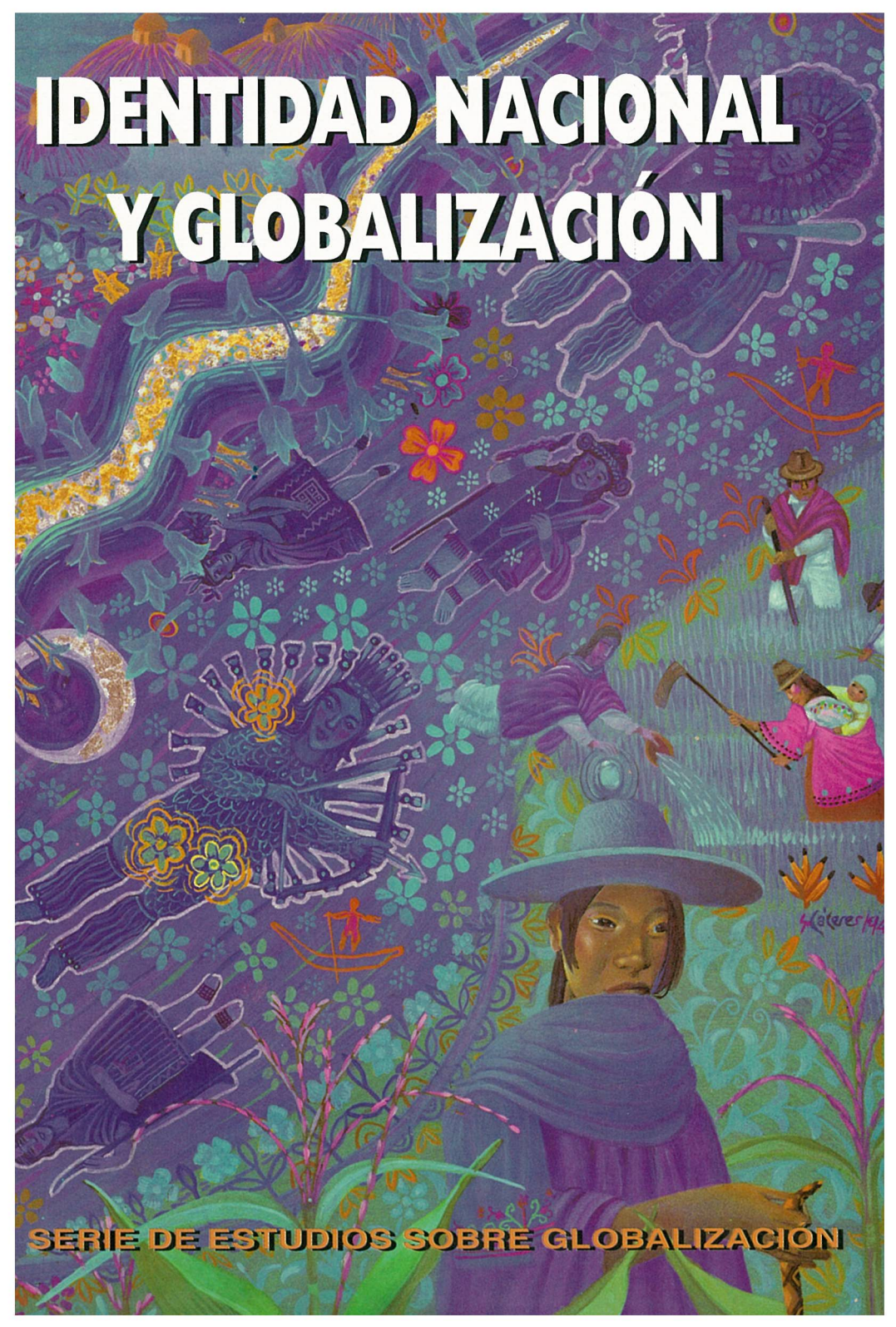


IDENTIDAD NACIONAL Y GLOBALIZACIÓN



SERIE DE ESTUDIOS SOBRE GLOBALIZACIÓN

IDENTIDAD NACIONAL Y GLOBALIZACIÓN

IDENTIDAD NACIONAL Y GLOBALIZACIÓN

*Alberto Acosta, José Almeida Vinueza, Marena Briones Velasteguí,
Jaime Costales, Fernando Jurado Noboa, Juan Bernardo León,
Luciano Martínez V., Jorge Ortiz, Edgar Ponce Iturriaga,
Rafael Quintero López, José Sánchez-Parga, Gustavo
Vega-Delgado, José Villamil de la Cadena.*



**INSTITUTO DE ALTOS
ESTUDIOS NACIONALES**

IDENTIDAD NACIONAL Y GLOBALIZACIÓN

Autores: *Acosta Alberto, Almeida Vinueza José, Briones Velastegui Marena, Costales Jaime, Jurado Noboa Fernando, León Juan Bernardo, Martínez V. Luciano, Ortiz Jorge, Ponce Iturriaga Edgar, Quintero López Rafael, Sánchez-Parga José, Vega-Delgado Gustavo, Villamil de la Cadena José.*

Edición: ILDIS (Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales)

Calle José Calama N° 354 y J. León Mera

Casilla: 17-03-367

Teléfono: (593-2) 562-103 / 563-664

Fax: (593-2) 504-337

E.mail: ildis1@ildis.org.ec

Quito-Ecuador

IAEN (Instituto de Altos Estudios Nacionales)

Av. Amazonas y Villalengua, esquina

Teléfono: (593-2) 547-763 / 456-368 / 464-203

Tele-fax: (593-2) 436-519

Quito-Ecuador

FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales)-Sede Ecuador

Calle Ulpiano Páez 118 y Patria

Casilla: 17-11-06362

Teléfono: (593-2) 232-032 / 232-031 / 232-030

Fax: (593-2) 566-139

Quito-Ecuador

Ilustración portada: Mito de las aguas, óleo, Gustavo Cáceres, 60x80, 1993.

1ra. Edición: 1.000 ejemplares

Impresión: NINA Comunicaciones, 540-881

Derechos de autor: 011061

ISBN: 9978-94-107-X

Impreso en Quito-Ecuador, 1997

INDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN, <i>Grad. José Villamil</i>	11
ALCANCES Y LIMITACIONES DE LA GLOBALIZACIÓN	
Ponencia, Alberto Acosta	25
En nombre de la globalización	25
En la globalización no todo lo que brilla es oro	27
La globalización no es un fenómeno reciente	28
La globalización se entiende en la lógica capitalista	30
El mercado mundial no es tan libre ni determinante	35
Los excesos de la globalización financiera	40
La globalización no homogeniza las economías	43
Los problemas ambientales también se globalizan	49
Ni un nuevo orden unipolar, ni una cultura global	52
A modo de conclusión: Una concepción estratégica de inserción en el mercado mundial	57
Bibliografía	61
Comentarios:	
Estrategias ganadoras y estrategias perdedoras frente a la Globalización, Juan Bernardo León Orellana	
Estamos inmersos en la globalización	65
Estrategias ganadoras y estrategias perdedoras	66
Estamos quedando rezagados en la modernización de nuestra sociedad	70
.....	75
Alcances y limitaciones de la Globalización,	
Edgar Ponce Iturriaga	83
Escenarios macroeconómicos	89
La pobreza afecta a la mayoría de los ecuatorianos	90
IDENTIDAD NACIONAL, CULTURAL Y GLOBALIZACIÓN	
Ponencia: José Sánchez-Parga	95
I. Las variables geométricas de la globalización	95
II. Efectos culturales de la globalización	106
III. Cultura e identidad nacionales en la globalización	115

Comentarios:

Nada se crea nada se destruye, todo se transforma, <i>Gustavo Vega-Delgado</i>	125
Identidad nacional, Cultura y Globalización, <i>Luciano Martínez V.</i>	133

IDENTIDAD NACIONAL Y ESTADO NACIONAL

Ponencia: <i>Rafael Quintero</i>	139
I. Las identidades nacionales antiguas frente al Estado colonial	139
II. Identidad nacional y Estado en el Ecuador postcolonial	147
III. El Estado burgués-terrateniente	151
Bibliografía	161

Comentarios:

Identidad nacional y Estado

Nacional, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	165
El momento intelectual del país.	166
La ligadura internacional del Ecuador	166
El invento de nación	167
El Estado incompleto	168
Consistencia y variabilidad del control por parte de la élite	170
El papel de la religión como articuladora o pseudoarticuladora del Estado	171
Lo retrógado	171
Preocupaciones actuales	172

Identidades múltiples y Estado unitario en el

Ecuador, <i>José Almeida Vinuesa</i>	173
---	-----

IDENTIDAD NACIONAL Y MEDIOS DE COMUNICACION

Ponencia: <i>Lic. Jorge Ortiz</i>	185
--	-----

Comentarios:

Identidad nacional y medios de comunicación, <i>Marena Briones Velasteguí</i>	199
Identidad nacional y medios de comunicación, <i>Jaime Costales</i>	209

PRESENTACIÓN

¿Quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿hacia dónde vamos? son preguntas claves que tiene que hacerse y contestarse urgentemente el Ecuador para salir de la crisis en que se encuentra, lo que exige una concepción estratégica que permita su participación activa en el contexto internacional.

Sin reconocer nuestras fortalezas, debilidades, oportunidades y amenazas; sin valorar nuestra diversidad étnica y natural, sin saber qué es ser ecuatoriano, sin evaluar nuestra escasa gobernabilidad, sin descubrir los límites de nuestro Estado, sin rescatar nuestro ingenio y nuestros valores, en definitiva sin reconocernos sin miedo, tal cual somos, será muy difícil resolver los agudos problemas que en todo orden tenemos que afrontar.

Sin embargo, para realizar lo anterior, previamente debemos descorrer el velo que cubre nuestras raíces. Sin saber nuestros orígenes, sean cuales fueren, heroicos o no, ¿cómo podemos tener identidad, autoestima, personalidad, firmeza de carácter?

Debemos también mirar hacia el futuro, como ciudadanos del mundo, y planificar para tal efecto. Debemos definir y enriquecer en forma consensual los objetivos nacionales permanentes, con el fin de dar paso a su operativización.

Generalmente, estos problemas del Ecuador profundo, ligados a su identidad, son escasamente investigados y menos aún discutidos. El nivel de conocimiento colectivo sobre estos temas es superficial. Sin embargo, deben ser parte del coloquio y de la preocupación cotidiana de buena porción de los ecuatorianos, como un

factor que potencie nuestras capacidades en momentos de tensión nacional. A pesar de que existe, o debería existir, una creciente preocupación sobre este punto, incluso en los medios académicos, se dedica poca atención a su tratamiento. Es un tema de "conocimiento general" del cual, por lo regular, se sabe poco.

Con estas ideas, el Centro de Investigación del Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), conjuntamente con el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), organizó el "Encuentro Identidad Nacional y Globalización" en el marco del 25 Aniversario del IAEN. Fue una invitación a abrir el tema al debate académico. Fue una oportunidad para iniciar jornadas e investigaciones sobre el tema, frente a los retos que plantea la globalización. En este espacio de debate abierto y pluralista, se abordaron puntos diversos, con la participación de expertos de alto nivel. Las ponencias y comentarios realizados en ese evento, se exponen en este libro que se espera contribuya a inquietar el pensamiento y acción creativa de los ecuatorianos.

Los editores

General (r) José Villamil
de la Cadena

Director del IAEN

Señor Hans Ulrich Bünger

Director del ILDIS

Arquitecto Fernando Carrión

Director de la FLACSO

Quito, 11 de agosto de 1997

INTRODUCCIÓN

GRAD. José Villamil de la Cadena *

EL NUEVO MILENIO NOS TRAE UNA NUEVA ERA, LA
DEL AMOR Y LA SABIDURÍA. EN ELLA SE EDIFICA-
RÁ UNA NUEVA HUMANIDAD SOLIDARIA Y UNA DI-
FERENTE CIVILIZACION CÓSMICA.

EL CONOCIMIENTO Y LA FE SERÁN LAS HERRA-
MIENTAS TRANSFORMADORAS EN MANOS DEL
HOMBRE.

Es altamente honroso para quienes constituimos el Instituto de Altos Estudios Nacionales, tener en este día la presencia de tan altas autoridades, de los dignos representantes de los países amigos y de este ilustre auditorio de ecuatorianos, representantes de los distintos sectores sociales, raciales, culturales, políticos, religiosos, militares y policiales, laborales, educacionales, de los medios de comunicación social, del sector empresarial público y privado, en fin, todos aquí reunidos para magnificar la celebración de las bodas de plata de la creación institucional. Muy rendidas gracias por ello.

La historia de la Nación ecuatoriana recoge las vertientes de pueblos de origen diverso, desde los shiris, caras, huancavilcas, caranquis y cañaris, cuya mitología da sentido y afirmación a la cultura nacional, pasando por los quichuas, luego los hispanos y con ellos los africanos, hasta las casi imperceptibles migraciones de europeos, asiáticos, norteamericanos, árabes y judíos, que en las últimas décadas se han asentado en varias de nuestras regiones y, en especial, la gran cantidad de colombianos y chilenos que se han incorporado a nuestro país. Todos son parte ahora, del proceso de consolidación que nos debe llevar a dejar de ser una nación en ciernes y a forjar el necesario PROYECTO NACIONAL.

Las grandes vicisitudes de la Patria, que se inician con las luchas reivindicatorias por el honor de los quitus frente al invasor inca, la resis-

* Comandante de varias brigadas del Ejército y Subsecretario de Defensa Nacional, Jefe del Estado Mayor del Comando Conjunto, Jefe del Estado Mayor del Ejército, Jefe de la Delegación Ecuatoriana ante el Pentágono y ante la Junta Interamericana de Defensa. Licenciado en Ciencias Militares y Administración, ESPE. Actualmente es Director del Instituto de Altos Estudios Nacionales.

tencia de Rumiñahui al invasor blanco, la Revolución de las Alcabalas, el prócer Espejo, los héroes de Agosto de 1809 que se transformarían en mártires en Agosto de 1810, la fragua de Vulcano del 9 de Octubre de 1920 que forjó las armas para la epopeya libertaria de Pichincha, que se diera el 24 de Mayo de 1822, continúan con Tarqui en aquel luminoso 27 de Febrero de 1829, y llegan a la República en 1830, luego de separarse de la Gran Colombia.

En los inicios republicanos casi fuimos a la disolución, con tres gobiernos simultáneos. Salvarían al país naciente los marcionistas, García Moreno, Alfaro y la Revolución Liberal.

Surgieron enseguida más ambiciones de poder: la plutocracia, los movimientos golpistas frente a las reivindicaciones populares.

Vendría luego la noche más negra de la historia, desde aquel aciago día 29 de enero del año 42, la mayor frustración, el dolor capaz de inmovilizarnos por más de medio siglo, hasta la gesta del Cenepa.

Los últimos años han estado cruzados por nuevas adversidades, como el paternalismo, el velasquismo, el populismo, la "amenaza comunista", y junto a ellas como "antídoto" las dictaduras militares.

Así hemos llegado al presente, tras los últimos gobiernos autodenominados democráticos, que contribuyeron de varias maneras al episodio final del fracaso del sistema y al triunfo de las masas del 5 y 7 de febrero del año en curso.

La situación del Ecuador de fines de siglo nos encuentra -pero no nos sorprende- con una economía concentrada en las oligarquías hereditarias, con una ya no pujante clase media que fue desarrollada en los años 70 y con una gran masa creciente de pobres; con una deuda externa insoportable, dentro de un ambiente de juegos financieros, cambistas y devaluatorios, para favorecer a los círculos de poder, que fueron beneficiarios también de la sucretización realizada con igual propósito; con una gran deuda interna y deuda social impagables. A cambio tenemos un alto "sítil" en la corrupción mundial.

Las privatizaciones se han pretendido hacer sin beneficio de inventario. Hay una creciente criminalidad y la inseguridad consecuente.

La insalubridad es grave y es cada vez menor la atención a la salud.

La falta de vivienda y ausencia de un sistema de seguridad social real, son necesidades apremiantes. La educación es de mala calidad y deficitaria, la capacitación precaria y de corto alcance.

La llamada democracia está en plena crisis y en búsqueda de un cambio estructural y ético definitivo. Un afán xenófobo de racismo y tribalismo hacen peligrar la supervivencia del Estado Nación ecuatoriano.

El problema limítrofe aparece en su clímax y en procura de una solución digna, justa y definitiva.

En resumen breve, este es el marco que ha obligado al IAEN, como parte de la colectividad, a reflexionar detenida y profundamente para cooperar con sus estudios en la búsqueda de soluciones viables que puedan ser recomendadas a los gobiernos y los actores sociales.

El Instituto que cumple este día 25 años de labores, ha evaluado su accionar y luego de encontrar que ha ganado un merecido prestigio y que tiene 777 graduados, muchos de ellos de gran prestancia, ha decidido que no puede quedarse dormido en esos laureles. Hemos realizado una planificación estratégica institucional, basada en la convicción de que el Ecuador debe aceptar el reto de ser país en el próximo siglo. Pero para subsistir en ese nuevo mundo globalizado, tan exigente, creemos que los ecuatorianos debemos fijarnos los más altos objetivos. Debemos tener una clara y positiva visión de futuro, necesaria utopía: la de un Ecuador conformado como un Estado nacional, plenamente integrado en base a consensos. Con un marco legal que garantice las relaciones entre los poderes, entre las instituciones y entre los hombres; además, con las otras naciones y organizaciones internacionales.

Con justicia social, trabajo, seguridad y salud para todos. Con iguales oportunidades para educarse y participar en la generación y

disfrute de la riqueza mediante un desarrollo sustentable y sostenido. Con una activa participación política de la población, en un ambiente democrático real, ejercido mediante un aparato estatal desburocratizado, descentralizado y desconcentrado.

Debemos tener el coraje de mirarnos como un pequeño gran país inserto o posicionado entre los países del denominado primer mundo.

¡Nada menos!

Solo una idea convocante de esa magnitud nos hará desarrollar todas nuestras capacidades.

Consecuente con esa expectativa, nuestra misión ha tenido que ser reformulada y con ella también nuestra estructura.

El IAEN está profundizando la investigación de la realidad nacional, frente a la nueva y cambiante situación mundial y regional, en un marco de elevada rigurosidad científica, para crear conocimiento y generar instrumentos para la planificación y conducción de las políticas de Estado y gubernamentales. Está conduciendo un curso de post grado de especialistas en planificación de las políticas de seguridad y desarrollo, utilizando las mejores técnicas educativas que hagan del alumno el autor de sus propios conocimientos, facilitándole hábitos para “aprender a aprender” en un marco de excelencia y absoluta libertad académica.

Paralelamente, está planificando otros cursos para obtener el grado de maestría. Y para el futuro está previendo el doctorado en especialidades necesarias para la conducción de la acción política nacional.

Ha entendido que su finalidad primordial en esta hora es preparar los líderes para el cambio, con conocimientos, con principios éticos, comprometidos con el destino histórico. Hombres y mujeres que trabajen en equipo, concertadores, proactivos, hábiles negociadores y a la vez honestos, con coraje y con fe en el futuro. Que sean la masa crítica necesaria para la reacción en cadena que se requiere para despertar y levantar a la Nación.

La nueva concepción incluye la responsabilidad de mantener actualizados a sus ex alumnos y además extender su acción a otros niveles y sectores nacionales, como universidades, colegios, gremios etc., para difundir la doctrina de la seguridad y el desarrollo, pero además, para ayudar a la capacitación de esos y otros grupos humanos y motivarlos para que asuman sus responsabilidades ante el reto actual de la historia.

Para ello se está creando la escuela de educación continua, que incluirá cursos especiales dirigidos a directores de medios de comunicación, líderes comunitarios, empresarios, etc., y que atenderá a todas las regiones del país.

También vamos a realizar pasantías de expertos del más alto nivel, para contribuir a la transparencia de la administración pública y a la formación de ellos mismos, como la élite de la dirigencia política y expertos administradores de la cosa pública.

Ante la necesidad de hacer realidad el sueño de Bolívar y San Martín, para lograr la unidad sudamericana en un bloque que pueda negociar e interactuar en términos justos y equiparables con los otros bloques, en la nueva era de la globalización, el IAEN cree en la necesidad de establecer, con el aval de otras instituciones similares, de naciones como Suiza, Holanda, Inglaterra, Alemania, EE.UU., Israel, etc., una escuela de postgrado en ciencias estratégicas internacionales, iniciativa que deberá cristalizarse el próximo año, mediante gestiones que se están realizando desde ya.

Por otra parte, el hecho que la mayoría de nuestros gobernantes provienen de la costa y del Guayas específicamente, nos ha obligado a la reflexión de que debemos atender esa región con nuestros cursos, que han estado hasta hoy centrados en atender los requerimientos de la burocracia serrana, casi de la quiteña, lo cual no le daba el carácter de nacional, e impedía la formación adecuada de los líderes políticos costeños. Por ello, estamos creando una organización similar en Guayaquil, que empezará a funcionar el próximo año, con los ajustes necesarios a esa realidad geográfica y socio-cultural.

Hemos estructurado y ya está en funcionamiento el Centro de Estudios Estratégicos con algunos proyectos, entre los cuales están:

La planificación estratégica del Estado Ecuatoriano (consensos y proy. Nac.)

El sistema de información estratégica (Base nacional integrada de datos)

- Estrategias para fortalecer el carácter nacional
- La práctica de los valores
- Diseño de escenarios para el desarrollo y seguridad nacional
- Nueva filosofía para la acción política democrática participativa
- Proyecciones y soluciones del mercado del trabajo
- El proceso religioso hacia la unidad nacional y de la humanidad.
- Estrategias de desarrollo para posicionar al Ecuador en el “Primer Mundo”
- Papel de las FFAA. en los escenarios del siglo XXI
- Reordenamiento del agro mediante el cooperativismo
- Una nueva doctrina para la seguridad y desarrollo nacionales
- Geopolítica del Ecuador

Este es el actual INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS del Ecuador y ojalá de América que, en esta fecha en que cumple sus bodas de plata, rinde homenaje de admiración y respeto al señor general don Víctor Aulestia Mier, gestor y propulsor de su creación, visionario estratega que creyó en la necesidad de preparar a los líderes políticos y estadistas para que diseñen y dirijan el futuro de una gran Nación. Hemos creído de estricta justicia inmortalizar su memoria, grabando en letras de bronce su nombre para llamar así, al aula magna de este Instituto.

Y también es necesario rendir pleitesía y gratitud al gobierno del señor general don Guillermo Rodríguez Lara, que auspició y decretó su fundación el 22 de mayo de 1972.

Nuestro reconocimiento en esta hora incluye a todos los señores directores que supieron dar lustre y elevaron cada vez más el prestigio institucional. También ese reconocimiento lo consignamos para el cuerpo de asesores, conferencistas y facilitadores, cursantes y empleados que con su apasionada entrega han hecho del IAEN, lo que actualmente es y de lo cual deben sentirse orgullosos.

Hemos tomado la posta y estamos dispuestos a enfrentar los mayores retos, a fin de lograr dar al Ecuador los nuevos prohombres que forjen su gran destino y guíen a nuestro pueblo hacia la conquista de los más altos objetivos.

Pero para ello deberemos contar y estamos seguros que contaremos con el apoyo del actual gobierno, presidido por un distinguido ex cursante, el señor doctor don Fabián Alarcón Rivera, quien se ha comprometido con la “Revolución pacífica de la Alegría y de la Dignidad”, de febrero, para darle al pueblo del Ecuador todas las oportunidades para gestar, por sí mismo, los cambios necesarios para ser una nación solidaria, unificada, que goce de un marco de justicia, seguridad y prosperidad, y que se proyecte a la posteridad en procura de cada vez mayor respetabilidad y gloria.

En estos momentos de necesarios y vitales cambios, nos ponemos a las órdenes del gobierno nacional y de todos los ecuatorianos. Queremos ser el lugar más confiable para el diálogo y los consensos, para la búsqueda de nuestra identidad y para ayudar a la construcción de nuestro destino.

Creemos que el Ecuador, a igual que lo realizado por otros pueblos que estuvieron aún más atrasados que el nuestro, puede y debe despertar su conciencia, atreverse a soñar despierto. Debe fijar en lo alto su mirada y afirmarse en su prodigioso suelo, confiando en Dios, en sí mismo como pueblo altivo y capaz y en la humanidad. Tiene que planificar su proyecto nacional de largo plazo y trabajar en consecuencia, en el día a día, con renovados bríos. Necesita forjar nuevos mitos y paradigmas y recuperar sus verdaderos valores. Con esa base, podrá crear un ambiente de armonía y confianza, borrando viejos resentimien-

tos, regionalismos, racismos y tribalismos que solo dejan distancias y amarguras.

Se deben estrechar lazos de afecto y comprensión entre todos los actores y con la naturaleza.

Requisitos todos los anteriores, para ir, entonces sí, a una Asamblea Constituyente que nos determine el marco jurídico que permita concretar las aspiraciones de nuestros ancestros, nuestras aspiraciones nuestras actuales y las de quienes nos sabrán honrar en el porvenir.

Seamos dignos de la nueva historia que estamos escribiendo. Fuimos copartícipes de la epopeya del Cenepa, de la jornada gloriosa del 5 de febrero. Dispongámonos y demos desde hoy mismo las nuevas batallas, primero contra aquellas actitudes negativas de nuestra idiosincrasia, luego contra la corrupción, contra el crimen, contra la pobreza y el desempleo, contra la injusticia, contra la demagogia y oportunismo, contra las adversidades de la naturaleza y contra el destino mismo, si él se opone a los horizontes de grandeza a que estamos obligados a llegar a través de nuestro esfuerzo.

Forjar un Ecuador grande, más fuerte que el de Benjamín Carrión, más luminoso que el de Guayasamin, Kingman, y tantos otros pintores; más sonoro y armónico que el de Benítez y Valencia, más alegre que Evaristo y el Miche juntos; más rico que el petróleo, el oro y todos los recursos naturales y humanos amalgamados y sobre todo, más humano, más abierto y más creyente en el Creador Omnipresente que está alentando complacido los esfuerzos que hagamos por construir el mundo que El quiere para nosotros, ese es nuestro deber y nuestra consigna.

Ha sido honroso y muy grato entregar en esta sesión solemne las condecoraciones institucionales, al Sr. Presidente Constitucional, en mérito a su apoyo a nuestros proyectos y por sus esfuerzos dados a la causa nacional para que encuentre su gran destino; a los señores ministros, al señor Secretario de la Administración, y al señor Procurador, por su comprensión y apoyo a las labores del Instituto, lo cual permitirá la adecuación administrativa y financiera que nos facilitará cumplir las

nuevas tareas en beneficio del país; a los señores ex directores del IAEN en mérito a los grandes esfuerzos entregados en su gestión para haber posicionado al Instituto, con el prestigio que hoy tiene, en la sociedad ecuatoriana; y a los señores asesores y funcionarios por haber cumplido devotamente con su silenciosa pero excelsa labor de ayudar en la formación de nuestros líderes.

Es necesario dejar constancia de reconocimiento al Consejo Nacional de Universidades y Politécnicas, a la Universidad Central del Ecuador, a la Escuela de post grado de Ciencias Internacionales de la Universidad Central y al Centro de Investigaciones de Petroecuador, por haber querido comprometerse en los procesos investigativos y de docencia que nos llevarán a unir esfuerzos por una sola causa: el país.

Ya antes hemos firmado acuerdos de cooperación y alianzas estratégicas con otras universidades, organismos e institutos del Ecuador y del extranjero, con igual fin; entre los más importantes están la Universidad Andina Simón Bolívar, FLACSO, ILDIS, Fundación Ecuador, ESQUEL, el Instituto de Matemáticas de París, la Secretaría Técnica del Frente Social, la Universidad de La Florida. Tenemos prevista la suscripción de convenios con George Washington University, Harvard, Universidad de Maryland, Utah, entre otras, gracias al apoyo de la Agregaduría Cultural de la Embajada de los EE.UU de N. A.

Creemos que este tipo de convenios, alianzas estratégicas, esta unidad de trabajo y esfuerzos, son un ejemplo de que pueden lograrse los consensos si hay grandes ideales compartidos y el propósito superior de deponer viejos recelos que nos han mantenido aislados, limitados, débiles.

Debemos, en esta unión encontrar los nuevos paradigmas de la solidaridad, apertura y compromiso para un trabajo creativo y de beneficio para nuestros clientes, el gobierno nacional y nuestros ciudadanos.

A nombre del IAEN agradezco por la confianza del gobierno y pueblo ecuatorianos y por la oportunidad que nos dan de servir a sus

más caros intereses, que también son los nuestros. Las decoraciones a nuestro Estandarte nos colman de un sano orgullo.

Gracias reiteradas al señor Presidente de la República, señora Vicepresidenta, señor Presidente del Congreso Nacional, a las altas autoridades, representantes de los países amigos y a todos quienes con su presencia han dado el marco solemne necesario para esta celebración. Nos compromete a mayores esfuerzos y mejores logros.

ALCANCES Y LIMITACIONES DE LA GLOBALIZACIÓN

PONENCIA:

Ec. Alberto Acosta

COMENTARISTAS:

Ing. Juan Bernardo León

Lic. Edgar Ponce

ALCANCES Y LIMITACIONES DE LA GLOBALIZACIÓN

PONENCIA

Ec. Alberto Acosta

COMENTARISTAS:

Ing. Juan Bernardo León

Lic. Edgar Ponce

**LECTURA URGENTE PARA UN
PROYECTO NACIONAL DE DESARROLLO:**

**ALCANCES Y LIMITACIONES DE LA
GLOBALIZACIÓN**

Alberto Acosta *

EN NOMBRE DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización es el tema de moda. Todo se globaliza. En todas partes se habla de ella. Ella asoma como la causa de muchos procesos y como la motivación para muchas políticas. Se ha convertido, en más de una ocasión, en un pretexto para impulsar ciertos cambios o en una espada de Damocles para frenar muchos reclamos. Es la gran explicación para (casi) todo¹.

Sea en los países subdesarrollados o en los desarrollados, la globalización ha alcanzado una aceptación bastante generalizada. Y desde esta aceptación casi reverencial a la globalización, entendida como un fenómeno reciente, se la proyecta con fuerza hacia todos los ámbitos de la sociedad. Se la ve como una nueva era en la historia de la humanidad, casi como un nuevo proceso civilizatorio en ciernes.

* Consultor del ILDIS y profesor-investigador de la FLACSO.

1 Ya se habla hasta de una "globalización del crimen organizado", en la medida que las grandes organizaciones del delito -mafias europeas y norteamericanas, Yakuza japonesa, Triada china, carteles de la droga latinoamericanos- están expandiéndose por el globo y tal como lo hacen las empresas transnacionales que se combaten o integran, dependiendo de las circunstancias (Chossudovsky).

La conformación de un solo mercado mundial integrado, que influye en todo y lo resuelve todo de mejor manera, implicaría -según el mensaje dominante- la difusión rápida y generalizada, alrededor del globo, de factores de producción, inversiones, tecnologías y patrones de consumo, a más de productos y servicios.

Para quienes la defienden y promueven "la globalización constituye el marco de referencia para (...) integrarse en las corrientes internacionales de comercio, inversión y tecnología". Leamos una definición positivista de la globalización en palabras de Ana Lucía Armijos, ex-presidenta de la Junta Monetaria del Ecuador:

"La globalización económica, en términos generales, debe ser entendida como un fenómeno que posibilita la libre circulación de bienes y servicios, elimina las fronteras, crea un mercado y un espacio suprarregional ampliado y permite la complementariedad y el intercambio. (...) Todo lo anterior se ha manifestado en la rápida internacionalización de la producción y de las finanzas, en el crecimiento del intercambio comercial, la movilidad mayor de los factores productivos y particularmente del capital, y de la integración intersectorial de la economía a nivel local e internacional. (...) El Ecuador no puede quedar al margen del proceso de globalización".

En comunión con esta visión, la globalización homogenizaría la economía mundial y revasaría los límites nacionales, lo cual nos obligaría a rechazar aquellas propuestas de integración que parten de potenciar las capacidades del mercado regional en tanto frenan la misma globalización y el logro de sus beneficios, tanto como cualquier esquema de desarrollo alternativo que pretenda surgir rescatando las potencialidades domésticas.

Igualmente, y como complemento de esta concepción de profundo contenido economicista, en particular luego de la caída del muro de Berlín, es casi normal aceptar la existencia de un nuevo orden político controlado por una potencia con capacidad de acción indiscutida en toda la tierra: los Estados Unidos. Tendencia que encontraría en el ámbito social un eco aglutinador que nos conduce a una cultura globalizada.

Frente a esta percepción de un proceso "totalizante" (Armijos 1997: 99), la única norma que cuenta es la capacidad de competencia en el mercado mundial, que será conseguida en un ambiente de creciente liberalización y apertura. Y en este ambiente de creciente libertad -la libertad del libre mercado-, solo hay espacio para aquellas políticas de inspiración neoliberal, consideradas como sanas y coherentes, que conllevan crecientes sacrificios en la actualidad con la esperanza de construir la prosperidad en el futuro.

EN LA GLOBALIZACIÓN NO TODO LO QUE BRILLA ES ORO

Sin la pretensión de negar las potencialidades existentes a nivel internacional -no sólo en términos económicos- hay que escudriñar con detenimiento el significado de este mensaje dominante, cuya aceptación acrítica podría sintetizar una esperanza frustrada de antemano.

Ni la globalización -vista como mensaje ideológico totalizante- cumple lo que ofrece, ni las recetas aplicadas -derivadas de dicho mensaje- han resuelto los problemas del subdesarrollo. Es más, esas políticas consideradas generalmente como pragmáticas y serias, en tanto forman parte de "la política de lo mejor", suelen ser apenas "un ejercicio retórico donde el futuro ideal sirve para legitimar lo pésimo de hoy" (Calcagno 1996: 9).

En estas condiciones resulta imperiosa una relectura de la globalización². No para simplemente negar su existencia. No para cerrar la puerta a la integración de nuestros países en el contexto mundial. Tampoco para asumir la construcción intelectual de una propuesta teórica global contestaria a la globalización, como si esta fuera simplemente el resultado de un producto artificial o ideológico, preparado

2 Algunos tratadistas diferencian la globalización de la mundialización; la primera sería "el aumento en cantidad e importancia de la economía financiera", mientras que la segunda representaría "la expansión del sistema (capitalista) hasta ocupar todo el mundo" (Tortosa 1997: 6).

exprofeso para sojuzgar a los grupos explotados. Lo cual implica reconocer, en primera instancia, que la globalización no es en sí una estrategia, sino un proceso en marcha³.

Planteadas así las cosas, requerimos una aproximación realista al contexto histórico del momento presente, despojándolo de sus mitos y falsedades. Para desde allí proyectar una estrategia de desarrollo realizable y deseable para el conjunto de la sociedad, que asuma lo que es posible hacer en las actuales condiciones -lo alternativo-, sin perder de vista una necesaria utopía orientadora, aquella ansiada vocación utópica de futuro.

Es preciso, entonces, no asumir lógicas mal entendidas y peor explicadas, que provocan respuestas equivocadas.

LA GLOBALIZACIÓN NO ES UN FENÓMENO RECIENTE

Para empezar reconozcamos que la globalización no puede ser asumida como de aparición reciente.

A nivel económico, la mundialización del mercado internacional no representa ningún fenómeno novedoso. En realidad, este es un proceso que se inició hace mucho tiempo⁴. Sus orígenes más profundos podemos encontrarlos en el surgimiento del capitalismo y la modernidad, con la reconcentración de los recursos que provocó la mundialización y colonización iniciadas en 1492, y que dio inicio a aquella etapa de

3 La globalización, en tanto síntesis del mensaje dominante, con frecuencia es instrumentada como una propuesta ideológica totalizante e indiscutible, que sintetiza el neoliberalismo. "La palabra 'globalización' fue escogida como el portador ideológico de esta aspiración total" (Hinkelammert 1997: 42), que en la práctica recoge el instrumental neoliberal, tan cargado de elementos negativos que frenan su profundización y que es "una concepción radical del capitalismo que tiene a absolutizar el mercado hasta convertirlo en el medio, el método y el fin de todo comportamiento humano inteligente y racional. Según esta concepción están subordinados al mercado la vida de las personas, el comportamiento de las sociedades y la política de los gobiernos" (Padres Provinciales de la Compañía de Jesús de América Latina 1996: 20).

4 Visiones simplistas, propias de quienes defienden el ultrismo del mercado, ven atisbos de globalización en los primeros acercamientos comerciales de las tribus primitivas.

"descubrimiento" de países y pueblos extraños a la cultura europea (Altwater y Mahnkopf 1996: 21), que originó una "imparable marcha de expansión e inclusión de nuevas zonas", tanto que es hoy es casi imposible encontrar sociedades al margen "de un sistema que hoy ya se puede llamar realmente mundial" (Tortosa 1997: 5).

Este proceso se profundizó con las revoluciones industriales. "De ese modo se va produciendo la mundialización del poder, de la economía en primer término, en torno del capital. Es su culminación que se procesa en nuestro tiempo y que denominamos como globalización del poder" (Quijano. 1994: 93).

Ahora, especialmente en base a la ampliación de los flujos económicos a partir de los años cincuenta, podemos constatar la profundización de una tendencia globalizadora. Aunque también cabría mencionar que la economía mundial es menos abierta ahora que lo que fue entre 1870 y 1914 (Kamppeter 1996: 3). Esta verificación enriquece y a la vez complica el análisis: si en determinados momentos históricos hablamos de globalizaciones, en otros también asoman tendencias hacia una desglobalización (Schuldt), situación que nos obliga a entender esta evolución como un proceso cíclico.

A pesar de estos cuestionamientos, hay que reconocer que este proceso de globalización ha alcanzado recientemente una mayor connotación: "el globo se ha vuelto más compacto en términos espaciales y de tiempo, y aquí radica lo realmente nuevo de la globalización al finalizar el siglo veinte" (Altwater y Mahnkopf 1996: 23). Una compactación explicable por los notables avances tecnológicos de las últimas décadas, particularmente en el campo de la comunicación y del transporte, que han acortado las distancias y han reducido sustantivamente sus costos. Tan es así que los cambios producidos y sus implicaciones hay que procesarlos en tiempo real.

Esta aproximación a los orígenes de la globalización, como un proceso totalizante, nos obliga a reconocer que la globalidad como meta no ha sido alcanzada aún o que quizás no puede ser alcanzada en un futuro predecible (Altwater y Mahnkopf 1996: 24), sea por razones

socioeconómicas propias del sistema dominante o por consideraciones ecológicas que impiden una reproducción masiva de los esquemas de producción y consumo de los países desarrollados a nivel mundial: ese estilo de desarrollo es irreplicable en gran escala.

LA GLOBALIZACIÓN SE ENTIENDE EN LA LÓGICA CAPITALISTA

Un acercamiento más profundo para entender la globalización nos conduce a un análisis sistémico expresado en los términos en que Immanuel Wallerstein entiende al capitalismo que "es, ante todo y sobre todo, un sistema social histórico" (1989). Es la lógica concreta y única de este sistema -su dialéctica- la que nos aclara, en gran medida, los acontecimientos -no todos claramente perceptibles- del presente proceso mundial de grandes transformaciones y, por lo tanto, el mismo proceso de globalización.

El capitalismo es, entonces, su punto de referencia

Recordemos que este sistema, cualquiera que sea el grado de su desarrollo, es sumamente inestable y vital, con una notable capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias. Constatación que nos obliga a una aproximación que permita "describir esta realidad, delinear con precisión lo que siempre ha estado cambiando y lo que nunca ha cambiado" (Wallerstein).

A este sistema capitalista lo entendemos como "un sistema de valores, un modelo de existencia, una civilización: la civilización de la desigualdad", tal como lo concibió Joseph Schumpeter. Otro de los rasgos de este sistema radica en su limitado horizonte temporal que, antes, se trató de equilibrar con oportunas intervenciones estatales (Thurow). Además, habría que reconocer que los mercados capitalistas "mantienen su condición histórica de lugares de ejercicio de poder de grupos privilegiados relativamente pequeños". Mercados que además son "socialmente segmentados, 'miopes' en materia de asignación de recursos en el largo plazo, discriminatorios en cuanto al acceso de los diversos segmentos productivos". Lo cual se refleja en su deficiente funciona-

miento (Marchán/Schubert). Necesariamente debemos encontrar todas estas características en la globalización.

Esta visión del capitalismo introduce, adicionalmente, un enfoque dinámico, a diferencia de la concepción de equilibrio, sostenida por muchos economistas, empezando por Léon Walras en el siglo XIX. Lo cual nos obliga a un estudio integrado -realista- de los diversos fenómenos que aparecen inmersos en lo que se ha constituido como un nuevo sentido común universal -el neoliberalismo- y hasta de aquellos que son producto del azar, destacando en especial el contenido real del término de moda de los años noventa: la globalización.

Todo parece indicar que asistimos a la conformación de una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo, a cual corresponden nuevas formas de organización (y nuevas formas de imperialismo), pero que no puede ser asumida mecánicamente como el nacimiento de una nueva época histórica. De cualquier forma, resulta difícil definir la presente situación con claridad, en tanto estarían cambiando las formas de reparto y control del mundo, con una serie de alianzas entre potencias tradicionales y hasta emergentes, que pueden desembocar en un nuevo y remozado equilibrio de fuerzas y en nuevas contradicciones (al menos en el campo económico)⁵.

En concreto, proponemos rescatar el significado de la revolución tecnológica que se gesta desde hace tiempo atrás, lo cual nos remite a

5' Como complemento a lo anterior, convendría identificar, a nivel de los países industrializados, tres formas básicas de capitalismo: el capitalismo renano-alemán-nórdico, el anglosajón de Gran Bretaña y los Estados Unidos, y el nipón, asimilable también al capitalismo de los nuevos países industrializados de Asia. Frente a estas tres formas dominantes en un mismo sistema internacionalizado, tenemos los capitalismo dependientes, propios de nuestras regiones. Todos estos, dominantes y dependientes, enfrentan problemas y están modificando partes de sus enfoques, instituciones y modos de operar. También vemos que en unos el papel del Estado es mucho más preponderante que en otros, dependiendo a cual forma de capitalismo nos referimos. Igualmente, en unos el proteccionismo está más presente a pesar de que se difunde la liberalización. Naturalmente los niveles de consumo, de ahorro, de competitividad y aún el deseo de "búsqueda" de sistemas de equidad varía en cada una de estas modalidades.

la comprensión de las denominadas "ondas largas de desarrollo capitalista" de Nicolai Kontratiev (Kondratiev o Kondratieff), cuya vigencia emerge en forma desigual y combinada⁶.

Aquí conviene relieves las características del cambio técnico y su impacto sobre los países subdesarrollados. Impacto que ilustra al menos parte de las dificultades que atraviesa su aparato productivo. Las transformaciones tecnoeconómicas y tecnosociales provenientes de realidades diferentes a las nuestras explican, por lo demás, la lentitud con que se adaptan en nuestras realidades socioculturales y también su difícil readaptación a las nuevas demandas. Vistas así las cosas, estas transformaciones, lejos de representar una palanca para nuestro desarrollo, podrían transformarse en nuevos riesgos.

Esta es una situación explicable por la naturaleza de un cambio técnico, normalmente ajeno a las sociedades subdesarrolladas. Pensemos que muchos de los cambios tecnológicos actuales se inscriben en los esfuerzos que realizan las naciones industrializadas para reemplazar el uso de mano de obra por capital, para provocar la desmaterialización y desenergización de la producción con miras a ahorrar o a reemplazar materias primas y energía importadas, para conseguir una mayor utilización de la información y una creciente innovación en todos los procesos productivos y comerciales. Todo esto en medio de una acelerada difusión de las nuevas tecnologías en los aparatos productivos de esos países que produjeron endógenamente dichos cambios para agilizar la integración descentralizada de la producción, así como para viabilizar sistemas de mejora continua y de aprendizaje constante, que conducen a una creciente flexibilidad y adaptabilidad de sus empresas.

6 Su estudio nos permitiría elaborar estrategias más ajustadas a estos movimientos profundos, de gran contenido estructural, tal como lo hace desde hace algunos años un creciente número de científicos sociales de las más diversas tendencias ideológicas: Ernest Mandel, Jürgen Schultdt, Anwar Shaik, André Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, Joyce Kolko, David Gordon, Joshua Goldstein, Jay Forrester, W.W. Rostow, Humberto Campodónico, Eduardo Loria Díaz, entre otros. Esta renovada preocupación por un marco teórico que parecía olvidado podríamos entenderla en el marco de la crisis de paradigmas vigente, que ha obligado a buscar una especie de brújula para diseñar políticas que permitan enfrentar los grandes retos económicos y sociales de fin de siglo.

Esta claro, también, que la disputa por el poder económico a nivel mundial está signada por un complejo desarrollo de tecnologías de nuevos procesos y no de nuevos productos.

Todas estas tendencias nos abocan a comprender primero los cambios tecnológicos en marcha, el meollo de la actual onda de desarrollo capitalista. Requerimos conocer cuáles son las motivaciones y los resultados de aquella innovación destructiva (Schumpeter) que deja obsoletas inversiones productivas, realizadas anteriormente. A la llamada desmaterialización, por ejemplo, hay que entenderla como resultado de la búsqueda de tecnologías orientadas a producir nuevos materiales sintéticos que permitan reducir el peso de la factura comercial⁷. El cambio tecnológico altera los mercados laborales, en la medida que se produce una preocupante destrucción de puestos de trabajo, con un creciente y cuasi permanente desempleo, de tipo estructural. Y todo en medio de un ambiente que ha descuidado sistemáticamente la distribución de la riqueza...

Todas estas constataciones, a su vez, nos indican que es preciso considerar los efectos que podría desatar el cambio tecnológico sobre nuestras economías, concretamente sobre nuestras exportaciones y también en el momento de decidir sobre posibles inversiones, particularmente sobre aquellas que atan un considerable volumen de recursos financieros.

En este contexto aflora la necesaria comprensión de los avances tecnológicos de punta. La microelectrónica, en sus diversas aplicaciones (robótica, informática, telemática, etc.), desempeña un papel central. La biotecnología también requiere un análisis detenido, sobre todo por la significación que tiene para la producción agropecuaria; pensemos, por ejemplo, en el potencial y los riesgos que ofrece la clonación.

7 Esta tendencia, que se refleja en la menor cantidad de materias primas y energéticas por unidad de producto en los nuevos procesos productivos, no coincide con el incremento masivo de materias primas y energéticas (quantum) que se registra en la producción mundial, y naturalmente en el comercio mundial. La discusión sobre este tema es muy rica, podemos mencionar el trabajo de Stephen Bunker (1996), que la engloba de manera adecuada.

Y en este escenario, también, cobran inusitada vigencia aquellas tecnologías que pueden ayudar a reducir los impactos ambientales.

Aquí cabe también una mención a los cambios en el paradigma organizativo de la producción, encaminados a lograr mejoras en la productividad y mayor competitividad. Todo con miras a conseguir una mayor competencia estructural, en base a nuevas e innovadoras formas de acción empresarial. Como aquel proceso cada vez más extendido de la producción "justo a tiempo" (*just in time*), que está transformando los sistemas de producción y comercialización, y que es posible por la compresión de los mismos períodos de producción, viable por los mismos cambios tecnológicos introducidos.

Estos cambios tienen como un elemento común -tal como ha sucedido con todas las tecnologías aplicadas en la historia- su sustento en el conocimiento, que en la actualidad, por su contenido y la velocidad de su difusión (esto es lo nuevo, Schuldt 1967: 63), conduce a la adopción de sistemas de producción altamente integrados y cada vez más flexibles. Así, no sorprende que se transite desde un sistema de producción en masa (Fordismo) a otros caracterizados por su flexibilidad. Con lo cual, en términos prácticos, observamos como las maquinarias unifuncionales van cediendo espacio a equipos multifuncionales y cada vez más flexibles. Esto está llevando a la conformación de un aparato productivo, en los centros, "ágil, flexible y de empuje a gran escala", como afirmó Wolfgang Schmidt (1992). En número creciente de casos, según este autor, se puede "estandarizar lo necesario, sin perjuicio de flexibilizar la producción e individualizar el consumo, resolviendo uno de los problemas del industrialismo clásico".

De todo lo anterior, podemos insistir en que los principales cambios económicos y avances tecnológicos anotados, responden a problemas específicos propios de los países desarrollados. Por lo que su difusión y su uso en otros contextos no están garantizados por la simple disponibilidad de recursos financieros y la imitación en su empleo, sino por complejos procesos de asimilación y adaptación. Es por eso que muchas veces, más por razones culturales y sociales, no se ha podido integrar en los países subdesarrollados el "progreso" de Occidente.

Para los países subdesarrollados también es importante reconocer que las ventajas comparativas no pasan simplemente por la posesión de recursos naturales; un descubrimiento angustioso, si pensamos que nos dirigimos -con enorme vigor y redoblada ceguera- a la constitución de una remozada modalidad de acumulación pasadista que nos transformará en economías primario-exportadoras modernizadas, en las cual predominarán las explotaciones de elevada renta diferencial (aquella que ofrece la naturaleza por la riqueza del mar, suelos o subsuelo, más que sólo por el esfuerzo de la persona humana), tales como el petróleo, la minería, la pesca, la explotación maderera y algunos productos agrícolas. En estas ramas económicas, a las que en el caso ecuatoriano se sumaría el turismo, se sustentará el crecimiento económico, la próxima década, con espacios mínimos para una industria manufacturera doméstica exportadora, aunque con ciertos efectos multiplicadores y de encadenamiento, favorables para algunas mercancías no-transables (Schuldt 1994).

Todo lo cual agravará los riesgos ya conocidos: mayor dependencia de la economía internacional; reconstitución de una economía de enclaves; mayor grado de desnacionalización de las líneas básicas de la producción; fortalecimiento de las tendencias concentradoras de la riqueza y el ingreso.

Con esto no queremos decir que toda modalidad de acumulación primario-exportadora sea inviable. La historia nos muestra que hay países que hoy son desarrollados y que, inicialmente, tomaron esa ruta sin caer en la periferización. Pero para remontar el subdesarrollo debieron darse condiciones muy especiales, económicas y sociopolíticas⁸.

EL MERCADO MUNDIAL NO ES TAN LIBRE NI DETERMINANTE

Estamos frente a un proceso que no es uniforme, que resulta conflictivo y en muchos aspectos hasta obscuro. Estamos sobresaturados

8 Ver algunas reflexiones al respecto en el capítulo VII "Hacia una nueva modalidad de acumulación y la inflación en el largo plazo" (Schuldt y Acosta 1995) o en Acosta (abril de 1997).

por un discurso que fomenta la libertad financiera y comercial. Sin embargo, este discurso está todavía muy distante de la realidad, en la cual, en forma paralela al aperturismo, surgen bloques económicos que imponen una serie de trabas a las relaciones con terceros países o regiones, dando paso a prácticas neoproteccionistas, particularmente en los países centrales.

Este neo-proteccionismo que se caracteriza por medidas no-arancelarias y relaciones poco transparentes, se ha extendido en los últimos años como una salida para proteger las estructuras productivas y sociales de los países desarrollados. La Organización Mundial de Comercio (OMC) -anterior GATT- ha identificado unas 800 medidas no-arancelarias. A estas habría que sumar los obstáculos administrativos que, en muchos casos, limitan totalmente el comercio de ciertos productos, como expresa Wilma Salgado (1996).

El efecto de este neo-proteccionismo es tal, que el incremento en las medidas no tarifarias -registrado ya en 1986, esto es al inicio de la Ronda Uruguay- superó ampliamente el efecto liberalizador de la reducción de las tarifas, de conformidad con un estudio del FMI citado por Salgado. Esta autora señala que "los países industrializados conceden un trato discriminatorio a los países en desarrollo, mediante la aplicación de medidas neoproteccionistas, mientras se reservan un trato diferenciado logrado con el apoyo de los Organismos Multilaterales, que se han encargado de promover la liberalización unilateral de los países en desarrollo".

En este punto salta a la vista, como complemento de las diversas barreras proteccionistas, la política de subsidios que practican los países industrializados para aumentar o al menos mantener su participación en el mercado mundial de alimentos, procurando evitar complejos ajustes estructurales en su interior, en especial para conservar los niveles de empleo rural y el nivel de vida de los agricultores, argumentando también a favor de la seguridad alimentaria, sin asumir los costos políticos y sociales que serían necesarios para dar paso a dichos ajustes. Tan es así, que "la ayuda oficial a la agricultura, entre 1987 y 1992, creció en forma mucho más dinámica que los ingresos por exportaciones de

todos los países de América Latina. Así, mientras el monto de la ayuda oficial se multiplicó por 2,4, el valor de las exportaciones de América Latina se multiplicó por 1,4 veces" (Salgado).

En este escenario, "la combinación de políticas de apertura hacia las importaciones y de supresión de subsidios en los países en desarrollo (...), contrasta con las políticas de crecientes subsidios a la agricultura y de protección de las fronteras frente al ingreso de productos importados, practicada por los países industrializados". Una situación que "ha dado lugar a una relocalización del desempleo rural de los países industrializados que se mantienen como productores, hacia los países en desarrollo importadores de productos alimenticios" (Salgado).

Aquí cabe también mencionar, como algo propio de este proceso globalizador desigual y desequilibrador, las crecientes trabas impuestas a los flujos migratorios que contrastan con la libre circulación de capitales; así como a las acusaciones de "dumping social" y "dumping ambiental" que realizan los países desarrollados en contra de los subdesarrollados⁹.

La realidad, entonces, nos demuestra que, al contrario de lo que se esperaba de conformidad con discurso aperturista, los países de la región experimentaron un incremento mucho mayor de las importaciones de bienes que de sus exportaciones (CEPAL 1994: 255). En una aproximación más detallada, se puede observar que concretamente las importaciones provenientes de los países de la OCDE han crecido mucho más rápido que las ventas externas de la región. Esto demostraría que las políticas económicas aplicadas en estos años, aprovechando también de los flujos positivos de capitales registrados desde 1989-90, han contribuido a establecer un ambiente propicio para dichas importaciones y no necesariamente para incrementar las exportaciones latinoamericanas (Ugarteche 1997), propensión que es más notoria a favor de las importaciones provenientes de los Estados Unidos, sobre todo en el caso de los países latinoamericanos.

9 Acusaciones muchas veces justificadas, pero que en realidad son apenas pretextos para proteger sus propios intereses. No nos olvidemos que los países industrializados son reacios a aceptar su enorme responsabilidad en la destrucción del medio ambiente.

Esta imperfecta o limitada integración comercial exige una aproximación en un contexto profundo, de tipo estructural, sobre todo porque esta globalización comercial y financiera no representa el grueso de las actividades económicas del mundo, como podría derivarse ante tanta promoción globalizadora...

Si bien es cierto que, en años recientes, las inversiones extranjeras directas han crecido muchísimo más rápido que el comercio mundial y éste aún más que el incremento de la producción mundial, se puede constatar que los mercados internos predominan largamente. Una realidad olvidada en los mensajes dominantes. Así, entre un 80 y un 85% de la producción mundial no se comercializa internacionalmente; mientras el 90% de la inversión interna total es de origen nacional: "esta es la realidad de la economía mundial" (French-Davis 1997: 28 y 30).

Las conclusiones que se extraen de esa constatación empírica son obvias. El mercado mundial es importante, pero no tanto. Lo cual nos obliga a replantearnos las potencialidades y capacidades del mercado doméstico.

Otro punto básico del análisis nos obliga a reconocer el establecimiento de innumerables acuerdos bilaterales o de integración de bloques económicos, en medio de una tendencia globalizadora. Una situación que, a primera vista, estaría en contradicción con la conformación de un solo mercado mundial integrado.

Lejos de ser esa la realidad, vemos que la denominada globalización de los fenómenos económicos se autoalimenta y se contradice. Mientras, por un lado, se avanza para liberalizar el mercado mundial, por otro, se consolidan los procesos de regionalización, integración o "bloquización", que en el caso de los países ricos limitan el libre comercio hacia el exterior, al tiempo que lo promueven internamente, sin dejar de ser esfuerzos para preparar una mayor apertura de las economías periféricas en función de sus intereses. Y el saldo de este proceso, en el cual las empresas transnacionales cumplen casi un papel hegemónico, es el apareamiento de "un oligopolio mundial, heterogéneo

y altamente inestable en el cual las empresas estadounidenses, japonesas y europeas luchan entre sí por colocarse a la cabeza" (Dieter Ernst 1990: 20).

En este complejo ambiente, los grandes bloques compiten por el liderazgo mundial, buscando asegurar sus mercados regionales, pero al mismo tiempo tienen múltiples entrelazamientos en el campo del comercio, la inversión y la tecnología. Los bloques menores -como el Pacto Andino o Comunidad Andina- no buscan para nada un camino al margen del mercado mundial, tampoco propugnan una estrategia programada -más autodependiente- de participación en dicho mercado.

En la práctica y más allá de los discursos oficiales, estos esfuerzos de integración regional abierta, se han convertido en una suerte de trampolín para acelerar la transnacionalización de las economías de sus miembros. Si antes la integración era el objetivo para preparar la participación de los países miembros en el mercado mundial, "ahora sucede a la inversa: el objetivo es el mundo y la apertura hacia América Latina es una consecuencia" (Guerra-Borges 1996: 436).

Esta regionalización o integración, en su nueva versión aperturista (conocida por la CEPAL como "regionalismo abierto"), es parte del proceso mundial, en el cual se confunden los acuerdos bilaterales con los esfuerzos multilaterales, dentro de la lógica del sistema capitalista mundializado; serviría para "profundizar los procesos de integración en el entorno específico de la globalización, a fin de lograr la mejor participación posible en todos los órdenes que esto implica y elevar la calidad de vida de la población". Se trata de "regionalizar la globalización", dice Alfredo Guerra-Borges (1996: 439). En términos cepalinos, esta aproximación debería conciliar la apertura de nuestras economías con acuerdos intergubernamentales para los productos de los otros países andinos. No es para nada una opción obstruccionista y tampoco -insistimos- una vía para desarrollar una estrategia de inserción conjunta, en el mercado mundial.

Por lo demás, hay que dejar sentada la importancia que tiene el intercambio intraregional a nivel mundial. Si, como vimos antes, ape-

nas un 20 a 15% de la producción del mundo es comercializada a nivel mundial, un porcentaje elevado de este intercambio se produce dentro de las regiones. Así, por ejemplo, de conformidad con informaciones de la OMC, del total del comercio exterior de cada una de las regiones, el intercambio intra-Europa (12 países) se acercó al 58% en 1994 y el comercio intra-América del Norte (Canadá y Estados Unidos) representó casi el 37%; mientras que el flujo comercial intra-América Latina fue de un 20% del total (Ffrench-Davis 1997: 28).

Si en términos cuantitativos su importancia es indudable, también cabe mencionar su significación por la calidad de las ventas externas. Para América Latina, en especial, estas transacciones implican mayor intensidad en valor agregado e innovación tecnológica, que lo que representan sus exportaciones de bienes primarios o semielaborados hacia los países desarrollados. Ffrench-Davis afirma, con razón, que "las exportaciones intralatinoamericanas son más generadoras de desarrollo económico y social".

LOS EXCESOS DE LA GLOBALIZACIÓN FINANCIERA

Un capítulo sobresaliente merece el sector financiero. Sin ahondar sobre esta materia, se puede afirmar que se ha profundizado muchísimo la internacionalización de los mercados financieros y es -a pesar de eso o por eso mismo- uno de los campos más conflictivos y complejos.

No se puede menospreciar lo que acontece dentro de cada país, a nivel del conjunto de América Latina y aún dentro de los mismos países industrializados, particularmente en los Estados Unidos; sin embargo el punto de partida de los ciclos económicos se debe buscar en la lógica de funcionamiento del capital financiero internacional, el cual asume diversas formas que pueden estar sintetizadas en créditos bancarios (deuda externa o inversión extranjera indirecta) e inversión extranjera directa, a las que habría que añadir la propia cooperación extranjera o ayuda para el desarrollo, así como otras alternativas comerciales. En este amplio espectro asoma aquella tipología de los flujos financieros: créditos bancarios, colocaciones de cartera, fondos externos de inversión y otros.

De suerte que los flujos de capital financiero internacional, en sus diversas formas de presentación, no pueden ser entendidos de manera desarticulada. La evolución de ese capital depende, en primera línea, aunque no exclusivamente, de las tasas de ganancia existentes en los países industrializados o centrales. Así, en unas ocasiones estos flujos han estado dominados por los capitales crediticios y en otras por las inversiones directas, dependiendo especialmente de la situación existente en dichas economías y también en las economías receptoras.

En esta misma línea de reflexión hay que señalar que la expansión de los créditos o "inflación del crédito", no es simplemente el producto de "una decisión irracional adoptada por negociantes desaprensivos o por políticos demagogos", sea en los países centrales al concederlos, o sea en los periféricos al aceptarlos, sino que esta ha sido, muchas veces, "la única salida que tenía el capitalismo, dadas las condiciones económicas existentes, así como la correlación de fuerzas sociales y políticas", como afirmó en la década de los ochenta Ernest Mandel. En ese sentido, las crisis de deuda externa han sido también producto de determinadas condiciones o necesidades del capital financiero internacional; como reitera Oscar Ugarteche "hay una ley de comportamiento cíclico vinculado fundamentalmente a la conducta del ciclo económico de los países desarrollados. El crédito privado se expande cuando hay una baja en la tasa de ganancia de los países metropolitanos y se contrae cuando la tasa de ganancia se deteriora en los países dependientes vía la baja de los precios de las materias primas y el alza de las tasas de interés (en el mercado internacional, NdA). Cuando se seca la fuente de crédito como efecto de lo señalado, las economías de la periferia entran en periodos de ajuste a la restricción de divisas".

En este contexto las inversiones directas, por ejemplo, han permitido a los centros acceder a recursos naturales, a mano de obra barata, o últimamente a importantes empresas con rentabilidad potencial o efectiva a través de las privatizaciones. Con lo cual los países centrales, en particular las empresas transnacionales, han accedido a factores indispensables para la ampliación de sus fuerzas productivas, lo cual fortalece la capacidad de su aparato empresarial para competir en el mercado internacional.

Aquí también han incidido los altos rendimientos ofrecidos por las economías latinoamericanas, incentivados en muchos casos por un sistema cambiario que sobrevalúa las monedas nacionales como ancla de los esquemas de estabilización y de ajuste. Esquemas que se constituyeron en un atractivo para capitales de otras regiones. Igualmente, la prima de riesgo aplicada por los inversionistas a dichos rendimientos bajó a medida que mejoraba la solvencia de los países endeudados en dólares como consecuencia del descenso de las tasas de interés internacional y de la mayor oferta de fondos, que reducía los riesgos de devaluación.

En estas condiciones, cuando se ha registrado una creciente interrelación financiera entre los países periféricos y centrales, los vaivenes que se registran en los mercados internacionales repercuten cada vez con mayor fuerza y rapidez en todas las economías del mundo, tal como se ha experimentado a raíz de la crisis mexicana -el "efecto tequila"-, la caída de la cotización del dólar o la quiebra del banco más antiguo de Inglaterra.

Sin embargo, tal vez sea algo prematuro hablar de mercados financieros totalmente integrados, puesto que la movilidad internacional de los capitales está lejos de ser perfecta. Además, con un potencial deterioro del dólar a nivel internacional, por ejemplo, las condiciones podrían volverse críticas, sobre todo por las presiones existentes para una alza de las tasas de interés en los Estados Unidos, como una medida que apuntalaría su moneda. Situación que provocaría no solo un encarecimiento del servicio de la deuda externa para los países latinoamericanos, sino que disminuiría el atractivo que tienen los llamados mercados emergentes de la región que, además, quedaron bastante golpeados desde la crisis mexicana.

En ese escenario, cuando la economía especulativa-financiera ha superado largamente a la economía real, los niveles de las utilidades empresariales obtenidas en el mercado financiero, tanto de empresas de los países industrializados como de los subdesarrollados, con frecuencia superan a los conseguidos en actividades productivas. Este divorcio entre el mundo de las finanzas y la economía real se expresa con

crudeza en los grandes centros financieros, donde se vive un boom sin precedentes, que se alimenta del mismo boom y no de una mayor actividad productiva. La especulación, asentada en una creciente desocupación y un masivo deterioro de los salarios, a lo mejor anuncia un nuevo crack de insospechada magnitud, frente al cual, la aparatosa caída de los valores de la bolsa neoyorkina de 1987 habría sido apenas un movimiento telúrico que anuncia un gran terremoto...

LA GLOBALIZACIÓN NO HOMOGENIZA LAS ECONOMÍAS

De todo lo anterior se desprende que "la globalización es intensa, pero parcial, heterogénea y desbalanceada; excesiva en algunos aspectos e insuficiente en otros" (Ffrench-Davis 1997: 27). Es más, ella no define las condiciones del funcionamiento mundial de una manera similar para todos. Una manifestación lógica, si aceptamos que así afloran las relaciones propias de un sistema desigual, como el capitalista.

Paul Krugman asegura, con razón, que nos encontramos frente a una "integración imperfecta de la economía mundial". Imperfecciones que se manifiestan puesto que, en primer lugar, "no vivimos en un mundo en el que todos los bienes, servicios y factores de producción se mueven libremente a través de las fronteras nacionales"; y, en segundo término, porque "frecuentemente los flujos internacionales de bienes y factores de producción no se comportan de manera armónica y eficiente como a los economistas les gusta suponer. En cambio, los mercados internacionales, que son imperfectamente competitivos, están caracterizados por brindar información imperfecta y en algunos casos se puede demostrar su ineficiencia". Y lo que es más importante para sacar conclusiones que puedan ayudarnos a desarrollar una estrategia alternativa adecuada, "tampoco nos estamos moviendo de manera rápida para llegar a ese mundo" globalizado, caracterizado por una integración perfecta (Krugman 1993: 17).

Como es lógico suponer, esta realidad nos conduce a abandonar aquellas posturas que abogan por una estrategia ingenua de mayor aper-

tura y liberalización que no se fundamentan en un adecuado diagnóstico de cómo y hacia dónde marcha el mundo.

Ya lo dijo hace algún tiempo Oscar Ugarteche (1990: 26), en realidad vivimos un mundo caracterizado por "una suerte de desintegración internacional, donde los países capitalistas avanzados tienen una fuerza centrípeta que concentra la dinámica del comercio, las inversiones, la tecnología y los créditos; y una fuerza centrífuga que tiene el efecto contrario en los países en vías de desarrollo".

En estas condiciones, no debería sorprender que, a pesar de los múltiples esfuerzos realizados para incrementar sus exportaciones, que se refleja en un aumento notable en volúmenes y valores, los países de América Latina hayan perdido sistemáticamente su participación porcentual en el mercado mundial: de 5,5% en 1980, a 5,4% en 1985, a 3,9% en 1990 y 3,8% en 1995. Recordemos que esta participación fue de 7,7% en 1960 (CEPAL 1994: 35). Una situación muy grave, a la cual se suma el deterioro de la economía doméstica; sumatoria que agudiza mucho más la pobreza en la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños, cuyos desafíos clásicos se mantendrán en los próximos años: subdesarrollo y dependencia, a los cuales habría que añadir un marcado desacoplamiento de parte sustantiva de sus sociedades en relación con el mercado mundial.

Si a nivel internacional registramos una confluencia de fuerzas centrípetas y centrífugas, así como fuerzas liberalizadoras y tendencias integracionistas, al interior de cada uno de los países esta confluencia agudiza las contradicciones sociales y económicas.

No sorprende entonces que en los países subdesarrollados se hayan consolidado islotes de riqueza (Norte) incrustados en crecientes mares de pobreza (Sur). Dicho de otro modo, en los países subdesarrollados hay una suerte de relativo desencanche de los grupos más acomodados del resto de la sociedad y de enganche de estos mismos grupos con los segmentos privilegiados de la población en los países del Norte, en tanto son capaces (y tienen los recursos) para elevar su pro-

ductividad y para manejar tecnologías más avanzadas. Al mismo tiempo, en los países del Norte, en donde los ricos son también cada vez más ricos y poderosos, crecen también grupos de pobres, o sea de "Sur" (aunque en niveles de pobreza no similares a los del mundo subdesarrollado); situación que le permitió a Lester Thurow afirmar, que los "Estados Unidos es ahora una economía del Primer Mundo con una grande y creciente economía del Tercer Mundo en su seno": la pobreza crece y se generaliza, mientras la riqueza aumenta y se concentra¹⁰.

Una mención especial merece el alto desempleo en los países industrializados provocado por la globalización (Altwater y Mahnkopf 1996: 27), aunque con algunas diferencias marcadas. Mientras muchos países de Europa Occidental muestran los mayores índices de desempleo, Japón -por razones propias de su sistema cultural de empresa, por ejemplo- y en la actualidad los Estados Unidos demuestran resultados aparentemente interesantes en términos de empleo¹¹; en este punto cabe mencionar también la política desatada por el gobierno demócrata de Clinton para intentar frenar la ola migratoria de latinoamericanos desocupados y aún para expulsar a los migrantes indocumentados, a más de recortar los beneficios sociales adquiridos por estos.

Esta situación de desempleo en los países más desarrollados no se caracteriza únicamente por la cantidad elevada y casi crónica de personas sin trabajo, sino por las transformaciones en la calidad de las relaciones laborales, en la medida que desaparecen los puestos de tra-

10 Según el propio presidente Bill Clinton, en 1991, "por primera vez desde 1920, un 1% de los norteamericanos tiene más riqueza que todas las poseídas por el 90% de la población. En los últimos doce años, el 70% del crecimiento económico nacional ha ido a las manos de ese mismo 1% que está en la cumbre en materia de ingresos" (Citado por Minsburg 1995: 17). En Gran Bretaña, como resultado del neoliberalismo thacheriano, entre 1985 y 1995, "las personas situadas en los niveles de renta más baja perdieron tres libras esterlinas a la semana mientras que los más ricos aumentaban sus ingresos en 31 libras semanales" (Tortosa 1997: 11). En Alemania, en los últimos doce años, se incrementaron los ingresos reales de los trabajadores en 2%, mientras que el ingreso del capital subió en el mismo período, también en términos reales, en un 59% (Schneider 1997: 158).

11 Valga señalar las debilidades del sistema de registro del nivel de empleo en los Estados Unidos, que incorpora como personas empleadas a aquellas que tienen una ocupación parcial, por ejemplo de una hora a la semana... Una situación similar se registra en Gran Bretaña.

bajo en los cuales se mantenía latente la capacidad de organización de los sindicatos. Además, se registra un deterioro de los sistemas de seguridad y estabilidad sociales, medible también por el desmantelamiento masivo de ciertas estructuras de protección propias de los viejos estados de bienestar. Casi se podría hablar de una cancelación del compromiso histórico -implícito- entre capital y trabajo (Schneider), que habría permitido las décadas de mayor bonanza en las economías centrales¹².

En síntesis, para el capital, importantes fragmentos de población, con diversos grados de complejidad en las diferentes regiones, no son productivamente necesarios. Comienzan a sobrar estructuralmente en el mundo de los negocios...

Hay que reconocer en este proceso, la incidencia de los cambios tecnológicos y empresariales. A nivel internacional se registra el establecimiento de un complejo sistema productivo de "racimos tecnológicos", cuyas "uvas" (unidades productivas) están distribuidas en varias partes del planeta, y cuya administración depende de poderosos grupos empresariales que concentran la conducción de estos sistemas, haciendo que sus operaciones alcancen un elevado grado de internacionalización. De suerte que la clave del éxito de las empresas, en particular de las transnacionales, muchas de cuyas relaciones han superado las fronteras nacionales, estaría en la flexibilización de los procesos productivos y en el dominio de las tecnologías y los procedimientos de organización.

Igualmente hay transformaciones registradas en el interaccionar de las empresas, que comienzan a integrarse en complejos sistemas de administración, en los cuales las relaciones con los proveedores y subcontratistas adquieren un enorme relevancia, tanto como las relaciones intrafirma. Y todo en medio de un curioso fenómeno asimilable a la "realidad virtual", por la constitución de empresas deslocalizadas en términos productivos e integradas por el conocimiento y la comunica-

12 Casi se podría aceptar que la globalización desata una lucha de clases a nivel internacional, impulsada desde arriba, con el consiguiente debilitamiento de las políticas nacionales (Schneider 1997: 160).

ción en una estructura que superó largamente los conceptos clásicos de la unidad empresarial.

Entonces, más que hablar de una globalización, desde esta perspectiva de las "uvas" como componentes de un "racimo tecnológico" y desde los procesos de integración parcial de ciertos segmentos de la sociedad al mercado mundial, en muchos momentos se puede decir que se vive un proceso de "glocalización" (neologismo inventado por el presidente de la SONY). Desde esta percepción se entiende por qué solo reducidos grupos humanos y empresariales locales, así como determinadas zonas de un país -a nivel de ciudades, por ejemplo- se integran al proceso de mundialización.

Desde esta visión que prioriza lo local como plataforma de inserción internacional, se ha llegado a afirmar que "las ciudades están convirtiéndose en el filo de la competencia, más que las economías nacionales". De conformidad con lo que propone Nigel Harris, en una consultoría para el Banco Mundial, habría que aprovechar las capacidades y características propias de cada ciudad para forzar la competencia global y no simplemente nacional o regional. Es más, no cabría preocuparse por el entorno, en tanto ciudades como Hong Kong o Singapur serían afortunadas al no tener "ningún país amarrado al cuello". Esta visión de alguna manera acepta como un dato acrítico la globalización y ratifica la vocación de "uvas" para las ciudades de nuestros países. Perspectiva preocupante si tenemos en mente la realidad integrada de la ciudad y su entorno, como parte de un todo más complejo, que no se agota simplemente con la realidad urbana y sus problemas (pensemos únicamente en la carga ecológica de cada ciudad o en las presiones demográficas provocadas por las migraciones). Lo cual, no obstante, tampoco debería eliminar una respuesta estratégica de las diversas ciudades como parte de un todo nacional, que permita enfrentar los retos planteados por las fuerzas mundializadoras.

En este escenario hay que identificar las formas diferentes de operación de los diversos actores: empresas nacionales y transnacionales, así como gobiernos de países desarrollados y subdesarrollados -un sistema con desigual incidencia en los mercados alrededor del mundo, los

cuales, a su vez, en consonancia con lo anterior, reflejan diversos grados de integración-. Los actuales estados-nacionales, sobre todo de los países subdesarrollados, se encuentran mediatizados, en especial, por el poder creciente de las grandes empresas transnacionales, cuyos intereses y necesidades impulsan en gran medida el actual proceso de internacionalización de la economía.

Esta globalización se caracteriza en gran medida por las formas de operación de las empresas transnacionales, que "definen sus estrategias en el marco de mercados múltiples", tanto comerciales como financieros (Bendesky 1994: 983). Y las relaciones de los países centrales se sustentan cada vez más en el poder de estas grandes compañías, que revasan los límites y con frecuencia hasta los intereses de sus estados de origen, ya que su lealtad se centra en las posibilidades de acumulación y en la conducción de los diversos sistemas de producción integrados a nivel mundial, antes que en compromisos nacionales.

En este complejo esquema, las clases propietarias de los países subdesarrollados juegan un papel marginal, pero consecuente con los cambios que se originan en los centros. Explicación válida para comprender por qué el capital financiero internacional ha asumido cada vez más un papel rector del proceso de acumulación.

Una situación que también nos permite hablar de una tendencia hegemónica transnacional, que facilita la reformulación y hasta la superación de ciertos conceptos nacionales. Las fronteras nacionales, por ejemplo, han asumido una función creciente de freno hasta violento para la migración de habitantes de los países pobres hacia los países desarrollados¹³: los EEU han construido una suerte de "muro de Berlín" para impedir el libre flujo del recurso humano hacia su economía, al tiempo que pregonan la libertad de los mercados para sus bienes y servicios...

13 Aún dentro de los países subdesarrollados se han registrado controles de migración destinados a impedir el movimiento de los habitantes más pobres hacia aquellas regiones donde existe una mayor concentración de la riqueza: Brasil, China, India.

Mientras tanto, los estados-nacionales de los países pobres, al perder su capacidad como factor para promover el desarrollo nacional, se han transformado apenas en garantes de una transnacionalización sumisa de sus propias economías en función de los principios rectores del gran mercado mundial: "global sourcing, global pricing, global costing". En este contexto se podría afirmar que la aldea global abre la puerta al saqueo global ("global village - global pillage" Brecher/Costello, citado por Altvater y Mahnkopf 1996: 23).

En conclusión, la globalización como proceso, es, en todo caso, un fenómeno que se presenta de manera muy desigual para diversos países, regiones internas, sectores de actividad, industrias y empresas. Definitivamente no es homogéneo, ni lineal. Esa es, precisamente, la dialéctica de la globalización. Su alcance no es generalizado. Este proceso, para los países subdesarrollados, asoma en gran medida como de "integración internacional y desintegración nacional", en los términos anticipados por Oswaldo Sunkel, desde principios de los años setenta.

LOS PROBLEMAS AMBIENTALES TAMBIÉN SE GLOBALIZAN

Quienes pregonan la globalización y sus políticas, sin abrir la puerta al análisis y menos a la crítica, han proclamado la posibilidad de un enriquecimiento material continuo y un crecimiento económico constante. Esta concepción ha determinado la explotación acelerada de los recursos naturales sin permitir su regeneración.

El mundo desarrollado lideró este estilo de crecimiento, en el cual la producción manufacturera constituyó el eje productivo de un sistema consumista, que presiona sobre los equilibrios ambientales a nivel mundial. Mientras tanto los países subdesarrollados, al jugar el papel de proveedores de materias primas para los mercados internacionales, asumieron una posición pasiva en la economía mundial, pero no por eso menos excenta de culpa en el deterioro ecológico.

Se esperaba que el progreso tecnológico produjera lo suficiente para reemplazar la economía de la escasez por la de la abundancia, per-

mitiendo una distribución justa de la riqueza en la sociedad. De suerte que los "éxitos económicos", basados en un creciente gasto de energía y explotación de materias primas, prometían más y mejores bienes y el bienestar para todos. Sin embargo, esta estrategia no produjo los cambios sociales esperados y ha sido opacada por la sombra de la destrucción de muchos ecosistemas y de los desperdicios que han dado paso a nuevos y crecientes problemas ecológicos.

Muchos de ellos tienen su origen en las contradicciones económicas dadas por el modelo de desarrollo impuesto, que en los países subdesarrollados incentivó proyectos tendientes, en su mayoría, a la generación de divisas y no al abastecimiento de los mercados internos. Esto dio paso, además, a muchos problemas sociales agudizados por el deterioro ecológico.

En este punto cabe mencionar que son cada vez más notorios los problemas ambientales a nivel mundial, al tiempo que no se han superado los límites de la economía convencional para enfrentar dichos retos. Esta, a pesar de los grandes avances logrados, "(en) nada ha conseguido desviar el pensamiento económico de la epistemología mecanicista de los fundadores de aquella. (...) La situación no cambia con las piezas analíticas que adornan la literatura económica convencional: estas también reducen el proceso económico a una especie de modelo económico autosustentado" (Georgescu-Roegen 1981: 79), que se explica por sí y ante sí¹⁴.

Este reto ecológico global, que ha constituido una "manera compulsiva" de tomar conciencia de que la Tierra es un globo, nos obliga también a ver a nuestro planeta como un sistema abierto a la entrada

14 La economía neoclásica, como puntualiza Joan Martínez Alier en coincidencia con Nicholas Georgescu-Roegen, concentra su análisis fundamentalmente en los precios -esto es en el mercado- y tiene una concepción de la realidad económica que funciona como un *perpetuum mobile* lubricado por el dinero. Este economista rumano, que dirigió sus críticas a los economistas neoclásicos tanto como a los marxistas convencionales, criticó "la representación usual en los libros de texto del proceso económico por medio de un diagrama circular, un movimiento de péndulo entre la producción y el consumo dentro de un sistema completamente cerrado" (1981: 79). Un sistema cerrado, en el cual el mercado sería el campo adecuado para resolver todos los problemas existentes.

de energía solar (otro punto de partida para la universalización, como podría ser la "conquista" del espacio). En ese sentido, la economía necesita entradas de energía y materiales, y produce dos tipos de residuos: el calor disipado y los desechos materiales que, mediante reciclaje, pueden volver a ser parcialmente utilizados¹⁵.

Entonces, lo que ahora urge, cuando se ha agudizado la reducción de la capa de ozono, el recalentamiento global de la tierra y la pérdida de la biodiversidad, es un profundo replanteamiento de la cuestión económica, que debe comprender el suministro adecuado de energía y materiales y también debe enfrentar el tema de la disposición no contaminante de los residuos.

En este punto habría que incorporar el concepto de deuda ecológica. Aquella deuda que se originó con la expoliación colonial -la tala masiva de los bosques naturales, por ejemplo- que se ha proyectado tanto en el "intercambio ecológicamente desigual", como en la "sobreocupación del espacio ambiental" producida por el estilo de desarrollo de los países ricos. Aquí sobresalen las presiones que se ejercen sobre el medio ambiente, a través de las exportaciones de recursos naturales -normalmente mal pagadas y que tampoco asumen la pérdida de la biodiversidad, para mencionar otro ejemplo- provenientes de los países subdesarrollados y exacerbadas últimamente por los crecientes requerimientos que se derivan del servicio de la deuda externa y de una propuesta aperturista a ultranza. Y esa misma deuda ecológica crece, desde otra vertiente interrelacionada con la anterior, en la medida que los países más ricos han superado largamente sus equilibrios ambientales nacionales, al transferir directa o indirectamente "polución" (residuos o emisiones) a otras regiones sin asumir pago alguno¹⁶.

15 Dicho en los términos de Georgescu-Roegen, "lo que entra al proceso económico representa recursos naturales valiosos y lo que sale es un desecho sin valor". Para este tratadista, "la materia-energía entra al proceso económico en un estado de entropía baja y sale en un estado de entropía alta". Entropía baja escasa, que habría motivado la lucha económica de la humanidad (Georgescu-Roegen 1981: 80-81).

16 Adicionalmente, desde la lógica fiscal de los programas de ajuste estructural y de las políticas de estabilización se han reducido sustantivamente no sólo las inversiones sociales, sino también el financiamiento de aquellos proyectos de protección y aún de restaura-

Aquí requerimos una respuesta urgente que englobe los temas económicos con una adecuada perspectiva ecológica y la consecuente visión intergeneracional, sin descuidar tampoco la existencia de otras especies no humanas. Todo esto enmarcado en un ambiente donde se precisa asumir la creciente internacionalización de las externalidades, como otro de los factores que complica aún más a la "globalización".

NI UN NUEVO ORDEN UNIPOLAR, NI UNA CULTURA GLOBAL

Lo económico es importante, pero no lo suficiente como para explicar por sí sólo todos los cambios que se experimentan a nivel mundial. Al meollo de la globalización no se llega solo desde la vertiente económica, hay que verla como un proceso de aristas múltiples, en el cual, lo económico es apenas una de las facetas de un fenómeno de larga data, como lo dijimos antes.

Tengamos presente que "las variables económicas en sí mismas comprenden sólo una porción del drama histórico que representa el sistema" capitalista. Es cierto que en este proceso inciden las fuerzas económicas, "pero también (este sistema) involucra el efecto de desarrollos políticos e ideológicos, donde la función de los elementos económicos con frecuencia sólo puede localizarse en los antecedentes" (Heilbroner 1989: 24).

Así, no debería sorprendernos que en la globalización intervengan factores económicos tanto como sociales y políticos, con connotaciones diversas en las diferentes realidades nacionales y locales, las cuales, vistas desde una óptica de creciente interrelación externa, trascien-

ción ecológica que serían indispensables para intentar reducir la sobre-explotación de la oferta ambiental. Estos programas, que también estimulan al máximo las exportaciones, han devenido en promotores y aceleradores de los monocultivos, del uso incontrolado de agrotóxicos, de la deforestación masiva, de la mayor e indiscriminada presión sobre los recursos naturales... En definitiva, esta estrategia neoliberal, promovida por el "Consenso de Washington" y orquestada por el Banco Mundial y el FMI, ha favorecido el deterioro ecológico, ha exacerbado las limitaciones y contradicciones sociales, al tiempo que se ha convertido en parte del problema de la deuda externa...

den las racionalidades tradicionales. Así podríamos recordar, por su impacto específico y por sus características especiales, la cuestión ecológica, la explosión demográfica y los crecientes movimientos migratorios, así como la lucha contra las drogas, entre otros problemas con características comunes a la humanidad y que superan de largo el campo exclusivamente económico.

Para entender lo que representa la globalización como proceso, entonces, necesitamos una aproximación pluridisciplinaria, sin descuidar para nada el campo cultural; única manera para comprender esta evolución heterogénea, no uniforme, atravesada por contradicciones que se manifiestan en grados variables de conflictividad. Así las cosas, las mismas reformas económicas han requerido de un entorno cultural que ha favorecido el individualismo y de reformas políticas impulsadas por los organismos multilaterales, como el Banco Mundial y el FMI, en tanto estas asoman como necesarias para la viabilidad a largo plazo del modelo neoliberal.

Solo una comprensión multifacética nos servirá para diseñar una concepción estratégica que nos permita intervenir en el cambiante y a momentos confuso contexto internacional, que precisa la identificación de sus corrientes básicas, sin descuidar la complejidad de sus perspectivas.

Entonces, para empezar, recordemos el triunfo norteamericano en la "Guerra Fría", a fines de la década de los ochenta. Sin pretender ocultar esta realidad, aceptemos también que los costos de dicha guerra impactaron por igual en ese país e hipotecaron en cierta medida su economía y parte de su estructura física a capitales de otra procedencia; todo en un ambiente preñado de crecientes disputas financieras y comerciales entre los países industrializados, muchos de cuyos puntos en disputa se ventilan en complejas negociaciones.

En concreto, tenemos una potencia política y militar con vocación universal, los Estados Unidos, la cual, sin embargo, no está en capacidad para asumir todas las transformaciones en el campo económico. Ha pesado mucho su pérdida de productividad y rentabilidad en importante rubros de su economía, cuyas características adicionales han

sido el lento crecimiento económico, la caída de las tasas de inversión y la disminución relativa del poder económico de los Estados Unidos frente a los otros países capitalistas industrializados. Este cuestionamiento del poderío económico norteamericano contrasta con la capacidad militar y aun política de este país; desequilibrio que provoca también una serie de complicaciones adicionales.

Los Estados Unidos, desde hace varios años, están empeñados en recuperar su poder hegemónico; un empeño por demás normal si consideramos que "la principal preocupación de los hacedores de la política de los Estados Unidos de América, desde la segunda guerra mundial, ha sido el 'liderazgo mundial'. Cuando fue necesario, y posible, los asuntos domésticos se subordinaron al objetivo supremo de construir y sostener la hegemonía estadounidense sobre los aliados, la confrontación con los adversarios y la dominación de los que están bajo su protección (clientes)" (Petras y Vieux 1996: 50)¹⁷.

Desde estas consideraciones, en la práctica, la desaparición del equilibrio bipolar, que saltó en pedazos por el derrumbe del imperio soviético, generó un vacío de poder que fue llenado en términos amplios por Occidente. Y la inexistencia de un poder unipolar no abona necesaria y mecánicamente en favor de un poder organizado, que podría estar representado por un trilateralismo o triada -Norte América, Europa y Asia Oriental-, que no deja de ser una posibilidad todavía plagada de interrogaciones, contradicciones y desórdenes, sobre los que se procesa la instauración de un nuevo orden mundial, en el cual, con creciente fuerza incursionan los Tigres y Dragones asiáticos.

En definitiva, de la experiencia de los años recientes podemos concluir que presenciamos la configuración de una suerte de orden mundial no muy estable y tampoco muy operativo; basta ver la incapaci-

17 A pesar de que los Estados Unidos atraviezan por complejos desequilibrios fiscales y comerciales (o quizás por esas razones), en determinadas coyunturas internacionales han resuelto enfrentar sus problemas domésticos utilizando su poderío militar y su control político, para colocarse en mejores condiciones dentro del actual reordenamiento del poder mundial. Esto ratificaría que el empleo de la fuerza es otro elemento constitutivo en el proceso de acumulación del capitalismo histórico.

cidad política para resolver algunos conflictos regionales y el enorme potencial conflictivo a nivel comercial y financiero entre estos tres centros de poder. Las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y el Japón resultan casi paradigmáticas de la compleja situación, en la cual los Estados Unidos esgrimen respuestas propias desde su posición de primera potencia, como la amenaza de adoptar medidas unilaterales de retorsión, si se ponen límites a sus exportaciones.

Tomando en cuenta que en este sistema -profundamente polarizado y polarizador- ya no cuentan tanto los estados-nacionales, hay quienes concluyen que se estaría consolidando una especie de estado-universal, sustentado en varias estructuras supranacionales y que tendría que asumir una suerte de re-regulación de la economía mundial. Por lo pronto, en términos económicos, hay que destacar la incidencia globalizadora de los organismos multilaterales: FMI, Banco Mundial y, para el caso latinoamericano, el BID; en el campo político, las Naciones Unidas actúan como instrumento de reordenamiento mundial, en función de los intereses de las grandes potencias y sus empresas, con los Estados Unidos a la cabeza; basta ver lo sucedido en las crisis de Yugoslavia, Irak o Somalia.

En este escenario, si bien las tendencias son inestables, se registra también una alta homogeneización y comunidad de intereses de los países más desarrollados, tanto en la coordinación de sus políticas económicas a nivel de sus gobiernos (G-7, G-8 con la incorporación de Rusia), como en las interrelaciones de las empresas transnacionales, a más de un creciente acercamiento cultural de sus sociedades; tendencia respaldada por los organismos multilaterales. Mientras tanto, los países subdesarrollados se encuentran más que nunca aislados entre sí, casi indiferentes, sin rumbo claro y al parecer presas de una "ilusión" globalizadora.

Teniendo como telón de fondo las transformaciones económicas y tecnológicas, brevemente reseñadas anteriormente, no podemos pasar por alto sus efectos sobre la política y la cultura, en medio de procesos por igual complejos y hasta contradictorios.

Mientras los flujos económicos imperfectos -comerciales, financieros y tecnológicos- integran solo a ciertos segmentos de la población, y mientras las puertas del Norte permanecen cerradas para la migración de desocupados del Sur, la comunicación (la televisión, en especial) ha abierto las puertas del mundo. Y por eso, a pesar de que importantes grupos humanos están excluidos de los beneficios económicos, por su baja productividad y por su reducido nivel de manejo tecnológico, no es menos cierto que sí pueden estar integrados comunicacionalmente en el mundo. Así tenemos grupos marginados que conocen, a través de los medios de comunicación, las agitadas vidas de los grupos privilegiados...

Esta situación, empero, no garantiza un real acercamiento cultural y menos aún su homogeneización a nivel mundial.

Los nuevos paradigmas tecnológicos fracturan el orden mundial, dejando al margen a importantes sectores de la sociedad. Sin embargo, simultáneamente, se produce una suerte de fortalecimiento de las relaciones socioculturales a través de los avances tecnológicos, especialmente de las comunicaciones y el transporte, convertidos en una especie de anzuelo de la globalización. Aquí surge con fuerza el "American way of life" como intento de imponer una cultura dominante que introduce, como sistema básico de valores, la desigualdad propia del capitalismo y sus patrones de consumo caracterizados por un exacerbado individualismo. Todo con la pretensión de uniformar en un cierto nivel la heterogeneidad existente. Pero, así como resulta casi irresistible esta suerte de "americanización" en aquellas actividades globalizadas, lo que es radical no son las ideas mismas, sino la velocidad de su difusión.

Así las cosas, tenemos que asumir la existencia de una cultura dominante -no globalizada-, que ahora nos aboca a comprender tendencias cada vez más internacionalizadas, propias del capitalismo mundial. También hay que registrar el afloramiento de posiciones críticas, muchas de ellas de tinte nacionalista o localista, algunas fundamentalistas, cuestionadoras del mensaje globalizador. Y este enfrentamiento con una globalización "occidentalizante" provoca "una creciente y diversificada indigenización de formaciones socio-culturales" (Sánchez-Parga 1996: 37).

Todo lo cual, a la postre, nos conduce a aceptar que el proceso de globalización no es equilibrado, integrador, homogéneo, ni lineal. La globalización misma no es global.

A MODO DE CONCLUSIÓN:

UNA CONCEPCIÓN ESTRATÉGICA DE INSERCIÓN EN EL MERCADO MUNDIAL

La economía ecuatoriana ha estado y está estrechamente imbricada con el mercado mundial; situación que no cambiará sustancialmente en el futuro. El tamaño relativo del país brinda muy poco espacio para pensar que aquí se pueda desenvolver una propuesta más autónoma, asimilable a lo que han sido las experiencias de otros países de mayor tamaño, en los cuales el éxito radicó en una disociación más o menos rigurosa del mercado mundial, antes que en salidas de aperturismo a ultranza.

De todas maneras, la inserción de una economía pequeña como la ecuatoriana en el mercado mundial, si es que se desea propiciar una situación socioeconómica más equitativa y por lo tanto con una creciente participación democrática, requiere mayor sosten en sus capacidades endógenas. En ese sentido, hay que estudiar la viabilidad de una respuesta que combine la inserción internacional en forma paralela con el desarrollo del mercado doméstico y las capacidades tecnológicas nacionales.

El camino de inserción en el mercado mundial para el Ecuador, pasa por una serie de enganches y desenganches, sustentados en decisiones que subordinen paulatinamente, el sector externo, al mercado nacional y no al revés, cómo ha sucedido hasta ahora. Este asunto nos parece vital.

Es preciso partir del objetivo central de un proyecto nacional de desarrollo, en tanto es una visión utópica del futuro, que pretende aportar los medios para lograr una sociedad más justa, más solidaria y más participativa, en un contexto social y ecológicamente autosustentable.

En este sentido, todos los esfuerzos que se hagan deben tener presente este objetivo, que no puede ser reemplazado por metas subalternas, como puede ser el logro de un incremento de las exportaciones, por más importante y significativo que sea el aumento conseguido.

Destaquemos categóricamente que la mejor estrategia externa es aquella que resuelve primero las tareas fundamentales dentro de casa - económicas, sociales, institucionales- como base indispensable para lanzar una propuesta creativa, dinámica e inteligente de participación en la economía mundial.

No solo hay que impulsar un aumento continuado de los ingresos externos, aún cuando éstos aparezcan como indispensables para el crecimiento de la economía, sino que se debe estructurar una propuesta que apunte a una reorganización profunda del aparato productivo, con miras a satisfacer las necesidades nacionales y a participar de una manera activa y efectiva en el mercado mundial. Nos interesa más un encañamiento productivo, fiscal y social interno, que la simple vinculación con el mercado mundial. Este esfuerzo pasa por cambiar la actual mentalidad que nos condena a posiciones pasivas y que no tiene respuestas ingeniosas y audaces.

Es más, no hay paradigmas nítidos para este proceso. Tampoco existen recetas permanentes en el tiempo. Se trata, entonces, de retomar, por un lado, elementos progresistas de la realidad e integrar las diferentes identidades nacionales ecuatorianas, para lo cual no se pueden menospreciar las experiencias históricas, las costumbres, tradiciones y valores propios de los diversos pueblos que componen nuestro país. Esta diversidad nos brinda un campo de insospechadas posibilidades, cuyo aprovechamiento pasa por desembarazarnos de las nocivas visiones eurocentristas, que tanto bloquean el desarrollo de las capacidades endógenas.

Hay que reconocer que los distintos agentes económicos y sociales requieren señales claras que emanen de un programa que tenga credibilidad y continuidad, con un calendario de cambios adecuadamente programados y que se los aplique efectivamente, aunque sin perder

la capacidad de reacción frente a sucesos imprevistos que pueden aparecer en el mercado mundial o aún en la misma economía nacional. Y todo sin descuidar nuestra parte de responsabilidad frente al "globo globalizado" (Hinkelammert).

De esta manera, ratificamos el carácter flexible y selectivo que requiere la programación y puesta en práctica de una política exterior que tenga como punto de partida la economía local, no solo en términos de su potencial productivo para vender en el mercado mundial, sino en cuanto se debe propender simultáneamente a satisfacer las necesidades domésticas. Requerimos, en suma, una visión diferente y diferenciadora, en definitiva estratégica. Una visión que no deje al margen el manejo programado de opciones que, desde las limitaciones reales que tiene un país pequeño como el nuestro, brinden respuestas alternativas al renovado proceso de internacionalización de la economía mundial.

La globalización, vista con el lente neoliberal, niega la posibilidad de una alternativa como la esbozada en estas líneas y es, por lo tanto, otro de aquellos mitos instrumentalizados para justificar atropellos, para ocultar responsabilidades políticas y para legitimar los intereses de los países desarrollados, de las empresas transnacionales y hasta de las élites del mundo subdesarrollado. Sirve, desde su marco cultural de aparente validez universal, para dirigir y reorganizar el mundo en función de los requerimientos del gran capital. Y funciona, pues, casi como una excusa para ocultar los logros del capitalismo histórico en términos de desigualdad de la distribución, en tanto "ha implicado una creación monumental de bienes materiales, pero también una polarización monumental de la recompensa" (Wallerstein 1989: 64).

En estas circunstancias, el reto es enorme. La construcción de un proyecto nacional de desarrollo pasa por la solución de los problemas internos que nos garantice -simultáneamente- una inserción racional en el mercado mundial, asumiendo sus riesgos y limitaciones, tanto como sus potencialidades. No vamos a poder construir una sociedad sin excluidos, incorporándonos en forma irreflexiva -como sucede actualmente- a la economía y sociedad mundiales y, en consecuencia, a la nueva

división internacional del trabajo (Jürgen Schuldt 1997). La propuesta es al revés: requerimos una opción estratégica de participación en el mercado mundial que parta de una mayor integración interna, actuando desde nuestros espacios locales y regionales. No proponemos una economía autárquica, sino una economía autodependiente, sobre la base de un "autocentramiento abierto", que mire hacia adentro y simultáneamente desde adentro hacia afuera, ponderando y potenciando en primera instancia las capacidades empresariales y laborales internas, las necesidades axiológicas y existenciales de las personas, así como las potencialidades de un país rico en su diversidad humana y cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto. "Lecturas sobre la globalización - Desde y para la economía ecuatoriana". Curso sobre "Globalización", destinado a egresados de la Facultad de Economía de la Universidad de Guayaquil (mimeo). 1996.
- "Dialéctica de la globalización". En Salgado, Wilma. **Integración comercial y globalización**. Serie Diálogos. CAAP. Quito, abril 1996.
- "Un recuento de sus mitos: La globalización, el gran invento de nuestro tiempo". En la revista **Ecuador Debate** N° 40. CAAP. Quito, abril 1997.
- "Algunos elementos para repensar el futuro de la economía ecuatoriana" (mimeo). Quito, abril 1997.
- Altwater, Elmar y Mahnkopf, Birgit. "Die globale Ökonomie am Ende des 20. Jahrhunderts". En la revista **Widerspruch**. N° 31. Zürich, 1996.
- Armijos, Ana Lucía. "El proceso de globalización económica". En la revista **Ecuador Debate**. N° 40. CAAP. Quito, abril 1997.
- Bendesky, León. "Economía regional en la era de la globalización". En la revista **Comercio Exterior**. Vol. 44. N° 11. México, noviembre 1994.
- Bunker, Stephen. "Materias primas y la economía global: olvidos y distorciones de la ecología industrial". En la revista. N° 12. Barcelona, 1996.
- Calcagno, Alfredo Eric y Alfredo Fernando Calcagno. **El universo neoliberal - Recuento de sus lugares comunes**. Alianza Editorial. Buenos Aires, 1995.
- "Entre la ilusión de lo óptimo y la realidad de lo pésimo". En la revista **Realidad Económica**. N° 144. Instituto Argentino de Desarrollo Económico (IAED). Buenos Aires, noviembre- diciembre 1996.
- "El proceso de globalización y los intereses nacionales". En la revista **Pretextos**. N° 7. DESCO. Lima, 1995.
- CEPAL. **Políticas para mejorar la inserción en la economía mundial**. Santiago de Chile, marzo 1994.
- Chossudovski, Michel. "Die Globalisierung des organisierten Verbrechens - Wie die Mafia de Weltwirtschaft unterwandert". **Le Monde Diplomatique**. N° 5103. 13,12,1996.

- Ernst, Dieter. "Tecnología y competencia global: el desafío futuro para las economías de reciente industrialización". **Pensamiento Iberoamericano**. Nº 16. Madrid, 1990.
- Ffrench-Davis, Ricardo. "Alcances económicos de la globalización". En la revista **Nueva Sociedad**. Nº 147. Caracas, enero-febrero de 1997.
- Georgescu-Roegen, Nicholas. "La ley de la entropía y el proceso económico". En Doryan, Eduardo y Alvaro Umaña (editores). **Energía para el desarrollo**. Editorial Tecnológica de Costa Rica. San José, 1981.
- Guerra-Borges, Alfredo. "Globalización de la regionalización en América Latina: un punto de vista alternativo". En la revista **Comercio Exterior**. Volumen 46. Nº 6. México, junio de 1996.
- Harris, Nigel. "Ciudad y mercado mundial-Las posibilidades de especialización internacional de Bogotá". En la **Revista de la Cámara de Comercio de Bogotá**. Nº 84. Bogotá.
- Heilbroner, Roberto. **Naturaleza y lógica del capitalismo**. Siglo XXI Editores. México, 1989.
- Hein, Wolfgang. "El fin del estado-nación y el nuevo orden mundial - Las instituciones políticas en perspectiva". Revista **Nueva Sociedad**. Nº 132. Caracas, julio-agosto de 1994.
- Hinkelammert, Franz. "Los derechos humanos en la globalización: la utilidad de la limitación del cálculo de utilidad". En "El Pensamiento Cristiano en Diálogo con la Sociedad y la Cultura". Revista **Fe y Cultura** de la Compañía de Jesús y la Fundación Mariana de Jesús. Nº 2. Quito, junio de 1997.
- Kampfpeter, Werner. **Politik der Globalisierung**. Friedrich Ebert Stiftung. Seoul, octubre de 1996.
- Marchán, Cornelio y Alexander Schubert. "Estrategia de desarrollo económico y social". **Proyecto Ecuador Siglo XXI**. Quito, 1992.
- Martínez Alier, Joan. **De la economía ecológica al ecologismo popular**. Nordan Comunidad e ICARIA. Montevideo, 1995.
- Meller, Patricio. "América Latina en un eventual mundo de bloques económicos". En Butelmann, Andrea y Patricio Meller (editores). **Estrategia comercial chilena para la década del 90**. CIEPLAN. Santiago de Chile, 1992.

Minsburg, Naúm. "América Latina ante la globalización y transnacionalización de la economía". En Minsburg, Naúm y Hector W. Valle (editores). **El impacto de la globalización - La encrucijada económica del siglo XXI**. Ediciones Letra Buena. Buenos Aires, 1995.

Nun, José. "América Latina en la década del 90: algunas conjeturas". En Minsburg, Naúm y Valle Héctor W. (editores). **El impacto de la globalización - La encrucijada económica del siglo XXI**. Ediciones Letra Buena. Buenos Aires, 1995.

Oman, Charles. **Los desafíos políticos - Globalización y regionalización**. Fundación Friedrich Ebert. Lima, 1996.

Padres Provinciales de la Compañía de Jesús de América Latina. "Neoliberalismos en América Latina - Aportes para una reflexión común". En la revista **Fe y Justicia**. Nº 1. Compañía de Jesús y Mariana de Jesús. Quito, diciembre de 1996.

Petras, James y Steve Vieux. "No hay paz sin el 'liderazgo' de Estados Unidos - Bosnia y el renacimiento de la hegemonía estadounidense". En la revista **Realidad Económica**. Nº 144. Instituto Argentino de Desarrollo Económico (IAED). Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1996.

Reich, Robert B. **El trabajo de las naciones-Hacia el capitalismo del siglo XXI**. Vergara. Buenos Aires, 1993.

Rogalski, Michel. "El auge de la fractura Norte-Sur - ¿Es posible un gobierno global?". Revista **Nueva Sociedad**. Nº 132. Caracas, julio-agosto de 1994.

Salgado, Wilma. **Integración comercial y globalización**. Serie Diálogos. CAAP. Quito, 1996.

Sánchez-Parga, José. **Globalización, gobernabilidad y cultura**. Serie de Estudios sobre Globalización. CELA-PUCE e ILDIS. Quito, 1997.

Schmidt, Wolfgang. **América Latina: entre la polarización del mercado mundial y la apertura**. Serie Diálogos. CAAP. Quito, 1992.

Schneider, Michael. "Globalisierung - Mythos und Wirklichkeit". En **Gewerkschaftliche Monatshefte**. Nº 3. 1997.

Schubert, Alexander y Wolf-Dieter Narr. **Weltökonomie - Die Misere der Politik**. Edition Suhrkamp. Frankfurt, 1994.

- Schuldt, Jürgen. **Ecuador: estrategias para una política de comercio exterior**. Serie Diálogos. CAAP. Quito, 1994.
- Schuldt, Jürgen. "La enfermedad holandesa y otros virus en la economía peruana". Documento de trabajo. Universidad del Pacífico. Lima, diciembre de 1994.
- Schuldt, Jürgen y Acosta, Alberto. **Inflación-Enfoques y políticas alternativos para América Latina y el Ecuador**. Colección Ensayos. Libresa-ILDIS. Quito, 1995.
- Schuldt, Jürgen. "Globalización o nueva división internacional del trabajo". En la revista **Ecuador Debate**. N° 40. CAAP. Quito, abril de 1997.
- Sunkel, Osvaldo. "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina". En **El Trimestre Económico**. N° 150. México, 1971.
- Thurov, Lester C. **Die Zukunft des Kapitalismus**. Metropolitan Verlag. Düsseldorf/München. 1996.
- Tortosa, José María. "Universalismo neoliberal y particularismos socialdemócratas, desde la perspectiva del sistema mundial" (mimeo). Universidad de Alicante. Junio de 1997.
- Ugarteche, Oscar. **La hegemonía en crisis-Desafíos para la economía de América Latina**. Fundación Friedrich Ebert. Lima, 1990.
- Ugarteche, Oscar. **El falso dilema - América Latina en la economía global**. Fundación Friedrich Ebert, FES-Lima y Nueva Sociedad. Caracas, 1997.
- Wallerstein, Immanuel. **El capitalismo histórico**. Editorial Siglo XXI. México, 1989.

ESTRATEGIAS GANADORAS Y ESTRATEGIAS PERDEDORAS FRENTE A LA GLOBALIZACION

Juan Bernardo León Orellana *

Es especialmente grato intervenir en este evento conmemorativo de los veinticinco años del Instituto de Altos Estudios Nacionales dada la importancia que el Instituto tiene en la discusión de temas trascendentales de la vida nacional.

Quiero pedirles que me permitan una aclaración: las opiniones que voy a presentar son emitidas, completamente, a título personal, por lo que les pido que no se interpreten como opiniones de la Cámara de Comercio de Quito, o de la Federación Nacional de Cámaras de Comercio del Ecuador, o de la Asociación Nacional de Empresarios, entidades de las que he tenido el honor de ser Presidente.

Estamos viviendo un período de rápidos, impresionantes, trascendentes e irreversibles cambios en el panorama mundial, tanto en lo referente al ámbito político como al ámbito económico. A la vez, a despecho de quienes se empeñan en preservar, o hasta reconstruir, un pasado ya superado, asistimos al desmoronamiento de paradigmas que no respondieron, en la prueba definitiva de la realidad, a las esperanzas que en ellos se cifraron. En este difícil contexto, debemos, como país, diseñar estrategias nacionales que nos conduzcan exitosamente a la pros-

* Ingeniero Químico, Escuela Politécnica Nacional, Quito; Master of Science, Cornell University, Ithaca, New York; ex-Presidente de la Cámara de Comercio de Quito; ex-Presidente de la Federación Nacional de Cámaras de Comercio del Ecuador; ex-Presidente de la Asociación Nacional de Empresarios; ex-Vocal Principal de la Junta Monetaria; ex-Vocal Principal del Consejo Nacional de Modernización del Estado; ex-Profesor Principal de la Escuela Politécnica Nacional.

peridad y el bienestar generales, en un entorno de pleno ejercicio de los derechos republicanos y democráticos.

ESTAMOS INMERSOS EN LA GLOBALIZACIÓN

A pesar de que disguste a muchos, la contundente realidad nos dice que el mundo actual se ha vuelto global, más como una consecuencia natural e irreversible del avance tecnológico de la humanidad, que como resultado de preferencias ideológicas que los ecuatorianos podamos aceptar o no aceptar. Esa misma realidad nos dice también, que en este contexto, si queremos sobrevivir y prosperar, debemos competir exitosamente.

Es evidente que, en las últimas décadas, han ocurrido enormes transformaciones en el escenario político y económico del mundo: en la economía y el comercio, las instantáneas comunicaciones vía satélite, la popularización de las computadoras, la mejoría de la transportación aérea y marítima y la internacionalización de los negocios, han conducido al mundo a lo que ha dado en llamarse la Economía Global; en lo político, esos mismos progresos tecnológicos que han transformado radical y dramáticamente la economía mundial, provocaron el colapso del socialismo, cambiando en los últimos diez años, de un modo igualmente profundo, el escenario político.

En lo económico

Hechos como los siguientes, ocurren absolutamente fuera de nuestro control, cerremos o no nuestras fronteras y nuestras mentes al mundo exterior: manufacturas que se comercializan en un continente, se fabrican en países de un continente distinto, con capitales y tecnología de países de una tercera región, a partir de materias primas originarias de zonas muy diferentes a las anteriores. Capitales de una región se transfieren en pocos minutos de un lugar a otro del planeta. Los movimientos financieros internacionales no paran en ningún momento del día o de la noche: cuando la Bolsa de Tokio cierra al final del día, es aproximadamente la hora en que la Bolsa de Frankfurt, está por iniciar

su operación, para que horas más tarde, comience a operar la de Nueva York, la que no se cerrará hasta cuando sea, más o menos, hora de que nuevamente la Bolsa de Tokio vuelva a operar. Productos frescos se venden en los supermercados a la mañana siguiente de ser cosechados en países distantes. Los fabricantes diseñan sus productos para el mercado de exportación mundial, en lugar de hacerlo solamente para los mercados internos. Las grandes empresas planifican globalmente, como en un mundo sin fronteras, su producción, su mercadeo y su financiamiento. La subcontratación industrial a nivel internacional se ha generalizado enormemente. El bajo costo y el gran poder de las computadoras personales, han permitido que pequeñas empresas compitan, en condiciones de ventaja, con grandes gigantes industriales. En el actual mercado de acciones, más valen los intangibles de las nuevas empresas de informática, que las antiguas instalaciones físicas de los grandes fabricantes de la industria pesada.

Las posibilidades que en la actualidad brinda la tecnología, han hecho que el conocimiento, la información, la economía, la inversión, la producción y los mercados se hayan globalizado; y que en éste mundo global, todos estén compitiendo cada día más: países, empresas, compradores, vendedores, fabricantes, cultivadores, transportistas, cadenas de televisión, hospitales, editores de periódicos, universidades, institutos de investigación, corrientes políticas, escritores, artistas, diseñadores de modas, publicistas; haciendo cada día más permeables las fronteras nacionales al flujo de productos, de capitales, de ideas, de tecnologías y de patrones de consumo.

Lo anterior ocurre a pesar de que, no sin serias dificultades y con expectativas inciertas, algunos países han tratado de formar bloques económicos regionales o subregionales, por lo que es muy dudoso que éstos intentos lleguen a revertir el proceso de globalización. Los esquemas de integración que han tenido algún éxito, han sido más bien pasos intermedios de apertura a socios regionales, paralelos y complementarios a procesos más amplios y profundos de apertura e integración al mercado mundial. Pensemos que después de veinticinco años de mínimos progresos, el Pacto Andino comenzó a dar resultados solo cuando

los países socios decidieron abrirse al mundo y, como parte de él, a sus vecinos.

Por supuesto, este mundo más competitivo, no está exento de proteccionismos y restricciones al libre comercio, cuando cada país soberano defiende sus intereses. Es más, los proteccionismos pueden estar tomando la forma de exigencias ambientalistas o de requisitos laborales que encarecen las producciones de los países exportadores. Sin embargo, en general, la perspectiva para los siguientes años parece ser la de un mundo más intenso, competitivo e interdependiente, comercio global, con ciertas distorsiones originadas en los proteccionismos, que siempre han existido y existirán en el futuro.

En lo político

Los mismos progresos tecnológicos que han transformado tan radical y dramáticamente la economía mundial, también cambiaron en los últimos diez años, de un modo igualmente profundo, el escenario político.

Gracias a las comunicaciones modernas y a la creciente permeabilidad de las fronteras nacionales al flujo de las noticias, de las ideas, de las propuestas políticas, de los patrones de comportamientos y de las personas, las poblaciones de los países socialistas de Europa Oriental pudieron comparar su nivel de vida, en lo económico y en lo político, con el de las poblaciones de las democracias capitalistas de occidente. De nada sirvieron el dogma, el adoctrinamiento y el estado policial, para impedir que los europeos orientales, convertidos en socialistas gracias a los acuerdos a los que llegaron las potencias triunfadoras de la Segunda Guerra Mundial, resuelvan renegar de su sistema, con su endémica ineficiencia económica y su totalitarismo político, consustanciales con la planificación central de la economía y con la eliminación del libre mercado.

Este proceso se vio facilitado por la circunstancia tecnológica del gran poder que otorgan, a los individuos y a los grupos activistas, las

pequeñas computadoras personales, las máquinas de fotocopiar, los facsímiles y las comunicaciones modernas, para difundir ideas y noticias, a despecho del control totalitario del estado policial.

Eventualmente, este proceso se precipitó por la sobreextensión del Imperio Soviético, que por años destinó desproporcionados recursos a su fortalecimiento militar, nuclear y espacial, descuidando y debilitando aspectos vitales de su economía civil, la que no pudo resistir, en el largo plazo, el costo que demandaba el poderío militar; lo que en última instancia, provocó el colapso de la Unión Soviética, su desaparición como potencia mundial de primer orden y su disolución, más o menos pacífica, como imperio.

Hoy, en el mundo ya nadie quiere ser socialista, ni siquiera China, que con una tradición cultural menos permeable a lo que ocurre en occidente, está desmontando el sistema con intentos vanos, en mi opinión, de combinar la libertad económica con el totalitarismo político; en Corea del Norte, la crisis total es evidente; en Cuba, el propio Fidel Castro trata desesperadamente de atraer inversiones capitalistas extranjeras buscando aplicar el esquema híbrido que se está impulsando en China.

El resultado final es que la historia, implacablemente, ha demostrado que las sociedades que se han organizado con la propuesta del liberalismo en lo político y en lo económico, han proporcionado a sus poblaciones más prosperidad, más bienestar general y más pleno ejercicio de los derechos ciudadanos, que las que han intentado hacerlo bajo el socialismo, en cualquiera de sus variantes.

Por supuesto, no hay nada perfecto, pero comparativamente ningún sistema conocido hasta hoy ha demostrado ser más efectivo para lograr el bienestar y la prosperidad generales, con mayor respeto a los derechos ciudadanos, que la propuesta capitalista de libertad política y libertad económica que, unida al amplio acceso de la población a una educación de buena calidad, ha mostrado, en la realidad, que permite sustanciales mejorías en la calidad de vida para la gran mayoría de la población.

ESTRATEGIAS GANADORAS Y ESTRATEGIAS PERDEDORAS

La globalización no es una ideología, no es una panacea, no es una no-panacea, no es una moda, es más bien, un contexto complejo y casi totalizador en el que estamos irremediablemente inmersos, ni siquiera por nuestra propia voluntad. En estas nuevas circunstancias mundiales, como es de esperar, los países y los gobiernos, cada uno desde su propia óptica, compiten por favorecer y fortalecer sus propios intereses nacionales y beneficiar a sus propios ciudadanos y a sus propias empresas.

Como es natural, los países, las personas, los agentes económicos, pueden enfrentar este entorno con estrategias que han resultado ganadoras o con estrategias que han resultado perdedoras. Es más, hay culturas, hay religiones, hay formas de organización social y política, que en este contexto, favorecen el éxito y otras que no lo favorecen.

Sin abundar en cifras y datos suficientemente conocidos, nadie puede negar que Corea del Sur, con un ingreso per cápita de US\$ 60 en 1960 y de US\$ 7.700 en 1993, siguió una estrategia adecuada. Igual cosa puede decirse de Chile, que lleva mucho más de una década de crecimiento sostenido de más del 6% anual. Sin embargo, nadie puede afirmar que haya sido acertada la estrategia seguida por Corea del Norte, cuya economía está a punto de colapsar y donde el nivel de vida de la población es desesperado. Lamentablemente, respecto de Ecuador, con un per cápita de US\$ 240 en 1960 y de US\$ 1.200 en 1993, tampoco -si somos sinceros- podemos decir que hemos acertado en nuestra estrategia para afrontar el nuevo entorno mundial.

Pero no solo los países pueden seguir estrategias acertadas o equivocadas, también lo pueden hacer los gobiernos. Creo que coincidiremos que las estrategias social-humanistas y nacionalistas-revolucionarias, con la comunidad agraria y la comunidad industrial, del gobierno del General Juan Velasco Alvarado, en el Perú, resultaron un rotundo fracaso y perjudicaron severamente a su país. Algo parecido puede decirse del intento, bañado de retórica socializante y tercermundista, de

generar crecimiento desde adentro, estimulando artificialmente el mercado interno y de las ruidosas proclamas que desconocían las realidades financieras del mundo y las leyes de la economía, que realizó el gobierno del doctor Alan García. Sin embargo, los resultados hacen suponer que la estrategia económica del actual gobierno del Perú, al menos por lo pronto, parece acertada.

Es imposible desmerecer los éxitos que lograron los últimos dos gobiernos conservadores en Inglaterra, no solo en cuanto a resultados económicos sino también en evidentes mejorías en la calidad de vida de la población: en 1979 el 50% de los ingleses vivían en casa propia, en 1997 el 70% lo hacía. En 1979 el 66% de la población total poseía automóvil y en 1994 el 72%. Los datos sobre la propiedad de automóviles, referidos al 10% más pobre de la población, son todavía más notables: en 1979 el 39% de propietarios y en 1994 el 57%. Las cifras sobre calefacción central son muy decidoras: servicio al 57% de la población total en 1979 y al 85% en 1994; y servicio de calefacción al 39% de la población más pobre en 1979 y al 76% en 1994. Aumento en el servicio telefónico entre 1979 y 1994: del 70% al 91% del total de la población; y aumento de este servicio para la población más pobre, entre los mismos años: del 47% al 79%. Otras cifras reflejan igualmente una notable mejoría para la gran mayoría de la población, aún para los más pobres. El número de familias pobres pasó, entre 1979 y 1994, del 14.3% al 17% del total. Sin embargo, hay que aclarar que, debido a que las estadísticas clasifican como pobres a las familias con ingresos menores al 50% promedio nacional y debido a que subió notablemente el ingreso medio nacional, aún las familias pobres mejoraron sustancialmente.

Lo que debemos hacer

Si somos objetivos, estas y otras experiencias nos convencen que la mejor opción de desarrollo ante este difícil entorno, es la de conformar, cuanto antes, una economía competitiva de mercado, en un contexto de verdadera democracia política, logrando que el país se inserte con éxito, en el mundo actual, en un ambiente de mucha más intensa competencia de la que hemos estado acostumbrados y preservando, a

la vez, el pleno ejercicio de los derechos individuales, con una más auténtica y directa participación ciudadana en el sistema político. Felizmente, se han estudiado, se conocen y se tiene experiencia respecto a las políticas que permiten lograr una inserción adecuada al mundo global:

- El mantenimiento de un estable entorno macroeconómico, la mejoría de la competitividad y la productividad del sector privado y la modernización del aparato estatal.
- La significativa mejoría de la calidad de la educación nacional en todos sus niveles, con amplio e igualitario acceso a una buena educación, que prepare a la población para el competitivo mundo actual.
- La incorporación a nuestra cultura de los valores y los comportamientos que hacen posible el desarrollo, consolidando una cultura cívica de valores libertarios, democrático-republicanos y de mercado competitivo.
- La reorganización del régimen político, asegurando la gobernabilidad y permitiendo el más directo ejercicio de los derechos civiles y políticos de los individuos, sin la monopólica intermediación de las cúpulas partidistas ni la opresión de la burocracia controladora e intervencionista.

Cabe relieves que el incorporarnos al mundo moderno implica impulsar un proyecto nacional compartido, que no solo incluye disminución del tamaño del aparato estatal o la apertura de mercados, que por supuesto son indispensables, sino que sobre todo incluye algo más importante: un profundo cambio de actitudes respecto a la vida, al trabajo, a la ética, al estudio, al ahorro, a la propiedad, a las leyes, al rol de las instituciones y de las personas, que permita enorme eficiencia productiva, gran competitividad internacional y excelencia en la producción, que hagan posible el crecimiento económico sostenido y sostenible y, con él, el bienestar y la prosperidad generales.

Todo lo anterior, a su vez, requiere de excepcional preparación técnica y humana, de la población ecuatoriana en todos los

niveles. Para ello, es necesaria una sustancial, enorme, inmensa, mejoría de la calidad de la educación en el país. En el mundo moderno, son cada día más importantes el conocimiento y la tecnología, que los recursos naturales o la mano de obra barata. El nuevo entorno exige que profesionales y trabajadores sean actores económicos eficientes, emprendedores, con profunda ética de trabajo, hábiles para innovar, diestros en la tecnología, con capacidad para el aprendizaje continuo.

Lo anterior solamente se logrará cuando profesores y estudiantes trabajen mucho más. Cuando incorporemos a nuestra cultura los valores y los comportamientos que vigorizan la productividad y la competencia; cuando las necesidades del mercado coincidan con lo que el sistema educativo ofrezca; cuando se elimine la politiquería de las escuelas secundarias y de las universidades; cuando la mayor parte de los establecimientos educacionales, no solo de las ciudades principales, impartan niveles aceptables de enseñanza en asignaturas fundamentales para la competitividad internacional como computación, inglés, matemáticas, ciencias y tecnologías avanzadas; cuando invirtamos en educación, por lo menos, el equivalente al 4% del PIB, como lo hacen otros países que se están incorporando con éxito al mundo globalizado actual; cuando dispongamos de suficiente equipamiento de los planteles, sobre todo en lo referente a laboratorios avanzados de ciencias, a talleres de enseñanza de tecnologías modernas y a computadoras personales para uso diario de los estudiantes; cuando desistamos de tratar de convertir a la educación en un instrumento para construir un país socialista, socialista cristiano, socialista democrático, socialista de mercado, socialista comunitario, o cualquier cosa parecida, en momentos que el socialismo ha dejado de tener sentido en el mundo.

Lo que no debemos hacer

La experiencia, sin duda, demuestra que hay errores que se pueden cometer en un proceso de integración al mundo global, errores, que despojándonos de prejuicios ideológicos, debemos evitar:

- No debemos hacernos la ilusión de que podemos sustraernos del mundo internacional para seleccionar el ingreso o salida de productos, de ideas, de patrones de consumo, de tecnologías, de capitales, pues la evidencia indica que actualmente las fronteras nacionales son tan permeables que ni siquiera el estado policial, al estilo del de los antiguos países socialistas de Europa Oriental, puede aislarnos del mundo.
- Es completamente absurdo pensar que podemos fortalecer la identidad nacional con el oscurantismo del aislamiento del mundo moderno que, más bien, produce retraso y frustración. Solo el éxito y la prosperidad vigorizan el orgullo y la identidad nacionales en los países triunfadores.
- No se puede, totalitariamente, afirmar que la entrada de las corrientes de pensamiento universal y moderno perjudican a nuestra cultura nacional. Más bien, la prosperidad generada por una exitosa incorporación al mercado internacional, puede permitir el florecimiento de nuestra cultura, pues la historia demuestra que las culturas renacen cuando el vigoroso crecimiento económico permite destinar suficientes recursos a las ciencias y a las artes.
- No debemos intentar que las políticas estatales y las selectividades administradas por funcionarios públicos, decidan qué comprar, qué vender, cómo financiar, qué tecnología usar, dónde exportar, qué precios pagar, con quién asociarse, porque la intensa dinámica del comercio internacional actual exige que, para reaccionar oportuna y flexiblemente a los cambios del mercado, las decisiones estén en manos de los alertas agentes económicos, productores y compradores, y no de las burocracias entorpecedoras de los gobiernos de turno.
- Debemos olvidarnos definitivamente de los reformismos redistributivos que intentan que el Estado lo regule y controle todo y que olvidan la importancia de la competitividad, la eficiencia, la productividad y la iniciativa individual, porque está demostrado

que el populismo redistributivo solo entorpece el crecimiento y, por supuesto, no elimina la marginalidad.

- No debemos engañarnos pensando que podremos operar dos economías paralelas, una interna protegida y no competitiva, y otra, eficiente y competitiva para exportar. Eso nunca funcionará, porque las complejísticas interrelaciones de la producción impiden diferenciar transparentemente los precios para el mercado interno, de los precios para el mercado externo. Ni siquiera países más avanzados con muy sofisticados medios de supervisión lo pueden hacer.
- Debemos dejar de pensar que los pobres son minusválidos mentales que requieren del tutelaje, paternalista y clientelar, de los que han hecho su modo de vida y se han beneficiado de administrar los programas de lucha contra la pobreza. La mejor forma de eliminar la pobreza es propiciar un amplio e igualitario acceso a una educación competitiva, de buena calidad, que estimule la promoción individual para el propio prosperar.
- No debemos olvidar que los consumidores somos todos, en tanto que, los productores protegidos, los trabajadores protegidos, los burócratas administradores de las políticas proteccionistas y los contrabandistas son solo parte de la población, por ello, cuando nos preocupamos de los intereses de los consumidores, en realidad, nos preocupamos de las mayorías.
- Los populismos levantan la falsa expectativa de que es posible disfrutar de los resultados del desarrollo y, a la vez, resistirse a incorporar en nuestra cultura los valores y los comportamientos que hacen posible la modernización y el progreso. No debemos caer en esa farsa.

ESTAMOS QUEDANDO REZAGADOS EN LA MODERNIZACIÓN DE NUESTRA SOCIEDAD

A pesar de que el camino a seguir es inequívocamente claro, lamentablemente, el Ecuador no se ha adaptado suficientemente a las

nuevas circunstancias mundiales y las reformas necesarias para la modernización han seguido un camino especialmente difícil y tortuoso, porque se ha tratado inútilmente de mantener un aparato estatal sobredimensionado e ineficiente, que desperdicia enormes recursos nacionales. Debemos reconocer que seguimos viviendo en un país que es la herencia del desafortunado intento de establecer un tercermundista estado benefactor.

Si bien hemos avanzado en mantener una relativa estabilidad de las variables macroeconómicas, son casi quince años de ajustes encaminados a extraer cada día más recursos para un presupuesto estatal que se destina, casi exclusivamente, a satisfacer gastos corrientes, de burocracia y de servicio de la deuda pública, con escasas inversiones en infraestructura de producción y de calidad de vida. Las políticas de los 60 y los 70, con la irrupción del sector público en áreas propias de la actividad privada y en actividades paternalistas y clientelares, exigen un nivel de gastos del gobierno que el país no puede pagar. Debemos tener presente que el endeudamiento público, cuyo servicio hoy nos presiona, es consecuencia del excesivo gasto estatal de años anteriores.

Casi nada hemos hecho respecto a las reformas estructurales indispensables para conformar una economía competitiva de mercado, como: mejorar significativamente la calidad de la educación; lograr tasas de ahorro interno comparables a las que presentan los países que se están incorporando con éxito al mercado global; garantizar la propiedad privada en todas sus formas; titular la propiedad informal rural y urbana; permitir que las aguas de regadío sean objeto de comercio; incorporar al sector informal a la economía; crear un contexto competitivo, con participación privada, en los sectores monopólicos de telecomunicaciones, energía, hidrocarburos, infraestructura vial; reducir el aparato burocrático; desmonopolizar la seguridad social; flexibilizar suficientemente la contratación laboral; uniformizar a tarifas únicas los impuestos arancelarios y de la renta; eliminar los subsidios generalizados; suprimir las selectividades administradas por funcionarios públicos; restablecer la certeza y la seguridad jurídicas; fomentar la capacitación de los adultos y el reentrenamiento profesional de los desempleados;

descentralizar y desconcentrar la administración pública; traspasar los programas asistenciales a organizaciones no gubernamentales; establecer sistemas independientes de evaluación del desempeño de los establecimientos educacionales y del rendimiento académico de los estudiantes; restituir los derechos de consumidor de los usuarios de los servicios públicos, canalizando a las personas parte de los recursos que hoy se entregan a las entidades que prestan esos servicios; focalizar los subsidios a la red de protección básica de los más pobres; eliminar las disposiciones que reducen la competencia en las leyes de ejercicio profesional.

Como se ve, estamos retrasados respecto a países que se están insertando con éxito en el nuevo contexto internacional. Variadas razones se han expuesto para explicar esta dificultad nacional para progresar: la inercia de las ideas y el temor a lo nuevo, que hacen que algunos sectores no quieran cambiar; los intereses de las cúpulas partidistas y de la burocracia sindicalizada, que ostentan gran parte del poder político; la constitución y el estatuto de partidos, que limitan la capacidad del ejecutivo, dificultan la gobernabilidad y propician que la función legislativa se haya convertido en un conflictivo escenario en el que, casi solamente, se negocian cuotas burocráticas y asignaciones presupuestarias; la generalización del doble discurso, lleno de populismo demagógico y regionalista; el gran deterioro y retraso de la universidad ecuatoriana en la que se forma la clase dirigente.

En las razones anteriores hay mucho de verdad, sin embargo considero que hay dos problemas fundamentales y profundos, que podrían ser las causas principales de las demás dificultades: la opinión pública ecuatoriana no es suficientemente favorable a la modernización y a lo que ello implica; y, la clase política, después del colapso del socialismo, está sumida en una grave confusión que le impide articular propuestas adecuadas para las nuevas circunstancias mundiales.

El problema de la difícil gobernabilidad que vive el país, es en el fondo una consecuencia de la enorme distancia entre las expectativas de una opinión pública por años bombardeada con retórica tercermundista, estatizante y socializante y las acciones que gobernantes responsables deben llevar a cabo para posicionar a un país moderno en una

situación adecuada para las actuales circunstancias mundiales; pero también, es consecuencia de la falta de liderazgo, la falta de responsabilidad, la confusión y la mediocridad de gran parte de la clase política ecuatoriana.

La opinión pública no es suficientemente favorable a la modernización y lo que ella implica

Debemos tener presente que en el país hay poca tradición liberal, poca tradición de mercado y poca tradición de competencia. Es indispensable un cambio de mentalidad respecto al rol del Estado, al rol de la sociedad particular y al rol de los individuos en la vida nacional, pues por cerca de treinta años, desde diversos ángulos, se influyó sobre la opinión pública con proyectos socializantes, que han calado profundamente en la mentalidad nacional y que hacen que ciertos sectores de la población mantengan simpatías por esquemas ya superados en otros países.

El pensamiento económico y político de América Latina en las décadas pasadas estuvo marcado por el espectro del triunfo, en 1959, de la revolución socialista en Cuba, lo que motivó que la política del mundo occidental desarrollado hacia estos países, reflejara la preocupación de evitar otras revoluciones socialistas en el hemisferio, bajo el supuesto de que las condiciones internas de estos países podrían ofrecer un medio propicio para nuevos intentos revolucionarios. A su turno, con diversos enfoques, el gobierno norteamericano, con la Alianza para el Progreso; ciertos grupos en las fuerzas armadas de algunos países, con propuestas como la Revolución Nacionalista del general Velasco Alvarado; la Iglesia Católica, con la Teología de la Liberación y los curas guerrilleros, y los partidos socialistas democráticos y socialistas cristianos de Europa Occidental, con el auspicio a partidos corresponsales en América Latina, plantearon propuestas reformistas, redistributivas, estatizantes o socializantes, que hacen que hoy la opinión pública ecuatoriana sea poco favorable a la eliminación del Estado paternalista y del Estado empresario y a la expansión de la libertad económica y comercial.

La clase política no logra articular una propuesta adecuada para las actuales circunstancias del mundo

El colapso del socialismo tomó a muchos por sorpresa; la primera reacción fue tratar de negar lo ocurrido; después se buscó explicar que si se tomaban correctivos el sistema podía salvarse; más tarde se creyó que un híbrido de totalitarismo político y libertad económica podría evitar el desastre. Todo fue en vano, los hechos confirman que el socialismo es parte del pasado. Es inevitable llegar a la conclusión de que la historia ha demostrado que el socialismo es contrario a la naturaleza humana y que, para lograr el bienestar y la prosperidad generales, en un ambiente de respeto a los derechos ciudadanos, el sistema capitalista, democrático, liberal, occidental es sustancialmente superior a las propuestas socialistas, en cualquiera de sus variantes.

Sin embargo, todavía quedan sectores que no están satisfechos con la realidad, que no se resignan a abandonar la utopía y que se han dedicado a atacar al liberalismo y al sistema de mercado que, a pesar de sus limitaciones, es el mejor que hasta el momento conoce la humanidad, en lugar de articular propuestas que sean viables para el nuevo entorno. La izquierda, la centro izquierda y aún la derecha, se han quedado sin propuestas y sus voceros parecen estar confundidos. La precisión y claridad de sus planteamientos de hace una o dos décadas, simplemente, han desaparecido.

Cabe la reflexión que los socialismos modificados, como las versiones socialistas democráticas y socialistas cristianas, deben enfrentar cuestionamientos fundamentales, pues los mismos surgieron de una premisa, hoy, definitivamente equivocada: que el socialismo era deseable como forma de organización social. En el fondo, estas corrientes surgieron de la idea de que, siendo deseable el socialismo, eran inconvenientes sus manifestaciones totalitarias, por lo que se propuso el socialismo democrático, o que, siendo deseable el socialismo, era inaceptable el ateísmo con él asociado, por lo que surgió la propuesta del socialismo cristiano. Ahora, demostrado el fracaso práctico del sistema socialista, estas propuestas quedan con poco sustento.

Sin embargo, es precisamente ahora, cuando corresponde a la centro izquierda ocupar un amplio espacio: preocuparse de que el sistema de mercado funcione, que lo haga bien y en beneficio de todos. Hay un espacio legítimo para la corriente de centro izquierda en una economía competitiva de mercado, el trabajar para que el mercado sea realmente competitivo, sin monopolios, sin excesivos proteccionismos, con libre concurrencia de los agentes económicos; el interesarse en que la red de protección social básica llegue realmente a los más pobres; el de luchar para que la administración de justicia sea impermeable a las presiones económicas y políticas; el lograr que un amplio acceso a una buena educación, prepare a la población para el competitivo mundo actual; el oponerse a que el doble discurso del populismo demagógico y regionalista, polarice la sociedad; en fin, el lograr que el rol del Estado sea el de árbitro imparcial de los conflictos entre particulares, el de garante de la seguridad interna y externa del país y el de creador de la infraestructura necesaria para el progreso económico y social, en lugar de tratar, vanamente, de perpetuar un Estado paternalista y empresario, que, irremediablemente, ha sido superado.

Pero también la derecha está confundida, a pesar de que en el nuevo contexto hay un espacio fundamental para ella: el de explicar y convencer al país de la urgente necesidad de conformar una economía competitiva de mercado en un ambiente de verdadera democracia política, en lugar de tratar vanamente de crear distancias con el capitalismo, o de tratar de competir inútilmente en las tarimas del populismo. La derecha, con autenticidad y entereza, debe promover sin temor el liberalismo en lo político y en lo económico, pues la historia ha demostrado que ello constituye la mejor esperanza para el bienestar de los pueblos.

Respecto a la izquierda izquierda, deberá contentarse, como lo ha hecho la izquierda norteamericana y la europea, con asociarse a las causas de la ecología, el feminismo, las minorías, los homosexuales, etc., causas que siempre tendrán adeptos, pero no creo que sus planteamientos lleguen a tener la globalidad y universalidad que tuvo el socialismo.

Coincidiremos en que nuestra democracia tiene mucho para mejorar. Nuestra vida republicana ha sufrido de permanente inestabilidad; de defectuoso funcionamiento del sistema político; de poca disposición de la población, y sobre todo negativa de las élites a respetar y someterse a las leyes, sin tratar de forzarlas y estirarlas para cada coyuntura o para cada conveniencia del momento; de falta de compromiso de la clase política con el bien público; de una cultura partidista de enfrentamiento, de lucha de clases y de conflicto. La crisis del país mucho tiene que ver con la falta de una clase dirigente bien preparada, responsable, productiva, patriota, que demuestre calidad en la forma de hacer política y de administrar el país y de un electorado que no se deje arrastrar por las ofertas fáciles, las expectativas difíciles de cumplir y los clientelismos. Todo esto nos ha perjudicado enormemente. La confusión ideológica producida por el colapso del socialismo solo agrava el panorama.

Mayo de 1997

ALCANCES Y LIMITACIONES DE LA GLOBALIZACIÓN

Edgar Ponce Iturriaga *

El economista Alberto Acosta nos ha dado una visión amplia y a la vez profunda de los alcances y las limitaciones de la globalización, en un trabajo destacable por su meticulosidad en las investigaciones, la consulta de innumerables fuentes y el contrapunto que establece entre diferentes tendencias del pensamiento en boga, sobre un tema de tanta actualidad.

Si fuera necesario enunciar una primera y gran conclusión de la magnífica conferencia de Alberto Acosta, habría que decir que la globalización, si bien es una tendencia que se manifiesta desde tiempo atrás, en lo esencial constituye un nuevo mecanismo de dominación inventado por las naciones más poderosas del globo, conjuntamente con las empresas transnacionales, con el propósito de mantener la inequitativa división entre países ricos y pobres, y profundizar la explotación que se deriva de esta injusta relación.

Salta a la vista también el inocultable hecho de que la globalización, antes que una nueva era histórica como pretende presentarnos la ideología dominante, sería máximo una nueva etapa del capitalismo, diseñada para mantenerlo intocado y para precautelar la injusticia que se

* Presidente de la Asociación de Trabajadores de la Empresa Eléctrica "Quito" S.A.
Secretario Nacional Ejecutivo Adjunto de ENLACE: Red Nacional de los Trabajadores del Sector Eléctrico.

encuentra en la esencia misma y que constituye el corazón de este sistema socioeconómico.

En rigor, si nos atenemos a la documentada intervención presentada por el conferencista, la globalización no contendría sino una reproducción amplificada de los vicios que hacen del capitalismo un sistema a través del cual los países ricos se benefician de la explotación de las naciones pobres, mientras en cada nación rica o pobre, solamente determinadas clases sociales obtienen los mayores réditos frente al hambre y la miseria de enormes conglomerados sociales cansados de una explotación varias veces centenaria.

Aquí tienen su responsabilidad los organismos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, cuyas reformas impuestas muchas veces a sangre y fuego, no han dado resultados en ninguno de los países dependientes, salvo -según se dice- en Chile, donde 1/3 de la población vive en niveles de pobreza absoluta.

Muchos ecuatorianos, latinoamericanos y habitantes de los demás países del "tercer" o cuarto y hasta el quinto mundo, se han quejado reiteradamente en contra de estos organismos, considerando que sus imposiciones son irracionales y que aparte de no arrojar resultados, mantienen a la mayoría de la población en estado de miseria.

También numerosos neófitos o no iniciados de diferentes países del mundo, sospechábamos que estos organismos no eran otra cosa que los instrumentos utilizados por el neo imperialismo para organizar y concretar el nuevo reparto del mundo, una vez que aquel que surgió de la Segunda Guerra Mundial se partió en mil pedazos, a raíz de la caída del muro de Berlín.

Sin embargo, la poderosa ideología dominante y sus testaferros criollos, trataron de convencer a tirios y troyanos que el repudio al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, al BID y a otros organismos multilaterales era uno más de los mitos esgrimidos por una izquierda derrotada, para impedir el avance de la "reorganización" de nuestras economías y favorecer supuestamente a la mayoría de compatriotas.

Es ahora un estudioso ecuatoriano como Alberto Acosta, quien afirma que la globalización, que es un proceso no culminado, que afronta numerosas contradicciones internas, está siendo “monitoreado” a nivel de los países dependientes por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para que adecúen sus economías y su estructura a las necesidades de las naciones dominantes y de su, su de ellos, globalización.

Es particularmente dramático, siguiendo a Alberto Acosta, descubrir y a la vez confirmar el hecho de que la globalización no es un simple proceso económico y que tras ella operan además factores políticos y sociales.

No hay duda que quienes imponen la globalización a raja tabla, piensan indudablemente en homogeneizar los sistemas políticos autoritarios tipo Thatcher, Pinochet, Fujimori o Reagan, para consolidar la dominación de las clases y castas privilegiadas sobre otras.

El modelo es claro. Requiere además imponer patrones sociales de comportamiento a nivel mundial y, desde luego, necesita implantar una sola cultura global. Esa cultura será, como lo ha comprobado el conferencista al analizar lo que ha ocurrido con las reformas económicas, una que favorezca el individualismo, convierta el dinero en el dios absoluto y omnipotente, con lo que jamás podremos salir de la corrupción, puesto que esta se incrementará a niveles de depredación, peores que los que acabamos de pasar y todavía no somos capaces de enmendar.

Pero, además, deberemos acostumbrarnos unas cuantas décadas más al chantaje y a las imposiciones del FMI y del Banco Mundial, hasta que las reformas que proponen como beneficiosas y sanas para nuestro país, cuadren con las necesidades de los globalizadores mundiales.

El neo proteccionismo está en boga en esta era de la supuesta globalización.

Es necesario, en esta parte, un reconocimiento personal por respeto al auditorio. No soy un especialista en economía, por tanto, delego a los especialistas los análisis profundos de los efectos del fenómeno globalización en el terreno económico. Deliberadamente, conduzco mi

intervención hacia otros terrenos que me son más familiares. Si por un momento en mi visión se alteran el orden de las determinaciones, espero la gracia del auditorio y a priori subrayo que será efecto del ángulo en que pretendo observar la globalización, más no una causa.

Bajo la cobertura de la globalización en nuestro país se ha instalado todo un modelo de organización social, no solo económico, sino social y político... se ha instalado una cultura globalizante, una ideología globalizante, una política globalizante.

¿Y qué ha significado para el Ecuador la instalación de este modelo globalizador en términos sociales y políticos?

La brecha, cada vez más profunda, abierta entre la riqueza y la pobreza resulta un hecho de innegable trascendencia en el país, no solamente en la presencia concreta de ricos y pobres, sino que imprime una dinámica social, producto de la interacción de estos dos actores.

Por un lado, un sector social que no solo concentra la riqueza y los mecanismos para reproducirla en términos económicos, sino que además concentra los espacios políticos y las cuotas de poder. Por otro lado, una gran población que no solamente se empobrece en índices notorios y veloces, sino que además conculca su participación política, se aísla de los espacios de poder y, por tanto, de las definiciones en el escenario estatal.

Este modelo origina la presencia de dos actores sociales claramente definidos: uno concentrador de las riquezas nacionales, de las cuotas de poder en el terreno político y, en consecuencia, determinante en el escenario estatal. Otro sector social desposeído de las riquezas y de los canales de participación democrática y por lo mismo, subordinado enteramente en términos políticos.

En rasgos generales lo descrito es causa de todo un modelo de dominación implantado en el país.

No es necesario buscar en el Ecuador profundo para definir al país como de alto riesgo. La sensación de una granada sin espoleta es

ya sentida a nivel epitelial, son varios los analistas que han llamado la atención sobre las presiones acumuladas y los desenlaces violentos que ocasionarían la continuidad del modelo neo-liberal en el país.

La sociedad ecuatoriana se mantiene en la cuerda floja sin ruterros trascendentales ni proyectos a largo plazo, no se han definido proyectos de largo aliento y se mantiene la tendencia de respuestas coyunturales.

La globalización no ha sido observada desde nuestro país como un factor de integración al contexto mundial que demande un desarrollo de nuestras fuerzas productivas y humanas... sino como un distorsionador no solamente de nuestra economía sino también de las esferas sociales, culturales y políticas.

Cuando planteo la necesidad de una redefinición de las esferas estatales, políticas y de la sociedad civil en su conjunto, subyace el planteamiento de la necesidad de desarrollar un modelo social diferente, que se sustente en el desarrollo de nuestras potencialidades económicas y sociales. Una alternativa que posibilite la inversión a largo plazo, una inversión que profile a nuestro país hacia un desarrollo fundamentado en la estabilidad social y el bienestar de los ecuatorianos, que nos posibilite la inserción en el contexto mundial desde los parámetros de productores y no solamente de proveedores de materia prima.

Esta aproximación al contenido de lo expresado por Alberto Acosta, sería incompleta si no nos referimos a la identidad nacional.

¿Qué pueden hacer los países, cualquiera que sea su estado de desarrollo, para mantener su identidad frente a los procesos de desinformación y desculturización que llevan a cabo desde hace años los países centrales y las empresas transnacionales, beneficiarios de este nuevo reparto del mundo que ha sido concebido para crear una nueva forma de capitalismo o un neo imperialismo?

¿De qué identidad podemos hablar si las clases dominantes criollas reproducen fiel y sumisamente en cada nación esos procesos de desinformación y aculturación?

¿Qué podemos hacer en un país como en el Ecuador, donde la cultura es impuesta desde afuera?

¿Qué se puede hacer frente a una juventud a la que se induce por todos los medios a privilegiar lo extranjero, especialmente lo procedente de la gran potencia del norte, frente a lo nacional?

El país está perdiendo su identidad y en él se están terminando de imponer ideas y comportamientos foráneos, provenientes de una colonización cultural que se vehiculiza a través de los medios de comunicación colectiva, pero sobre todo por la desidia de los gobiernos que se suceden en el poder y que, dedicados de lleno a la vieja política del amarre y de la componenda, del cuánto me das y cuánto te doy, cuánto recibo para ver que ley expido, son incapaces de articular una estrategia de desarrollo viable para nuestras propias condiciones, menos aún de precautelar la identidad nacional.

A grandes rasgos he formulado mis comentarios a lo que ha expresado en esta tarde Alberto Acosta. Sin embargo el tema quedaría trunco si no me permiten ustedes esbozar algunas conclusiones.

Coincido plenamente con el pensamiento de Alberto Acosta, en el sentido que sin dejar de mirar lo que pasa a nivel mundial, ni de reconocer que el Ecuador se ha insertado en la economía mundial prácticamente desde los inicios de la república, a esta altura de nuestra vida resulta absolutamente indispensable que tengamos un modelo de desarrollo que sea diferente al que ha imperado en el país por siempre.

Un modelo de desarrollo más justo y equitativo que reemplace al actual en el que los ricos son cada vez más poderosos económica y políticamente, y los pobres han descendido a niveles inaceptables de miseria.

Un modelo de desarrollo que no se exprese exclusivamente en niveles de reserva monetaria internacional, de tasas de interés y de inflación y de cuánto de la sangre de los compatriotas hay que destinar para el pago de la deuda eterna, sí, eterna a más de externa, sino que

se mida en tasas de educación, salud y vivienda de los sectores más pobres de la población que llegan a un 80 por ciento o más.

No podemos soslayar en este momento que el Ecuador debe ser modernizado, pero no en función de los intereses de los beneficiarios de la globalización mundial, sino de los hombres y mujeres, niños y ancianos, viudas y huérfanos de este país, que deambulan en un círculo vicioso en el que nacer y morir pobre es casi un homenaje al creador, como consecuencia de una ideología maniqueísta.

Verifiquemos en el caso de nuestro país algunos escenarios macroeconómicos agudizados por el modelo neoliberal:

ESCENARIOS MACROECONÓMICOS

Variables	1997
Inflación (fin período)	43.0%
Desempleo de la PEA	20.0%
Subempleo de la PEA	60.0%
Salario mínimo vital (sucres)	114.000
Exportaciones (mil dólares FOB)	5.103
Importaciones (mil dólares FOB)	3.700
Deuda externa pública (saldo millones dólares)	12.496
Mortalidad infantil	49 de cada mil nacidos vivos
Mortalidad infantil población indígena	63 de cada mil nacidos vivos
Mortalidad materna*	160 por cada cien

LA POBREZA AFECTA A LA MAYORÍA DE LOS ECUATORIANOS

Una de las formas más utilizadas para definir la pobreza en los últimos estudios, es la que establece como pobres a las personas que no tienen capacidad para adquirir su canasta básica de bienes y servicios.

Más de la mitad de la población del Ecuador es pobre y la tendencia va hacia el aumento de la población. Los niveles son alarmantes en el área rural y en las poblaciones indígena y negra, la pobreza tiene relación con una concentración de la riqueza nacional en pocas personas, con un insuficiente crecimiento económico y galopantes tasas de desempleo y subempleo. Se mantiene y tiende a agudizarse por la ausencia de una inversión social significativa y por la falta de continuidad en las políticas sociales.

En 1988 el 10% más rico de la población urbana percibía el 47% del ingreso nacional. Los programas de ajuste generaron un proceso de concentración de la riqueza y de mayor inequidad en la distribución de los ingresos. Para 1993 el grupo poblacional (o sector social) de mayor nivel económico recibía el 55% del ingreso y el 20% más pobre percibía el 1,7% del ingreso nacional. Los sectores medios de la población también se vieron afectados pues su participación en el ingreso varió del 51% en 1988 al 44% en 1993.

La pobreza afectaba a 8 de cada 10 personas del oriente y a más de 5 de cada 10 personas de la sierra y de la costa. Esto es mucho más marcado en la población rural, incidiendo en cerca del 90% de familias en el oriente y aproximadamente 75% de familias en la sierra y costa.

Los daños ecológicos son muy grandes por el deterioro ambiental ocasionado por la contaminación de los ríos, la deforestación en la costa y en la amazonía, la erosión en la sierra y la irracional explotación petrolera y tienen un efecto negativo e irreversible a mediano y largo plazo en el bienestar de la población.

El gobierno actual debe observar estrictamente el mandato de febrero de 1997, que exige la refundación de la República.

Al iniciar su período este gobierno interino, formulamos públicamente nuestras esperanzas de que la gesta del 5 y 6 de febrero no se convierta en “Ultimo día de Bucaramismo y primero de lo mismo”.

Han transcurrido tres meses y lo que hemos podido ver es que el gobierno no atina a combatir la corrupción en las aduanas, que es imposible apresar a más de una veintena de corruptos, que los pactos y los amarres a nivel de legislativo y ejecutivo continúan.

¡Basta! El país debe modernizarse, sin confundir con privatizarse o enajenarse aún más a los intereses privados.

Creemos firmemente en que si la inversión directa quiere arribar para quedarse en el país, debe hacerlo para construir nuevos proyectos hidroeléctricos, nuevas centrales de generación, nuevos sistemas de distribución, construir nuevas refinerías, perforar nuevos pozos, **y no para llevarse el patrimonio nacional cuya construcción como tal ha costado miles de millones de dólares y el esfuerzo de muchas generaciones.**

Los trabajadores hemos dado muestras de nuestros propósitos de cooperar con la verdadera modernización, no con la privatización del país, al señalar una serie de pautas que expresan la renovación de nuestro pensamiento.

Pensamos que las nuevas claves de sindicalismo nacional deben sustentarse sobre la base de la creación de empleo, la capacitación de los trabajadores, su independencia con los gobiernos de turno a los que no tenemos por qué extender más cheques en blanco.

Por lo expuesto termino invocando a los aquí presentes para que mantengamos el espíritu de febrero. Derrotemos al monopolio político y a un sistema en el que un capo destrona, vía elecciones, a otro, rampante y feroz, quien luego derriba al que le destronó para dejar las cosas como siempre.

No vaya a suceder lo que en un artículo del diario "El Comercio" el día de hoy, señala José Martí Villamil:

"Los pobres sin trabajo ya están por perder la esperanza, y cuando esta se pierde, ¿qué puede importar perder la vida?"

Mis felicitaciones a Alberto Acosta, por su ilustrativa intervención.

Mi agradecimiento y mi homenaje al IAEN por sus 25 años y mi reconocimiento al general José Villamil por haberme permitido expresar estas opiniones.

IDENTIDAD NACIONAL, CULTURA Y GLOBALIZACIÓN

PONENCIA:

Dr. José Sánchez-Parga

COMENTARISTAS:

Dr. Gustavo Vega

Dr. Luciano Martínez

IDENTIDAD NACIONAL, CULTURA Y GLOBALIZACION

José Sánchez-Parga *

Estos tres conceptos conforman una ecuación tan compleja como original, la cual permitiría despejar el sentido de cada uno de ellos en los actuales procesos históricos que caracterizan la llamada "modernidad" de este fin de siglo.

Puesto que la globalización del mundo moderno arroja una nueva comprensión sobre el fenómeno de la cultura, y ambos obligan a una redefinición de las llamadas "identidades nacionales", y puesto que dentro de la mencionada ecuación es el concepto más nuevo y controvertido, y precisamente por ello el más determinante del sentido de los otros, nos proponemos un preámbulo analítico sobre dicha idea de globalización.

I. LAS VARIABLES GEOMETRIAS DE LA GLOBALIZACIÓN

Aunque la ideología dominante de la globalización sea de orden económico, y sean sobre todo los procesos e instituciones económicos (mercados, empresas, procesos productivos, etc.) los que mejor han dibujado los mapas globales, todas las nuevas estructuras, organizacio-

* Director del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

nes y relaciones del mundo actual configuran las matrices sobre las cuales se han desarrollado las formaciones culturales de la globalización.

Según esto, el análisis de los principales componentes arquitectónicos de la globalización, desde las formas desterritorializadas de la mundialización hasta las nuevas polarizaciones urbanas, pasando por la fluidez y aceleración de los intercambios, todos estos elementos intervienen así mismo en la forma que adopta la cultura globalizada, poniendo incluso en evidencia dimensiones culturales, como la de interculturalidad, que nunca como hasta ahora habían adquirido tanta visibilidad y fuerza.

1. Las "duraciones" de la globalización

Frente a la globalización se suelen adoptar dos posiciones, tan reaccionarias y estériles la una como la otra: la de los integrados, que minimizan la globalización, considerándola una fábula, una moda o la red denominación de un antiguo fenómeno y proceso, que supuestamente se remontaría a la Edad Media o al Renacimiento; y la de los apocalípticos, quienes hacen de la globalización un globalitarismo, una doctrina y política totalitarias, fuera del cual no hay salvación, bajo el imperativo de "o globalizarse o morir".

La situación contemporánea comporta un conjunto de características ya observadas en el pasado, pero cuyas configuraciones actuales poseen una tal originalidad que requieren un análisis específico. El hecho que algunos procesos actuales de la globalización se hayan iniciado hace casi cinco siglos, lejos de cuestionar el carácter cualitativamente nuevo de sus actuales fenómenos no hace más que demostrar que dichos procesos de la globalización contemporánea se inscriben en el ciclo de una "larga duración" de la historia, lo cual tampoco impide comprenderlos dentro de los márgenes más estrechos y específicos de la "corta duración" de la(s) última(s) década(s).

Para los economistas y la mayoría de los investigadores en ciencias sociales los análisis retrospectivos privilegian un período de uno o dos decenios, dentro de cuyo margen nadie duda que la economía inter-

nacional ha registrado transformaciones tan importantes como cualitativamente nuevas.

Sin embargo, el diagnóstico resulta muy diferente si se toma en cuenta la **larga duración** del capitalismo, cuyo desenvolvimiento se inicia a partir del siglo XVI, cuando aparece e inicia su desarrollo el capitalismo comercial con perspectivas internacionales. Y si bien la década de los 90 de este fin de siglo es totalmente nueva respecto de los años 60, numerosas características contemporáneas han sido ya observadas, por ejemplo en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

F. Braudel ha mostrado magistralmente cómo el capitalismo comercial responde desde sus orígenes a una dinámica de internacionalización, de la misma manera que los historiadores económicos prueban cómo desde mediados de este siglo las coyunturas nacionales se volvían cada vez más interdependientes, tanto más cuanto que las innovaciones en materia de transporte y de comunicaciones redespegaban las ventajas competitivas de diversos espacios. Este mismo ha sido el caso en la década de los 80 con la emergencia de las nuevas tecnologías de la información.

Simultáneamente la constitución de un espacio económico en el seno de los Estados-nación ha conducido a una sincronización creciente de los precios regionales, y a largo plazo a su convergencia. Dicho criterio de convergencia de los precios interiores y sincronización de los precios internacionales continúa prevaleciendo en la economía contemporánea, sugiriendo que es muy lejana todavía la desaparición de las fronteras.

2. Morfologías de la globalización

El de la globalización, como casi todos los conceptos, puede adquirir su máxima comprensión si se lo somete a una cierta arqueología de su formación. En un estudio anterior (**Globalización, Gobernabilidad y Cultura**, CELA/ILDIS, Quito, 1997) hemos analizado la especificidad del concepto de "globalización" como una fase o proceso superior, que ha trascendido los precedentes niveles de "interna-

cionalización" y de "transnacionalización" en referencia a la esfera de la producción y de la economía.

También hemos justificado anteriormente (1997), por qué optamos por el concepto anglosajón de "globalización" en lugar de usar el más francés y europeo de "mundialización". Sin embargo el carácter proteiforme de la idea de globalización merece un análisis más estructurado, que podríamos organizar en cuatro definiciones distintas y en cierto modo sucesivas:

- a. En 1983 Théodoro Levitt ("The Globalization of Markets", **Harvard Business Review**, mayo-junio, 1983) propone este término para designar la convergencia de los mercados en el mundo entero, haciendo de globalización y tecnología los dos principales factores de las relaciones internacionales. En este primer sentido la globalización de los mercados se opone a la visión anterior de un ciclo del producto que consistía en vender a los países menos avanzados los productos obsoletos de los países ricos; el término se aplica sobre todo a la gestión de las multinacionales y concierne exclusivamente los intercambios internacionales:
- b. En 1990 esta noción es ampliada por Kenichi Ohmae (**The Bordless World: Power and Strategy in the Interlinked Economy**, Fontana, Londres, 1990) al conjunto de la cadena de creación de valor (R/D -research/development- ingeniería, producción, mercantilización, servicios y finanzas). Todo el proceso converge en una **integración global**, cuando las firmas pertenecientes al mismo grupo financian sus inversiones y reclutan su personal a escala mundial. La globalización designa entonces una forma de gestión totalmente integrada a escala mundial; un proceso a través del cual las empresas más internacionalizadas tratan de redefinir en su beneficio las reglas del juego antes impuestas por los Estados nacionales:
- c. En fin, la globalización puede designar también una nueva configuración, que marca una ruptura respecto de las precedentes etapas de la economía inter-nacional, cuando estaba determinada

por la interacción de procesos que operaban al nivel de los Estados nacionales. En la actualidad emergería una **economía globalizada**, en donde las economías nacionales quedarían primero descompuestas y luego rearticuladas en el seno de un sistema de transacciones y procesos que operan directamente a nivel internacional.

3. Conexiones y desconexiones

De la misma manera que lo global supuso una emergencia y redefinición de lo **local**, a su vez supondría una interpretación muy simplificada entender la globalización únicamente como un proceso y fenómeno geográfico-espacial de los diferentes ámbitos o realidades sociales, sin tener en cuenta cómo la globalización comporta también de alguna manera una transformación de tales realidades, junto con un nuevo y complejo sistema de interconexiones y desconexiones entre ellas.

Más que una globalización de la economía, hay que considerar más bien que la globalización del capital financiero, muy interconectado con la globalización de las telecomunicaciones, solo fue posible en base a su desconexión del capital mercantil y productivo, y que el desarrollo de los mercados financieros acarrearón no solo una reducción de los mercados de productos sino sobre todo una reducción de la producción mundial de mercancías.

De manera similar cabría sostener que a medida que las telecomunicaciones se globalizan, se inicia y amplía una progresiva desconexión entre ellas y otros medios de comunicación social (mass-media), al buscar estos una integración más local.

La globalización económica y telemática se ha operado a su vez en base a una desconexión de la esfera de la política, la cual se encontraría simultáneamente atravesada por una desconexión interna: la que distancia la geopolítica global de los organismos internacionales, desde la ONU hasta los bloques o comunidades regionales (EU), respecto de las políticas y gobiernos de los Estados nacionales.

Y si los mercados financieros se globalizan, precisamente porque se sustraen a la gobernabilidad de las políticas y Estados nacionales, de modo similar que la globalización de las telecomunicaciones, esto no significa que tanto los Estados nacionales como sus políticas de gobierno no se transformen por efecto de la globalización.

Este doble eje de interconexiones y desconexiones del proceso de globalización cruza también la esfera cultural: mientras muchos ámbitos de la cultura se encuentran tan globalizados como el de la economía capitalista y el de las telecomunicaciones, precisamente porque tales aspectos culturales poseen formas mercantiles y comunicacionales (modas, consumos, comportamientos, gustos y valores...), otros aspectos o elementos culturales, en cambio, por sus particularismos e identificaciones locales, no solo se resisten a la globalización sino que incluso tienden a resaltar aún más sus diferencias en una creciente diversificación.

Este complejo sistema de interconexiones y desconexiones, sobre el que se desarrolla el fenómeno de la globalización, obliga a su vez a establecer una correspondencia entre las consideraciones globales o locales y sus efectos respectivos en ambas dimensiones. Ya que la fórmula "pensar global y actuar localmente" (**thinking global and acting local**) solo tiene sentido y performance si se complementa con su formulación inversa.

En cualquier caso, una consecuencia epistemológica de la globalización, tal y como ha sido planteada, es que los referentes de **micro** y **macro** han perdido relevancia analítica, no solo por la confusión de los márgenes de sus respectivas escalas sino también por la relatividad creciente entre ellos, puesto que la recíproca influencia entre ambas dimensiones se ha vuelto cada vez más intensa.

4. Archipiélagos económicos y culturales

El debate sobre la globalización ha estado centrado, en general, sobre el devenir de las entidades nacionales: economías y culturas nacionales, sistemas socio-económicos nacionales y Estados nacionales. Por ello todos los interrogantes han girado en torno a la forma cómo

evolucionarán estas realidades, teniendo en cuenta dos fenómenos principales: la globalización de los mercados financieros y de los sistemas informático-comunicacionales; la transnacionalización acelerada de las redes de producción y comercialización.

Esta perspectiva "inter-nacional" seguirá siendo siempre pertinente; sin embargo, el marco nacional permanece y permanecerá aún por largo tiempo como el referente principal, incluso para las grandes firmas y estrategias. Con todo, la nueva geografía de la economía y cultura mundiales ha comenzado a articular cada vez menos conjuntos nacionales homogéneos y compactos, privilegiando cada vez más ejes y núcleos de acumulación y de crecimiento infra-nacionales, regiones, ciudades y metrópolis.

En esta nueva y complementaria perspectiva los flujos de las inversiones económicas y culturales no se orientan tanto como podría parecer hacia las **deslocalizaciones** de los países ricos a los pobres; más bien tejen sus redes o bien en el seno de países desarrollados o bien en los principales polos de desarrollo de los países subdesarrollados.

Según esto, asistimos en la actualidad a una **metropolización** de la economía y de la cultura mundial, en el sentido que las grandes ciudades atraen hacia ellas una enorme parte del crecimiento, de la riqueza, del poder y hasta de la cultura o de una cierta cultura. La producción de Tokio se compara hoy a la del Reino Unido y vale dos veces más que la de Brasil, de la cual, un cuarto de su riqueza se concentra en Río y San Pablo. Esto hace que en gran medida la economía mundial, como incluso una determinada forma de cultura, sean hoy tanto más intermetropolitanas que internacionales. Y por consiguiente las dinámicas metropolitanas no representan únicamente el marco físico espacial del nuevo capitalismo mundial, sino que en gran medida se han vuelto su motor y su substancia, al imprimirle formas sociales, institucionales y culturales específicas.

Siguiendo a K. Buche, F. Braudel distinguía ya las **economías urbanas** y las **economías territoriales**. Como muestra la historia, los primeros éxitos del capitalismo fueron de hecho las ciudades

renacentistas y sus redes interurbanas, economías mucho más fuertes y dinámicas que las economías con una base territorial extensa. Baste comparar el contraste entre las ciudades iniciales del capitalismo renacentista como Venecia, Génova, Amberes y Amsterdam, con los emergentes Estados nacionales de España y Francia. Solo en el transcurso de los siglos posteriores los Estados territoriales terminaron por sobreponerse y dominar económica y culturalmente a las ciudades, al transformar sus instrumentos de poderío en procedimientos de dominio y control territoriales (técnicos, administrativos, comunicacionales, etc.). Y el ulterior desarrollo del capitalismo industrial terminó por disolver completamente las economías locales en las economías nacionales. Fue así como la "ciudad", categoría económica activa en los clásicos de Cantillon a Marx, desaparece del vocabulario de la teoría económica, el cual solo reconocerá la nación y lo inter-nacional.

¿Nos encontraremos hoy en el comienzo de un nuevo ciclo de las ciudades, aunque no sea el mismo, en detrimento de las naciones? No pocos indicadores apuntarían en tal dirección.

El primero sería un regreso de la geografía con la revitalización de los efectos de proximidad, que habían sido artificialmente inhibidos por los desfases de la "guerra fría", y con la constitución de polos transfronterizos asociando ciudades del norte y del sur. Otro índice es la fuerte polarización espacial, ya señalada, de los procesos de crecimiento. Tenemos en fin el hecho más visible de las economías metropolitanas, antiguas o nuevas, cada vez más desconectadas de sus hinterland o zonas de influencia tradicionales.

Capitales regionales o nacionales en plena expansión en el seno de regiones y países en recesión son cada vez más frecuentes. Mientras las redes de proximidad que vinculaban "verticalmente" las ciudades con sus regiones tienden a disolverse o aflojarse, las redes "horizontales" entre grandes ciudades y metrópolis se estrechan y refuerzan, dando lugar a una **economía de archipiélago**, que en muchas esferas de actividades financieras, tecnológicas, políticas y culturales monopoliza toda actividad y todos los intercambios.

En estas estructuras y procesos son muy estrechas las correspondencias y muy fuertes las analogías entre la esfera económica y la cultural. En referencia al fenómeno de la metropolización, es necesario constatar cómo los modos de producción urbana de cultura, predominan sobre otras formas culturales. Las distinciones y contrastes entre lo que desde los 70 se consideró cultura **burguesa** y cultura **popular** (y que suponía una homogeneización cultural de las burguesías de las más diferentes sociedades, mientras diferenciaba culturalmente a los sectores populares de cualquier sociedad) se encuentran hoy sobrepuestas por modelos de cultura urbana compartidos por los más diversos sectores y grupos sociales.

5. El gigantesco conmutador urbano

Las polarizaciones espaciales que genera el fenómeno de la globalización no significan un regreso a las estructuras dominadas por los intercambios locales. Más bien dichas polarizaciones comportan simultáneamente todo un conjunto de disociaciones entre el espacio de las empresas o ámbitos económicos y el de las regulaciones políticas; tales disociaciones a su vez se encuentran contrabalanceadas por la acción creciente de múltiples externalidades, por los vínculos subterráneos y poderosos que atrae la competitividad económica a recursos e interacciones fuertemente territorializados.

Mientras las organizaciones productivas tradicionales, fuertemente compartimentalizadas y jerarquizadas, reposan sobre el rendimiento y productividad de operaciones rutinizadas, la "performancia global" resulta en cambio principalmente de efectos del sistema, internos y externos a las mismas empresas. Dichas performances de la globalización se construyen en las relaciones no programadas entre los actores múltiples de las cadenas productivas, mucho más que en la intensificación de las tareas programadas.

Por ejemplo, la fiabilidad de grandes instrumentos técnicos, que influyen directamente sobre los costos de producción industriales, depende ante todo de la calidad de los diálogos entre quienes conciben y

quienes explotan dichos instrumentos, entre estos últimos y los especialistas del mantenimiento. Otro factor de innovación productiva releva de la interacción entre las empresas y sus clientes o consumidores.

Todos estos componentes del proceso globalizador resaltan la importancia de las estructuras territoriales, y en particular de los tejidos densos y diversificados en sus competencias de las grandes ciudades, lo que las convierte en matrices privilegiadas para la emergencia y operatividad de los efectos relacionales.

Otra doble característica mayor tanto de la economía como de la cultura contemporáneas es su dominio por la **incertidumbre** (sobre los mercados, las técnicas, las estrategias concurrentes, etc.) y por la **velocidad** (reducción de las duraciones de los ciclos y de los cambios). Las tendencias correspondientes a estos fenómenos no son indiferentes a las formas espaciales.

En primer lugar, para responder a la incertidumbre, para repartir los riesgos y para actuar más "reactivamente", y más "flexiblemente" las empresas externalizan hoy una gran parte de sus actividades y de su mano de obra. El fenómeno es mundial. Los tejidos metropolitanos ofrecen posibilidades particulares e incomparables para administrar un mercado de trabajo flexibilizado, para componer y recomponer de manera dúctil cadenas de actividad de geometría variable, y en tal sentido la ciudad funciona como un gigantesco conmutador.

En segundo lugar, en la economía y cultura de velocidad (la misma innovación cultural, el cambio de unas a otras formas culturales, es un fenómeno de cultura), la rapidez del aprendizaje es un factor crucial no solo para el éxito, sino incluso para la sobrevivencia en la competición. La capacidad de aprender se halla muy demultiplicada por la existencia de "medios" emprendedores y empresariales, que siguen colectivamente la evolución de las técnicas y los mercados, lo que un empresario aislado es incapaz de lograr.

Los tejidos urbanos y sobre todo los grandes mercados metropolitanos, son también percibidos como poderosos reductores de incertidumbre a mediano plazo, como formas de seguridad.

Sin embargo, todos estos efectos ligados a las formas territorializadas, y particularmente a las grandes metrópolis son ambivalentes. Expresan el hecho que el despliegue de la economía mercantil permanece profundamente dependiente de la movilización de factores considerados como extra-económicos. Por ejemplo en un mundo cada vez más abierto, los efectos de reputación y de confianza desempeñan un papel decisivo. Identificar un socio técnico o comercial sigue siendo más fácil y más seguro cuando existen redes de interconocimiento: en la propia ciudad o región, mejor que en cualquier otro lugar. Lo cual no excluye que los "cazadores de cabezas" puedan buscar y encontrar un cuadro técnico, empresarial o comercial en cualquier lugar del mundo.

Las grandes metrópolis aparecen hoy, no solo como el lugar, sino como el vector y motor privilegiado de la extensión de las regulaciones de los intercambios y del mercado. Lo que G. Simmel había ya descrito a inicios de siglo: el vínculo íntimo entre la metrópoli y el mundo del dinero, el universo de equivalencias generales que instaura este último, es cada vez más real.

Así es como en la economía de la metrópoli se encuentran tanto la solidaridad de vínculos de confianza, de valores y concepciones compartidos, como su contrario, la fluidez y la frialdad de las más puras relaciones contractuales. Las empresas buscan la gran ciudad para hallar los necesarios recursos socializados, arraigados en los procesos de larga duración, pero también para facilitar las estrategias de descompromiso. De ahí que la economía metropolitanizada exacerbe las tensiones entre la valorización de formas comunitarias y los poderes disolventes del mercado.

El problema crucial se plantea por el hecho que estas **economías urbanas** son sistemas completamente abiertos, que no ofrecen ninguna garantía de equidad y de solidaridad. Todo lo contrario de las **economías nacionales**. El hecho que las metrópolis concentren las desigualdades y pongan a prueba las capacidades de solidaridad de nuestras sociedades no carece de relación con su papel desempeñado en la competitividad. Nada fuera de la política garantiza que el círculo vicioso entre competitividad y solidaridad pueda transformarse en círculo virtuoso.

II. EFECTOS CULTURALES DE LA GLOBALIZACIÓN

A pesar de la inserción de la cultura en los esquemas, estructuras y procesos configurados por la globalización económica, e incluso de la influencia de esta en las actuales formaciones, modos de producción y relaciones culturales (formas comunicacionales y mercantiles de la cultura), la cultura ha adquirido modalidades propias de globalización y de localización, de mundialización y de territorialización, de conexiones y desconexiones tanto al interior de la misma esfera cultural como en relación con las otras esferas económicas y políticas. Todo esto comporta no solo una nueva cartografía de fenómenos culturales, sino también, y esto resulta aún más inédito e importante, una nueva concepción de la cultura y de la misma producción cultural.

Es en esta perspectiva que se diseñan hoy tanto morfologías socio culturales tan inéditas como las **identidades colectivas**, cuanto objetos sociales con un nuevo valor, sentido o estatuto de cultura.

1. Paradojas culturales de la globalización

Aun reiterando lo que ya hemos planteado en una anterior publicación (cfr. 1997), pero como un necesario preámbulo analítico, merece esquematizar aquí la doble dinámica y la doble morfología que caracteriza la globalización de la cultura.

El efecto más visible de la globalización cultural es la homogeneización y entropía de la cultura. Consecuencia de las comunicaciones a escala mundial, de la ampliación de las relaciones e intercambios entre culturas, del mayor volumen e intensidad de los préstamos y empréstitos entre ellas, de las recíprocas apropiaciones y adaptaciones, asistimos hoy a una suerte de homogeneización -de "commonwealth"- cultural en todo el mundo.

En cualquier país y sociedad encontramos productos, formas, comportamientos culturales, representaciones, símbolos y rituales, gustos y consumos procedentes de otras sociedades y culturas, todo lo cual

ha sido adoptado o adaptado de maneras muy diversas y con sentidos muy diferentes.

Así, las culturas nacionales en Europa se han europeizado culturalmente, si no perdiendo, al menos atenuando muchos rasgos distintivos, y desmarcando no pocas de sus idiosincrasias culturales nacionales. Lo mismo ocurre en América Latina donde la participación en una cultura latinoamericana, las mayores posibilidades de compartir formas y objetos culturales de los otros países han resultado de crecientes, más amplias y más intensas comunicaciones e intercambios entre ellos y sus distintas áreas o perímetros de cultura. E incluso en EEUU., no solo la presencia creciente de una sociedad hispana sino también la influencia de una cultura hispana, tiende a dibujar nuevas homogeneizaciones culturales.

Poco importa que las formas y dinámicas de la globalización cultural se encuentren dominadas por aquellas culturas que ejercen mayor influencia, debido a un determinado soporte económico y político. Y en tal sentido no es comparable la dimensión global que alcanza el consumo de la coca cola con el que puede tener la tequila o la chicha. Pero simultáneamente no hay que ignorar que otros objetos y formas culturales son capaces de globalizarse sin contar con el mismo soporte económico comercial.

Este nivel más visible y también más espectacular de la globalización de la cultura, recubre otro, quizás no tan evidente a primera vista, pero no menos inédito ni tampoco menos fuerte e intenso. Se trata de un fenómeno en cierto modo opuesto, pero también complementario y en estrecha relación al de la homogeneización globalizadora: lo que llamamos negentropía, diferenciación, diversificación y particularización de la cultura.

En las dos últimas décadas hemos asistido en todo el mundo a lo que unos autores han llamado "etnogénesis" o "revival" (revitalización) culturales con el (re)aparicimiento de nuevas o antiguas identidades étnicas y culturales, recomposiciones culturales, segmentaciones o desmembramientos. Grupos o unidades de cultura, que desde siglos se

mantenían integrados en conjuntos culturales más amplios, sin romper o rompiendo las identificaciones con dichos conjuntos culturales, reivindican hoy su propia particularidad o su autonomía.

Esta doble dinámica de **globalización** y entropía homogeneizadora (y de desterritorialización) por un lado, y de **localización** y negentropía diferenciadora (de reterritorialización) por otro lado, comporta a su vez un doble y complejo sistema de conexiones y desconexiones tanto en la producción como en la circulación de cultura; lo cual también a su vez implementa combinaciones y segmentaciones sociales en los diferentes niveles de la formación de culturas. Aunque a cada clase, grupo y sector social corresponde un modelo de producción y de circulación culturales, esto ni excluye que en una determinada sociedad, clases, grupos y sectores compartan diferencialmente dicho modelo, ni tampoco impide que la misma clase, grupo y sector social de sociedades diferentes puedan compartir y hacer circular entre ellos los mismos modelos culturales.

Los ámbitos de globalización cultural ni se constituyen ni se desarrollan sin un sustrato de culturas locales, sean nacionales o regionales, las cuales al mismo tiempo que se organizan y operan en relaciones "horizontales" entre ellas o con otras culturas vecinas, próximas o distantes, se combinan e interactúan "verticalmente" con los ámbitos de la cultura globalizada.

Esto mismo hace que si bien la globalización tiene un efecto homogeneizador en muchos aspectos y niveles culturales, dicha globalización adopta también preponderantemente formas **locales** de cultura. Según lo cual, por ejemplo, la presencia de un mismo objeto, modelo o rasgo cultural no tiene el mismo sentido o función en diferentes contextos culturales, porque ya su adopción o adaptación ha respondido a sentidos y funciones particulares.

2. Temporalidades, ritmos y ciclos culturales

Aunque más evidente y con mayores relieves, el paradigma espacial de la globalización no sería comprensible sin la categoría temporal

que domina, regula e informa todos los procesos y fenómenos de la globalización cultural.

La cultura siempre ha estado inmersa en la temporalidad de los cambios, y ha sido en razón de los tiempos culturales que se (Levi-Strauss) llegó a hablar de "sociedades frías" y "sociedades calientes".

Las primeras son sociedades organizadas y reguladas para resistir a los cambios, orientadas o enfrentadas con el pasado (representándose el pasado de frente, ya que es la experiencia temporal conocida), y por consiguiente más marcadas por la tradición, y en las que solo los cambios de larga duración pueden ser percibidos.

Las "calientes", en cambio, son sociedades de cambios más rápidos, regidas por las **cortas duraciones**, más orientadas al futuro que es representado "detrás" o "a la espalda", ya que es lo desconocido; menos marcadas por la tradición, lo que no significa que sean sociedades sin pasado ni tradición, pero no están tan reguladas por ellos.

Dos son los factores, uno externo y otro interno, por lo general estrechamente relacionados, que hacen una sociedad "fría" y tendiente a **durar**, o caliente y orientada al cambio. El modelo "frío" es propio de las sociedades aisladas, sin relaciones con otras sociedades diferentes, o más o menos relacionadas con sociedades vecinas pero muy parecidas; tal falta de rozamientos o el limitado flujo de intercambios no las altera internamente. De otro lado, esta misma estabilidad se encuentra reforzada por el hecho que son sociedades homogéneas, igualitarias y con pocas diferencias internas, lo cual impide las interacciones y confrontaciones, que constituyen las dinámicas de cambio.

Por el contrario, el modelo "caliente" responde a sociedades abiertas, sujetas a muy amplias e intensas relaciones e interacciones con otras sociedades de culturas muy diferentes, y sujetas también por consiguiente a grandes y constantes intercambios, préstamos y empréstitos culturales. Esta situación de intensa "interculturalidad" centrífuga tiene simultáneamente efectos centripetos, al provocar al interior de dichas sociedades diferencias y diversificaciones, cuya interacción genera tanto conflictos como condiciones de cambio.

Este parámetro temporal de la cultura en la historia de todas las sociedades alcanza una pertinencia decisiva como componente y factor de la actual globalización. En un momento de la historia, cuando por efecto de todo tipo de telecomunicaciones, las distancias se han acortado considerablemente, todas las sociedades y culturas del mundo han entrado en un proceso de muy amplios e intensos intercambios. Esto ha provocado un "recalentamiento" de todo el mundo, haciendo que todas las sociedades se encuentren sujetas a una creciente aceleración en sus cambios.

Pero no solo ha alterado los ritmos de la historia, precipitando los cambios y aumentando las frecuencias de las **cortas duraciones** en detrimento de las largas duraciones, la globalización ha multiplicado las temporalidades, diferenciando temporalmente sociedades, sus distintas esferas sociales, los niveles o territorios dentro de estas. No en todas las sociedades los cambios obedecen a los mismos ritmos de aceleración, tampoco son los mismos los tiempos de la economía, los tiempos de la política y los tiempos de la cultura. Y ni siquiera al interior del ámbito económico son comparables los tiempos y ritmos de la economía financiera y sus mercados, de la economía mercantil con sus intercambios y circulaciones de productos, de la economía de la producción.

Si en cierto modo cabe sostener que los tiempos culturales son más lentos que los tiempos económicos y políticos, sin embargo dentro del ámbito de la cultura hay fenómenos y procesos que obedecen a ritmos más rápidos de cambio, otros que son más lentos, y otros, en fin, tan resistentes que solo en el "largo plazo" o las "largas duraciones" son registrables sus transformaciones. La moda en cuanto fenómeno cultural del mundo moderno sería el más plástico y sensible a los cambios, mientras que las llamadas "mentalidades", las creencias, ciertos códigos comunicacionales responderían a los tiempos lentos y a los largos plazos.

La globalización no solo ha decantado diferentes temporalidades entre sociedades, esferas o ámbitos sociales y al interior de cada uno de ellos, sino que a tal multiplicación de tiempos y ritmos diferentes de cambio, corresponde también una suerte de interpenetración o superposición de temporalidades distintas.

Tal es el caso, por ejemplo, que analizaremos más adelante, de los tiempos de formación y desarrollo de las culturas nacionales, cuando se constituyen los Estados nacionales, que llegaron a frenar y encubrir los procesos de las diferentes y diversas culturas pre-nacionales, de cuyo aparente letargo parecen emerger en la actualidad con tal dinamismo que tienden a sobreponerse sobre las culturas nacionales.

De acuerdo a las observaciones precedentes, la globalización ha puesto en evidencia las estrechas articulaciones entre la dimensión espacial y la dinámica temporal de los procesos y fenómenos socio-culturales. El efecto de las distancias y de las cercanías ha enriquecido la calidad de las comunicaciones, sean estas telecomunicaciones o microcomunicaciones. Pero al mismo tiempo que se relativiza la espacialidad se relativiza también la temporalidad, obligando a entender y vivir el tiempo no tanto como la secuencia donde "tienen lugar" los fenómenos y ocurren los procesos, cuanto como el ritmo más o menos lento o rápido de los mismos cambios.

Todo esto ha hecho que en el marco de la globalización, tanto el espacio como el tiempo se hayan convertido en categorías y experiencias culturales de características muy particulares.

3. Globalización de la interculturalidad

Las culturas no solo existieron siempre interculturalmente sino que el mismo origen, la formación y desarrollo de las culturas se operó en base a la interculturalidad. En este sentido, las relaciones interculturales no son una simple posibilidad o contingencia de las culturas, sino más bien la condición de su posibilidad y de su misma existencia. Es la interculturalidad lo que produce y desarrolla las culturas; cabría decir que es su misma sustancia, y por consiguiente sin interculturalidad ni existen ni son pensables las culturas.

Según esto, las relaciones entre culturas no son la consecuencia de la pluralidad de culturas; muy por el contrario, son las relaciones interculturales las que generan la pluralidad cultural.

El hecho que las relaciones entre culturas operen como un multiplicador cultural, ya que dichas relaciones son generadoras de nuevas diferencias y diversidades culturales, no impide entender que la cultura haya sido siempre plural.

Era necesario dar por sentados estos presupuestos para evitar equívocos, en primer lugar, sobre el concepto de "multiculturalidad", el cual puede ser malentendido o bien por significar una situación particular, cuando en realidad todas las culturas han existido multiculturalmente, o bien porque tal designación cuantitativa puede encubrir su fundamento, sentido o supuestos cualitativos: la interculturalidad.

Si hipotéticamente, una cultura llegara a sustraerse o quedara excluida por completo de toda relación intercultural, de todo intercambio con otras culturas, en un corto, mediano o largo plazo desaparecería como cultura.

Ahora bien, la interculturalidad supone las diferencias culturales; es decir, supone un "otro" cultural en cuyo reconocimiento toda cultura se reconoce simultáneamente a sí misma, y la negación o destrucción - real o simbólica- de ese "otro" cultural comportaría la propia negación y destrucción.

Tanto la interculturalidad como el reconocimiento de las otras culturas convergen en el fenómeno y la idea del **mestizaje cultural**. Una cultura no es "híbrida" (según Canclini) o "mestiza" por una suerte de casualidad o accidente, ya que no hay cultura en la historia de las sociedades humanas, que no sea el producto de muy arraigados y más o menos numerosos, densos y compactos mestizajes culturales.

Más aún, la historia demuestra que las más fecundas civilizaciones han sido el precipitado de numerosas acumulaciones y condensaciones culturales, y que cuanto más diferentes eran las mezclas entre culturas, más ricos eran los productos culturales resultantes de ellas. El caso de Mesopotamia durante el segundo y tercer milenio antes de Cristo, o el de la cuenca del Mediterráneo durante el milenio anterior a la era cristiana son buena prueba de ello.

Ni la idea de "mestizaje" ni la imagen de "hibridación" (de Canclini) dan cuenta de la verdadera naturaleza de la cultura ni tampoco de los reales fenómenos culturales de la globalización. Y esto por dos razones principales.

En primer lugar, lo que se pretende significar por "hibridación" y mestizajes culturales no define ningún fenómeno casual o extraordinario, ni tampoco propio de la "modernidad" de las actuales sociedades. Ya que todas las culturas a lo largo de la historia y a lo ancho de las más diversas sociedades (por muy "frías" que fueran estas en sus orígenes primitivos), todas ellas han sido el resultado de mestizajes e hibridaciones, y en definitiva de relaciones interculturales.

A lo más que puede hacer referencia una cultura mestiza es a la identificación de dos o más corrientes culturales, que se han fundido en una nueva formación cultural. El mestizaje supone el **reconocimiento** de esta doble identificación y de la participación en una doble (triple o múltiple ?) identidad cultural.

En este preciso sentido el mestizaje cultural sí comporta una situación extraordinaria, en la medida que una cultura e identidad culturales se constituyen y afirman en un **explícito reconocimiento** de la dualidad (o pluralidad) cultural, lo que en otras culturas puede no ser más que un supuesto y reconocimiento implícito.

Ahora bien, en segundo lugar, y aun a pesar de dicho explícito reconocimiento e identificación con otros referentes culturales, la conceptualización de híbridas o mestizas nunca define una cultura, ya que esta es siempre mucho más que una mezcla o composición de otras culturas. Por muy híbrida y mestiza que sea una formación cultural, tal cultura constituye un fenómeno único, original e irrepetible, y en consecuencia diferente de las culturas que intervinieron en su formación.

Pero si una **identidad cultural** cualquiera, y de manera particular una identidad cultural mestiza, no excluye la **identificación** con otras culturas que participaron en su formación, esta distinción entre identidad cultural e identificaciones culturales tiene dos efectos opues-

tos: o bien una identidad cultural puede identificarse con otras culturas, reforzándose sin detrimento de su originalidad, o bien puede vivir dicha identidad desidentificándose con las culturas que contribuyeron a fraguar tal identidad. Esta última sería la situación traumática de culturas, sobre todo mestizas que se afirman sobre una doble desidentificación; ya que una identidad cultural no puede fundarse sobre desidentificaciones. Uno no es mestizo porque no es ni una cultura ni otra, sino porque participa tanto de la una como de la otra, que se constituye y se vive como una nueva y diferente identidad cultural.

Que la identidad cultural se diferencie de las identificaciones con otras culturas, aun cuando estas sean parte de aquella, es lo que constituye el fundamento de la interculturalidad.

La interculturalidad, tal y como ha sido analizada, representa el programa más original, de más amplios y decisivos alcances de todas las culturas en los futuros escenarios y procesos de la globalización.

La globalización en todas sus dimensiones y ámbitos, desde los económicos y políticos, pasando sobre todo por los de las comunicaciones, comportan ya y comportarán cada vez más, un colosal laboratorio de relaciones interculturales, en el que todas las culturas se encontrarán sujetas tanto a dinámicas de globalización, a convertirse en referentes de reconocimiento e identificación de todas las otras culturas, como a dinámicas de una creciente diferenciación y diversificación.

En el campo de tensiones configurado por esta doble dinámica cultural de la globalización, dos son los grandes riesgos. El primero, el de las obsesiones identitarias de determinadas culturas, que por una suerte de narcisismo, etnocentrismo o fundamentalismo se sustraen a las múltiples posibilidades de interculturalidad, o practican selectivas relaciones interculturales; tales apartheids culturales, además de empobrecedores, pueden conducir a una asfixia y hasta fosilización de las identidades culturales.

El otro riesgo es el de la fascinación fetichista por las identificaciones con otras culturas, que conduciría a una suerte de vértigo tan

globalizador como alienante en detrimento de la propia identidad cultural, y a una sustitución de las tradiciones y acumulaciones de la propia cultura por un cúmulo de adopciones y artefactos culturales.

Estas dos tendencias culturales extremas pueden darse de manera intermitente y combinada, pueden operar coyunturalmente o temporalmente, y pueden también tener un carácter regresivo o restabilizador de los equilibrios y de las formas regulares de la interculturalidad.

III. CULTURA E IDENTIDAD NACIONALES EN LA GLOBALIZACION

1. La cultura en las formaciones nacionales

Aunque la formación de una cultura e identidad nacionales ha sido un proceso concomitante a la misma formación de los Estados-nación, que en Europa se inicia con la Edad Moderna, a partir del siglo XVI, y en los países latinoamericanos comienza así mismo desde la conformación de los Estados nacionales, dicho proceso cultural ha tenido modalidades muy parecidas en otras situaciones históricas precedentes.

Tal fue el caso, por ejemplo, de la latinización bajo el imperio romano, cuya expansión política sobre toda la Europa centro-meridional (desde el siglo II a. C.) comportó una homogeneización cultural o "romanización" de los diferentes pueblos y grupos, desde los eslavos del oriente europeo hasta celtas en el occidente. Sin embargo, en el transcurso de los diez siglos siguientes (del V al XVI) tras la caída de Roma, los pueblos latino-romanizados tuvieron un desarrollo cultural muy diverso entre todos ellos, en razón en parte de los substratos culturales que ya los diferenciaban previamente a la dominación romana, y en parte también debido a las diferencias culturales de los pueblos que los invadieron tras la caída del imperio romano. Esto hizo, por ejemplo, que el latín diera lugar a lenguas romanas tan diferentes como el italiano, francés, español, portugués y rumano.

La constitución de los Estados nacionales tuvo una forma económico-política y cultural tan similares como correspondientes. En térmi-

nos políticos los Estados nacionales fueron el resultado de un doble proceso bélico: de demarcación de las fronteras con los otros países y Estados nacionales, y el de la dominación o sometimiento de todos los poderes y espacios políticos internos, su homogeneización y unificación territorial.

También en los mismos términos y con idéntica dinámica se entiende el correspondiente proceso de constitución de una economía nacional que supuso: a) la creación de una "economía territorial" con la consiguiente supresión de las "economías urbanas" (según la diferencial conceptualización de F. Braudel); b) la demarcación de un mercado interno respecto del mercado exterior, regulado éste por medidas aduaneras y proteccionistas.

El proceso de formación de una cultura nacional respondió a las mismas coordenadas político-económicas: a la vez que, por un lado, se tendía al sometimiento de todas las diferencias culturales pre-existentes a su unificación, por otro lado se marcaban los perímetros de una diferencia cultural respecto de las otras vecinas culturas nacionales.

Poco importó que tales fronteras culturales fueran mucho más difíciles de definir y establecer que las políticas y económicas. Tras cinco siglos de consolidación de Estados nacionales muchas culturas regionales fronterizas de un país siguen pareciéndose más a la cultura regional del país vecino que a las otras culturales nacionales.

Expresión muy ilustrativa y significativa de este fenómeno ha sido, por ejemplo, la lengua. El gallego y su cultura se parecen mucho más al portugués que al español; algo similar ocurre con el catalán y su cercanía al francés meridional, y con los flamencos belgas, más próximos a los holandeses tanto por lengua como por cultura.

Pero esto no significa, sin embargo, que los Estados nacionales y su formación político-económica hayan comportado una artificial formación cultural por el hecho de no haber logrado una plena homogeneización y unificación de todas las diferentes culturas intranacionales. Ya que la permanencia y desarrollo de las diferentes culturas regionales y locales no excluyó su "nacionalización".

En tal sentido, culturas como la gallega es una cultura española y no portuguesa, puesto que ha compartido durante siglos la historia cultural de una nación y no de la otra. Y aunque solo por dos siglos también los flamencos son una cultura belga y no holandesa.

En ambos casos el perímetro de relaciones interculturales se operó al interior de una cultura nacional. En otras palabras, la cultura nacional, sin eliminar las diferencias culturales al interior del país, se formó como un espacio privilegiado y más o menos intenso de relaciones interculturales, que confirió a todas las diferencias y diversidades internas ciertos perfiles comunes y compartidos. Esto es lo que ha dado lugar a una cultura e identidades nacionales, que como toda cultura a sido siempre plural, y que no supuso la abolición de las culturas e identidades regionales y locales.

Según esto, la identidad nacional no es solo ni tanto la sumatoria de todas las culturas e identidades regionales y locales, sino más bien y sobre todo, el tejido de las relaciones interculturales y de las recíprocas identificaciones entre ellas. Por ejemplo, un gallego por su lengua y sus costumbres puede ser más semejante a la cultura de las vecinas regiones portuguesas, pero se encuentra más cercano y más identificado con las culturas de las otras regiones españolas (vasca, catalana, andaluza...) mucho más diferentes a la suya, pero con quienes ha compartido una larga historia de más intensas relaciones interculturales.

En conclusión, es más realista y culturalmente más valioso sostener que la cultura nacional ha sido más que nada un espacio-tiempo de intensa interculturalidad, y que la misma identidad nacional, de manera análoga, ha sido también el mismo espacio-tiempo de identificaciones y mutuos reconocimientos entre todas las identidades intranacionales.

* * *

A título de corolario, y en el marco de los análisis precedentes, valga una alusión a la idea de "plurinacionalidad" de etnias y culturas. La **plurinacionalidad** puede ser entendida en el sentido de que todas las diferentes culturas e identidades étnicas poseen y gozan de un reco-

nacimiento nacional, y que todas ellas en sus relaciones y mutuos reconocimientos configuran pluralmente la cultura e identidad nacionales. Otra cosa es que los diferentes grupos étnicos sean considerados y reconocidos como "naciones", lo que no supone ni significa más que una particular acepción del concepto de "etnia", el cual, sin embargo es diferente al concepto de lo nacional propio del Estado-nación.

2. Culturas nacionales en la globalización

Que sea un hecho histórico y por consiguiente sujeto a las transformaciones de la historia, nada justifica que el ciclo del Estado-nación llegue a su fin con el proceso y los fenómenos de globalización, aun cuando estos han contribuido a tales cambios en la economía y política nacionales, que no dejarán de modificar también la misma idea de una cultura e identidad nacionales.

Que los Estados-nación hayan perdido autonomía económica en el contexto de la globalización de la economía, y que incluso a menor escala también hayan delegado márgenes más o menos amplios de su soberanía en los nuevos marcos geopolíticos mundiales y regionales, todo ello ha comportado una pérdida del protagonismo del Estado-nación en esta última década de fin de siglo.

Pero al mismo tiempo que los Estados-nación se abrían cada vez más a los nuevos escenarios y relaciones internacionales, simultáneamente las sociedades nacionales se volvían mucho más complejas tanto en términos socio-económicos como políticos; esto último debido sobre todo a los efectos de las consolidaciones democráticas, a los imperativos de descentralización del Estado y a las dinámicas de una creciente autonomía de sociedades y gobiernos regionales y locales.

Todos estos fenómenos de orden socio-económico y político han ido acompañados por una emergencia y reafirmación de las diferencias y diversidades culturales, que el Estado-nación nunca llegó a homogeneizar y unificar.

Tal revitalización de las diferentes y particulares culturas e identidades nacionales ha respondido a una dinámica que tiende en parte a contrarrestar los efectos culturales de la globalización, al mismo tiempo que, por otra parte, los complementa, buscándose o lográndose así un equilibrio entre las influencias de la globalización cultural y el reforzamiento de las culturas regionales y de los referentes de identificación más particulares, regionales y locales.

En este nuevo escenario de actuaciones de las diferencias y diversidades culturales, la cultura nacional se enriquece en la medida que nacionaliza no solo tales diferencias y diversidades sino sobre todo sus inter-relaciones. Lo nacional-cultural se entiende y se vive entonces no tanto como una sustancia, una hipóstasis o entelequia, sino como la intensidad de dichas interrelaciones. Así mismo, la identidad adquiere un nuevo carácter y cohesión, en la medida que se constituye, define y vive como un campo de interacciones, de reconocimientos e identificaciones de las identidades culturales que integran la nación.

Sería un gran equívoco y malentendido asimilar las diferentes culturas intranacionales, que precedieron la formación de una cultura nacional y que hoy se revigorizan por efecto de la globalización de la cultura, con **subculturas** como si no fueran más que variaciones de una supuesta **cultura básica**, es decir la nacional.

Mientras que las subculturas han sido siempre conceptualizadas en términos sociológicos, y en tal sentido se ha hablado de "subculturas profesionales", "subculturas adolescentes", "subculturas deportivas", etc., las culturas que integran una nacionalidad cultural han respondido a una formación histórica, son el resultado de una tradición y el producto de una larga interculturalidad.

Por consiguiente, si la misma cultura solo puede ser pensada "en plural", la cultura nacional siempre ha sido una pluriculturalidad, tanto en su fase formativa como en sus actuales transformaciones. Lo que ha cambiado son las formas de conjugar el plural cultural y el papel del Estado-nación en dichas formas de conjugación, que son también for-

mas de administración de la pluralidad cultural, y políticas culturales diferentes y que varían con la historia.

Esto hace que hoy las políticas culturales obedezcan a otros principios y criterios, respondan a otras estrategias y modalidades de planificación y de gestión, y comprometan otros organismos públicos y privados.

De hecho asistimos hoy a una profunda mutación en las concepciones de **política cultural**, bajo la presión conjugada de la mundialización de los intercambios mercantiles, del auge de nuevas ideologías religiosas o nacionalistas y de una idea elitista del arte, que corre el riesgo de instrumentalizar la cultura al servicio de funciones económicas y sociales. Las políticas culturales del Estado-mecenas son inviables hoy, si se prescinde de los nuevos protagonismos de los poderes locales, de los roles y funciones frente a los nuevos socios industriales, los mass-media, las redes institucionales, las fundaciones, los modernos auspicios o "sponsors" y en definitiva la sociedad civil.

* * *

Habitar los nuevos espacios, mapas y geografías culturales de la globalización se ha vuelto una aventura tan arriesgada como apasionante, y sujeta a las más diversas estrategias culturales; pero no menos inédito como azaroso y también apasionante es hoy **habitar los tiempos** de la globalización en las sociedades modernas, donde los pasados y futuros se han ensanchado ilimitadamente y así mismo multiplicado.

Habitar y reconquistar tiempos plurales, vivir duraciones diferentes, conjugar nuevas memorias (incluso tan artificiales como la del computador) es un nuevo fenómeno cultural todavía no suficientemente reflexionado, y que tendría que ser objeto de otros estudios.

Conclusiones: desglobalizar y reinternacionalizar

Aunque las siguientes consideraciones finales adoptarán un nivel general analítico y propositivo, sus referencias culturales son obvias en cuanto prolongación de los precedentes desarrollos.

El concepto de "globalización" tiene el mérito de no incluir referencia alguna a la nación. Tal es la especificidad también de la "mundialización", en la medida que niega y contornea la idea de nación, en cuanto único espacio concreto de ejercicio de la democracia, y que, en lugar de englobarla como hace el concepto de internacionalización, la evita y sortea.

Cualquiera que sea el ángulo desde el cual se la aborde (económico, financiero, comercial, político y cultural), la globalización se traduce en efecto por una distancia creciente, por un abismo, entre el marco en el que los ciudadanos pueden expresarse, votar, exigir rendición de cuentas, y el de una extraterritorialidad en el que se toman las decisiones más importantes.

La aparición de los "mercados" como protagonistas de la política interior de los Estados constituye el síntoma más espectacular. Ya nadie se extraña y menos se indigna que tanto los medios de comunicación como los gobiernos hayan interiorizado esta situación, donde en los títulos, artículos y declaraciones los "mercados" se benefician de una deferencia a la que ningún elegido, ni siquiera el presidente de la república, lograría acceder. Así se oye decir que los "mercados" envían "señales", reaccionan mal ante tales medidas gubernamentales o se muestran propicios a tales otras medidas de tal otro gobierno. Los "mercados", estas potencias tutelares anónimas, no localizables y todopoderosas, son tratados como los accionistas mayoritarios de la sociedad mundial.

Los imperativos ciudadanos más urgentes consistirían en salvar lo que subsiste de espacios aun no investidos por la lógica de la globalización y del capital. Pero ya no bastará reforzar las posiciones defensivas: será necesario intentar reconquistar una parte de los ámbitos y esferas ya globalizados para iniciar su desglobalización. Los objetivos son fáciles de formular, pero difíciles de conseguir: tender a que el perímetro de la toma de decisiones político-democráticas coincida lo más posible con la capacidad de regulación de los flujos económicos y financieros.

En teoría, dos soluciones extremas serían posibles: o bien "renacionalizar" estos flujos, a fin de que respondan a una voluntad política nacional expresada por el sufragio universal -cuando existe- o bien ampliar a la totalidad del planeta el espacio público democrático, a fin de ejercer un control efectivo sobre todos los ámbitos y esferas globalizados.

Ninguna de estas posiciones es viable, al menos en su integralidad y ni siquiera a mediano plazo. De un lado, hay dominios y esferas, como el del medio ambiente o la ecología -que se sustraen por su misma naturaleza a las delimitaciones de las fronteras-; y de otro lado, un gobierno mundial, dotado de todas las competencias de un actual ejecutivo nacional no es tampoco imaginable en un plazo previsible. Sería, por consiguiente, combinando un conjunto de soluciones extremas e intermedias, de corto, mediano y largo plazo, que podrían diseñarse las estrategias futuras.

Las soluciones intermedias podrían a su vez adoptar dos formas. Reconstruir lo internacional a partir de los Estados nacionales ya constituidos, compartiendo fragmentos de soberanías nacionales sobre asuntos y problemas que podrían ser objeto de una delegación libremente decidida, limitada, controlada y revocable en condiciones previamente fijadas. Y tanto mejor si esta "reinternacionalización" puede algún día llegar a mundializarse, adoptando una modalidad menos impotente y más democrática que la actual ONU.

El otro término de la alternativa consiste en hacer evolucionar los marcos estatales hacia conjuntos de soberanía más amplios. Excluyendo de confundir esta idea con la de reagrupaciones regionales, fundadas sobre el libre mercado tal como la asociación EEU/México/Canadá. La diferencia radicará en la existencia o no de mecanismos de regulación política, democráticamente fundados y susceptibles de contrarrestar el peso y los efectos del mercado.

En esta línea se sitúa la Comunidad Europea, aunque en lugar de explotar sus potencialidades para afirmar un modelo económico basado sobre un proyecto de civilización particular, se ha deslizado progresi-

vamente hacia una Comunidad Económica más que política, donde lo económico rige y regula lo político.

De hecho en Europa, desde el tratado de Roma, las políticas desarrolladas han respondido a dos lógicas contradictorias. De un lado, una lógica de "desconstrucción", de desestructuración de las regulaciones que mantenían en la mayor parte de los Estados un cierto equilibrio entre lo político y lo económico. Pero tal laminaje no se ha efectuado en beneficio de una regulación democrática, sino que más bien se ha completado en detrimento de los ciudadanos y en aras del mercado. De otro lado, hay que reconocer la implementación, en menor escala, de un conjunto de políticas, que corresponden a lógicas estructurantes, voluntaristas y dirigistas, que se esfuerzan por crear más amplios y estrechos vínculos sociales al nivel local, nacional y comunitario.

En cualquier caso, es un grupo regional suficientemente poderoso como la Comunidad Europea el que podría constituirse en un eficaz factor y actor de "desglobalización", haciendo sentir todo su peso en los ámbitos y redes internacionales para frenar, ya sea con tasas o mediante prohibiciones de paraísos fiscales, la errática y desestabilizadora circulación de los capitales mundiales; para subordinar los intercambios comerciales al respeto de cláusulas ecológicas, sociales y culturales, rehusando culpabilizarse por las acusaciones de "proteccionismo"; para favorecer la búsqueda de la seguridad alimentaria de los Estados o conjuntos regionales, en lugar de apuntar sobre el mercado o sobre las exportaciones subvencionadas.

Pero cualquier intento de "desglobalización" o "desmundialización" tendrá que iniciarse en primer lugar mentalmente y, en segundo lugar desde, el interior, dejando de confiar a un banco central no responsable ante los ciudadanos la gestión de la política monetaria e incluso la tutela política presupuestaria de un país.

NADA SE CREA NADA SE DESTRUYE, TODO SE TRANSFORMA

Gustavo Vega-Delgado*

Perú se acaba de separar del Pacto Andino, pues Chile mucho tiempo atrás hizo lo propio, mientras México desde hace mucho, tiene serios problemas en mantenerse en el mercado norteamericano. Si bien estas situaciones son diversas y obedecen a causas y motivaciones diferentes, el efecto es el mismo: hay profundas resistencias y obstáculos a integrarse, en este caso al menos, en materia económica.

Bien podría decirse que, mientras el cuadro de ruptura es regional o inclusive continental, la tendencia globalizante se la podría medir si se observara el comportamiento planetario. Y, es cierto, en alguna medida. Japón, uno de los países con más profunda y arcaica identidad y raíces en su mundo oriental, en buena parte ha sucumbido ante las mores, cánones y patrones del "estilo de vida norteamericano". Blue jeans, música rock, pelo largo u otros rasgos, parecen inundar la habitual parsimonia algo mística y contemplativa del Japón, sobre todo entre los jóvenes.

Yo no quisiera, sin embargo, ser tan tajante, pues en verdad, ciertas aculturaciones o transculturaciones -habrá que diferenciar en cada caso- se pintaría más bien como una característica compatible con algunos estratos de Tokio y su calle Ginza, la del glamur, porque si se toma

* Doctor en Medicina. Master en Psiquiatría, Psicología, Antropología. Licenciado en Pedagogía. Rector de la Universidad de Cuenca, Favor completar la ficha biográfica.

el Tren Bala, a solo un par de horas desde Tokio, Kioto, la antigua capital del Japón imperial, está envuelta entre templos budistas o sintoístas y los transeúntes visten clásicamente con kimonos, mientras sus baños y servicios higiénicos no son precisamente de corte occidental, pues las compañías de turismo se esfuerzan en alertar a los visitantes que "cuidado se les caiga la billetera en el hoyo excavado en el suelo, pues la taza del inodoro es solo invento de Europa".

China Popular, dada la baqueta de Deng -recién muerto- que limpió y rasqueteó las obsolescencias de viejo cuño de la China milenaria y neocomunista, pareció estar "mejor preparada" para la globalización y el mercado internacional, pues hoy la China de Mao está ya en mucho en el museo. Rusia tardó más y los cambios fueron más cruentos en este "aggiornamiento" y modernización, pues las esteparias figuras de la tradición soviética impidieron los perfumes, las discotecas, inclusive la libre expresión de la sexualidad, tildándolos como signos de la decadencia capitalista. Las hamburguesas McDonald están ya en los paladares voraces y carnívoros de asiáticos y rusos.

Es apasionante siempre leerle a José Sánchez-Parga; confieso que uno de sus embrujos es su estupendo manejo del idioma castellano -a pesar de ser gallego como lo sabemos-. (El lo ha dicho en su ponencia: a pesar de que Galicia recibió más la influencia lingüística del portugués, su cultura ha crecido más próxima a la española). Por ejemplo, el doctor Sánchez-Parga hipnotiza al lector cuando importa términos y epítetos de las otras ciencias que fecundan bien, a la hora de traducirlas a las ciencias sociales. Aquello de "variables geométricas de la globalización", "archipiélagos económicos y culturales" o la trama "tisular" de la sociedad, etc, son categorías -en la semántica como en la semiótica- que pertenecen a las ciencias fácticas o las médicas que encajan bien y se aclimatan en el conjunto epistemológico de su discurso.

Y a propósito de lingüística precisamente, diré algo en relación a la globalización. El "Esperanto" fue una larga quimera para la humanidad. Dudo mucho que el inglés lo sea hoy, menos aún en el Africa, el Asia e incluso en Latinoamérica. Mientras más se habla de globalización,

las lenguas se vuelven más y más diversas, tanto que por ejemplo, las incorporaciones de los términos americanos al diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, crecen en fecundidad -a pesar del arcaísmo de incorporar tan tardíamente estos aportes dada la propia mentalidad de los académicos- términos que han enriquecido extraordinariamente la lengua materna. Gabriel García Márquez en su polémico reciente discurso pronunciado en Zacatecas, sobre la Humanización de la Ortografía, cita que el verbo "pasar" por ejemplo, tiene 54 diversas acepciones en las distintas partes de Hispanoamérica. ("Botella al mar para el dios de las palabras". Publicado en **Diario Hoy**, Quito, 12 de Abril, 1997.)

Habrà que preguntarse además si la descentralización, la descentración y la desconcentración, asuntos tan en la coyuntura hoy -dada la propuesta de ley por incrementar los recursos de los gobiernos seccionales- son un epifenómeno de las identidades regionales, geográficas e inclusive culturales. O por el contrario, habrá que estudiar si son una respuesta en báscula o en péndulo a las actitudes globalizantes. Yo diría, a manera de opinión, no de aserto, peor de hipótesis, que la globalización y las identidades regionales son expresiones dialécticas, las que juegan distinto rol en un mar de polaridades, procurando jalonar el jebe de un lado u otro en cada espacio territorial, pues los acentos y las tildes son diversos en cada parte del planeta: por ejemplo, las etnias y pueblos indios ecuatorianos, luchan hoy por obtener de la Constitución un estado plurinacional, frente al globalizador sentido del estado único homogenizante. A pesar de las posiciones duras y difíciles de las nacionalidades gallega, catalana, vasca y andaluza, España se empeña en reforzar el espíritu español, la nacionalidad total frente al mundo, la que inclusive más allá, anhela de la Unión Europea, en diluirse en la totalidad del mercado europeo. El intento por unir todas las piezas del rompecabezas en Alemania, a pesar del genio unificador de Bismarck, y lo propio en las distintas regiones y ciudades de Italia, a pesar de Garibaldi y de José Emmanuel Segundo, son una difícil tarea cotidiana, pues el norte versus el sur implica no solo una distinta identidad, sino inclusive un territorio propicio para el viejo racismo.

Al hablar de globalización e identidades, la vieja obra de José Enrique Rodó, renace y se actualiza. La lucha entre Ariel y su visión latinoamericanista, frente a la de Calibán, que hala para la aclimatación hacia el esquema norteamericano y la de Próspero, que hala hacia la descastación de su cultura, pues es quien aspira al progreso -sin beneficio de inventario de lo que hoy llamaríamos desarrollo sustentable- se ponen de nuevo en los escenarios como palpitanes y actuales.

Tiene sobrada razón Sánchez-Parga cuando apunta un vórtice crucial, al señalar que la urbanización creciente es una tónica contemporánea. En efecto, mientras en 1975, solamente la tercera parte de la población mundial vivía en pueblos y ciudades, para el 2025, las dos terceras partes lo harán en esos lugares. (En: **Noticias sobre Población**. Fondo de Población de las Naciones Unidas. Santiago de Chile, 1996). En América Latina solamente para el año dos mil, 40 ciudades tendrán más de un millón de habitantes. (En: BID. **Boletín**, Mayo, 1997) Todo esto deriva en pensar que avanzamos hacia la homogenización mundial de una cultura urbana.

Claro que cabe aquí *desfacer* dos confusiones por no decir entuertos en el lenguaje cervantino: primero, no existe "una sola" cultura urbana, a pesar de que puedan haber características parecidas e inclusive idénticas entre varias de ellas y segundo, que las continuidades del campo a la ciudad, dados los intensos fenómenos migratorios, se mantienen en varias generaciones entre los migrantes urbanos, a pesar de los intentos de masificación citadina. Oscar Lewis ha demostrado en **Ciudad México** las interesantes redes de solidaridad y reciprocidad que se dan a pesar de la homogenización. El concepto de "citadino" debe siempre ser distinguido del de "ciudadano".

Marcelo Naranjo en Quito (Léase: Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología. Tema: Antropología Urbana. Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1996) por su parte ha reparado en el curioso sistema de distribución y ocupación simbólica del espacio, que los habitantes del sur de la capital -asiento tradicional de los sectores pobres- tienen con relación a su recreación los fines de semana en el Parque La Carolina ubicado en el norte -nuevo asiento de las clases medias y altas-.

Es interesante reparar en algunas antinomias de la globalización. Mientras desde los imperios (y más desde el imperio por antonomasia) la exportación -no sólo de la noción, sino de la práctica cotidiana de vivir aquello de la Aldea Global- se ejerce con rigor, también la resistencia a la homegenización y pasteurización -como si hubiera microbios de la sociedad, se despiertan contrastantes. La persistencia de las neocolonias, (que para el siglo XXI, se asegura, quedarán relegadas al pasado) son una especie de antítesis de una forma de globalización. Guantánamo, las Malvinas, Hong Kong, El Canal de Panamá, Gibraltar, para citar unas pocas, son enclaves o espacios que han servido para perpetrar la dominación continental o planetaria, asegurar la dependencia o la seguridad de un sistema. Tiene sobrada razón Sánchez-Parga en señalar que una de las consecuencias de la globalización es la "entropía de la cultura" (otro de sus términos de grata importación desde la termodinámica, esta vez). Empero, las respuestas enconadas de esta entropía, no estaremos todavía vivos para observarla quizá, pues no sobrevivimos a un sexto velasquismo, como tampoco esperamos sobrevivir a un segundo bucaramato -lo que da igual- para saber si el contraataque de las culturas ante la Aldea Global sea de alguna forma cruento, como lo fueron Eslovenia, Croacia, Montenegro y Serbia con relación a Yugoslavia.

Yo diría que la "cooptación" de varios líderes indígenas por el sistema neoliberal y del estado mestizo y globalizador de la corrupción (porque parece ser que la corrupción es uno de los rasgos perversos de la mundialización) ha tenido en Ecuador ya sus efectos: la venta y el renunciamiento de sus ideologías ancestrales. ¿Desconocimiento de los indios al no saber cómo se manejan las cartas mestizas en el Congreso? ¿Compra de conciencias? ¿Equivocaciones y pactos imperdonables? ¿Ventajas para la lógica de la sobrevivencia india?

Pocos elementos de las culturas dominadas y de los países no alineados -como se diría en lenguaje geopolítico- se ha visto, sin embargo, que se han incorporado al lenguaje globalizador: el tango argentino y Astor Piazzola están no sólo en el Internet sino en los salones y argumentos de películas con ranking mundial. (Recuérdese "Scent of a

Woman", con Al Paccino.) Por lo demás, de lo más que se entera e globalizado mundo respecto de los "banana countries", es sobre la guerrilla o ciertas costumbres que darán buen uso a la hora del ecoturismo

Es valioso el abordaje de esa interesante clasificación entre culturas "frías" -las más duraderas y permanentes- y las "calientes" -las cambiantes- que hace el ponente, siguiendo a Levi-Strauss. Los préstamos culturales, las innovaciones y los cambios culturales, la simbología, en efecto, juegan papeles de ida y vuelta desde una identidad nacional hacia la otra y de estas a lo planetario. Muchos persisten, otros se agostan en las heladas de la homogenización, como por ejemplo, quizás se congeló en la puna, la forma tan particular de besar que tenían los andinos antes de la llegada de los españoles; el suncunacui consistía en rozar con delicadeza el mentón masculino con la frente femenina y esperar el acuso recibo de un discreto "ay" desde el profundo estro correspondido de la fémina. Hoy creo que los indígenas besan mejor y más versatilmente a la francesa, que conforme a las mores de la añeja tradición. (Léase la obra "Eros Andino", Ed. Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, Perú.)

Cierto que la posición del ponente toma partido en demostrar que todas las culturas a la larga son mestizas y que las puras no existen. Quizás ello es más significativo cuando hablamos de razas. Ofrecer resistencias a la globalización total ayudará obviamente para la identidad nacional y para las culturas (en plural) del Ecuador. La identidad se fundamenta en la noción de la "alteridad", tanto que el "empoderamiento" (empowerment) de una cultura radica en la contrastación con "lo otro", pues de lo contrario, la ambigüedad hará que el soluto se diluya totalmente en el solvente. Muy pocos grupos humanos hoy en el día están ofreciendo una separación consciente y radical de la globalización. (Por ejemplo, los Menonitas de Winnipeg en el Canadá, son un curioso grupo endogámico que muy poco se ha globalizado) La pregunta es ¿hasta cuándo podrán resistir? Quizás por ello los araucanos, intolerantes, rebeldes a la aculturación europea masiva, terminaron en el exterminio de su raza y cultura. Tal vez lo más sensato es globalizarse selectivamente, o puesto desde la otra orilla, acrecentar la identidad nacional o local sin

desconocer el papel de la Aldea Global, pues a manera de filtro o cedazo, quizás ello contribuya a decantar mejor el agua en la que hemos de abreviar nuestra sed para el futuro. Estamos, sin embargo, rozando ya el mundo de la ética, del deber ser y de la utopía real que quisiéramos, estamos aquí tocando más el mundo de la esperanza que el de los hechos.

Quizás en las sociedades "frías", una suerte de reumatismo de la cultura impida el acceso a los cambios o por lo menos los dilate lo suficiente. A pesar de antiguas migraciones, los lojanos en Quito, por ejemplo siguen riendo con otro acento y otra lógica que la que desata la salsa quiteña de tan encomiástica exportación. No hay bromas globalizadas, ni siquiera en el propio Ecuador. El chiste sureño tiene otros aderezos que la sal capitalina, así como Carlos Joaquín Córdova Malo demuestra las distintas formas de hablar del Ecuador ("El habla del Ecuador". Ed. Universidad del Azuay, 1995) y tiempo atrás, Honorato Vázquez ("Reparos sobre nuestro lenguaje usual". Ed. Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, Cuenca, 1992) y Alfonso Cordero Palacios ("Léxico de vulgarismos azuayos". Ed. Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay, Cuenca, 1985) trabajaron para intentar demostrar el por qué de las diferencias ecuatorianas y en el último caso, por qué el morlaco canta como el catamarqueño o el de Tucumán. Los acentos y las hablas no son globalizables, a pesar de la urbanización. En China, 54 diferentes dialectos hacen que oralmente no puedan entenderse entre sí, aunque sí por escrito.

El acento sureño de Estados Unidos o el acento montaráz de Kentucky o el sofisticado de los "bostonians" o aquel de New York, en donde la letra "a" sueña solo allí como "ae", y por fin el habla y la música "TexMex" de los hispanos en Norteamérica, ¿será, uno y otros rasgos, un antídoto y protección ante la globalización inexorable, o más bien representarán un intento inicial de caminar hacia ella?

Los flamencos con cierta sorna suelen decir que el único belga es el Rey de Bélgica y por su parte, los "paisas" de Medellín y Antioquía suelen decir con fina ironía que son una fina mezcla exponencial de varias nacionalidades españolas juntas: dicen de sí mismos que "son

más religiosos que los burgaleses, más laboriosos que los catalanes, más rebeldes que los vascos y ..., más simpáticos que los andaluces".

Ante este arco iris de formas de ser y sentir, ¿podrá el mercado borrar las diferencias o a lo mejor el mercado acabará siendo también distinto para cada identidad cultural? ¿Las tórtolas contra las escope-tas? Es algo así como sentencia la leyenda manabita: el manaba clásico acaba haciéndole tonto al mismo diablo.

¡Voy a terminar ya!, porque siento que estoy empezando sin sentirlo, a presentar otra ponencia y, eso con seguridad, no estaba en las reglas de juego del Instituto de Altos Estudios Nacionales; sólo debo comentar una ponencia. Finalizo felicitando a José Sánchez-Parga por su trabajo, del que hemos aprendido mucho, aunque confieso no haberme globalizado totalmente de él. Pepe es un español que se ha nutrido profundamente de las identidades culturales andinas, particularmente de la boliviana y la ecuatoriana y, su enraizado ego gallego, a pesar de todo, se resiste a pluriglobalizarse, aunque es feroz -como él solo- en su vitróleo para los que hacen un ditirambo a lo Rambo, de la globalización total o de las identidades chauvinistas a rabiar. Ambas son ingenuidades.

IDENTIDAD NACIONAL, CULTURA Y GLOBALIZACION

Luciano Martínez V.*

El concepto de globalización, actualmente muy de moda, es al mismo tiempo muy frágil y esconde muchos planteamientos ideológicos. Así por ejemplo, impide, como bien lo señala Schuldt, comprender aspectos esenciales de la «nueva división internacional del trabajo» y obstaculiza el diseño de políticas y propuestas que enfrenten el reto de nuestra inserción o desacoplamiento en la economía mundial¹.

La globalización es viabilizada a través de la acción de las empresas multinacionales (en la esfera de la producción, finanzas, servicios, comunicación, etc.) y su búsqueda por ampliar los mercados de consumo a nivel mundial. La relación empresas multinacionales y mercados es un importante eje de análisis a tomarse en cuenta en el caso de países pequeños como el Ecuador. Así por ejemplo, ¿por qué no vienen las empresas multinacionales en la cantidad que esperamos? Este proceso ¿es positivo o negativo desde el punto de vista de la cultura e identidad nacional?

Como efecto de la globalización, la transformación de la cultura en un mercado, es un fenómeno que es aprovechado con ventaja por las multinacionales. El mercado es el mecanismo por el cual podrían «calentarse» (de acuerdo a Levi-Strauss) las culturas más tradicionales,

* Profesor e investigador FLACSO, sede Ecuador.

1 Jürgen Schuldt, «Globalización o nueva división internacional del trabajo», en Ecuador Debate, No. 40, CAAP, abril de 1997.

lamentablemente el poder de «modelación» quedaría en manos de las multinacionales. La pregunta central a plantearse es ¿qué es lo que se globaliza en la cultura? Sánchez Parga dice que son aquellos aspectos que adquieren formas más mercantiles. Otros se resisten por sus particularismos o identificaciones locales. Hasta qué grado entonces «esos residuos culturales» pueden ser un buen punto de partida para armar una identidad cultural?

El planteamiento de la ciudad metrópoli como eje de la globalización, choca contra la crítica ecológica al modelo urbano industrializante-contaminador y las recientes tendencias «utópicas» de vuelta a lo rural o modo de vida rural. ¿En dónde quedan las nuevas relaciones campo-ciudad? Actualmente ya nadie duda que la acumulación de problemas socio-económicos, pobreza, violencia, contaminación, racismo, es el producto de la formación de estas mega-metrópolis. En América Latina, las ciudades caminaron demasiado rápido por el eje globalizador citadino, y las consecuencias están a la vista; ciudades invivibles cada vez más violentas.

No sería mala idea releer el texto tan interesante de Chayanov, sobre «El viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesina», donde ya en los años veinte de este siglo, se plantea la necesidad de la descentralización, de los peligros de las grandes aglomeraciones, la urgencia de recuperar la cultura campesina en un marco de avance tecnológico, de equilibrar las relaciones campo-ciudad.

¿Hasta qué punto el tejido de las relaciones interculturales puede ser roto por la globalización? La tendencia, al menos en los países en vías de desarrollo es hacia la imposición de otro eje, necesariamente foráneo: la lengua y la cultura norteamericanas. Es sintomático, que incluso en el caso de campesinos, muchas veces su reivindicación no pasa necesariamente por su lengua nativa². Indicador de la necesidad

2 Así por ejemplo en comunidades integradas más al mercado, las familias preferirían la enseñanza de un idioma con el cual van a «defenderse» en el mercado de trabajo. En los avatares del trabajo de campo, he encontrado comuneros que no les interesaba aprender mayormente el quichua, sino el inglés, para poder comprender los manuales de operación y reparación de un tractor.

de revisar el concepto tradicional de identidad basado en lo «propio», lo «auténtico», el «culto al pasado»³.

No obstante, frente a la globalización, se encuentran estrategias de resistencia en los sectores más pobres de la sociedad urbana y rural. La reciente revalorización del «Capital social», el proceso de «resocialización» en las comunidades rurales y urbanas, y la denominada «energía cultural» (aprovechamiento de cantos, danza, música, títeres, teatro, etc., para la capacitación, la promoción, de proyectos organizativos y productivos) permiten considerarlos como importantes esfuerzos para impulsar «lo cultural» en un plano que va desde lo estrictamente regional hasta lo nacional. Estos temas si bien tienen una importancia central desde la perspectiva de los sectores populares, si no están acompañados por una redistribución de recursos físicos o de un «stock» de capital (natural y financiero), pueden convertirse en una frustración. Lamentablemente estos temas no han sido todavía estudiados desde el punto de vista de su potencialidad para la construcción de una identidad nacional.

Por ello es urgente la implementación de políticas de Estado» tendientes a una revalorización de la «base intercultural» del espacio-tiempo intranacional. Crear las bases culturales sobre nuevos parámetros ya no tan dependientes de fuera, sino en base a lo que tenemos. En este sentido, es importante el rol del sistema educativo-cultural, para ampliar a todos los sectores de la sociedad las tendencias revalorizadoras de nuestra interculturalidad. Unica manera de lograr una inserción que no signifique la simple absorción y la pérdida a mediano plazo de «nuestra cultura» (o lo que queda de ella).

Termino citando «in extenso» el siguiente párrafo del intelectual checo Vaclav Havel, que resume una acertada crítica a la cultura globalizada:

3 Arenas critica esta visión y aboga por un concepto de identidad basado por lo «que somos ahora». Cf. Nelly Arenas, «Globalización e identidad latinoamericana», en, Nueva Sociedad, No. 147, enero-febrero de 1997.

"Es preciso que el hombre reencuentre en este mundo no sólo un domicilio sino también un lugar propio; que su mundo tenga un orden, una cultura, un estilo. Que en él se respete y cultive con sensibilidad, aunque deba ser en detrimento de la productividad, el perfil del paisaje; que se venera la fantasía misteriosa de la naturaleza, de sus colores, y la multitud de los lazos impenetrables que la hacen homogénea; que las ciudades y las calles tengan su carácter particular, su atmósfera única; que la vida humana no se reduzca a la producción repetitiva de los bienes y su consumo sino que se le abran posibilidades múltiples; que la gente deje de ser un rebaño, una mercancía manipulable y uniformada, consumidora de cultura televisada"⁴.

4 Citado por Jean Claude Gillebaud, *La traición a la Ilustración*, Manantial, Buenos Aires, 1995, p. 98.

IDENTIDAD NACIONAL Y ESTADO NACIONAL

PONENCIA: Dr. Rafael Quintero
COMENTARISTAS: Dr. Fernando Jurado
Mtr. José Almeida

IDENTIDAD Y ESTADO NACIONAL EN EL ECUADOR¹

Rafael Quintero López *

I. LAS IDENTIDADES NACIONALES ANTIGUAS FRENTE AL ESTADO COLONIAL

El politólogo mejicano Arnaldo Córdova consideraba exagerado denominar «Estado» al poder colonial surgido durante los tres siglos de colonización europea en América. En su criterio, se trataría, más vale, de una «extensión del estado» europeo específico, con una «estructura administrativa» efectiva, que pudo incluso haber desarrollado órganos propios de un poder político².

Con esta visión coincidían muchos estudiosos ecuatorianos. Gorki Elizalde Medranda podía afirmar que «durante esos 300 años, las clases sociales que fueron sometidas a la autoridad del *Estado español* pugnan por su liberación»³. El Estado, al cual se le calificaba con frecuencia también de «nacional», habría surgido recién con la Independencia, a

* Doctor en Sociología y Ciencias Políticas. Profesor y Director de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Central del Ecuador.

- 1 La preparación de esta ponencia fue auspiciada por el ILDIS, y la misma fue presentada el 14 de mayo de 1997 en el IAEN.
- 2 Arnaldo Córdova, «Los orígenes del Estado en América Latina», *Cuadernos Políticos*, México, octubre-diciembre, 1977, No 14, pág. 23.
- 3 Gorki Elizalde M., *El Estado en las Nacionalidades aborígenes*, ponencia al tema: La verdad histórica sobre la Formación del Estado ecuatoriano, presentada en el III Congreso de Historia y Geografía, organizado por la Sección de Historia de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y el Núcleo de Esmeraldas, 25-28 de septiembre, 1981. Guayaquil, Imprenta de la Universidad de Guayaquil, 1981, pág. 6. Carlos Marchán Romero en «Modelos y Corrientes para el Estudio de la Hacienda Latinoamericana», Revista *Cultura*, Quito, Vol. 4, No. 11, 1981, se adscribe también a esta visión.

comienzos del siglo XIX, si bien, es cierto que se afirmaba la existencia «de un Estado de facto» en los pueblos originarios, «como una manifestación clasista anterior a la impuesta por los Estado inca y español»⁴.

Pero, esa especie de *Estado primario* clasista, como lo denominaba Víctor A. González⁵, habría visto interrumpido su desarrollo y, en la época colonial, se habría implantado una estructura de autoridad y de poder como mera extensión del Estado «metropolitano» o «español» asentado en la península ibérica⁶.

Desde la publicación de nuestro estudio sobre el **Estado Colonial**, realizado en colaboración con Andrés Guerrero en 1975, ha ido paulatinamente ganando terreno una tesis distinta, entonces planteada⁷. Así, Manuel Miño en La Economía Colonial puede afirmar, en

4 Elizalde, op. cit. 4.

5 Víctor A. González, Las Tierras Comunales en el Ecuador (Guayaquil: Editorial Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, 1982) pág. 15.

6 Bajo esa concepción se escribía, hasta hace pocos años, toda la historia del país, por lo que resulta explicable la difusión y aceptación de estas tesis en amplios medios intelectuales y ciudadanos. Véase Alfredo Pareja D., Ecuador: de la prehistoria a la conquista (Quito: Editorial Universitaria, 1979); y, Las Instituciones y la Administración de la real Audiencia de Quito (Quito: Ed. Universitaria, 1975); César Jaramillo Pérez, Historia del Ecuador (Quito: Editorial Universitaria, 1965); Oscar Efrén Reyes, Breve Historia del Ecuador (Quito: varias ediciones); Gabriel Cevallos García, Historia del Ecuador (Cuenca: Ed. Don Bosco, 1977).

7 Véase Rafael Quintero, «El Estado Colonial», en Enrique Ayala Mora, (Editor) Nueva Historia del Ecuador, Volumen 5, Quito, CEN-Grijalbo, págs. 9-56. Las proposiciones teóricas que avanzamos en ese trabajo sobre el Estado Colonial, surgido en una sociedad no capitalista supone su desarrollo a la luz de un conocimiento comparativo de la vida asociada en otras sociedades coloniales: del mundo andino, centroamericano, africano, y asiático. En verdad, no existe un modelo racional analítico de los Estados no capitalistas surgidos en las sociedades colonizadas, aunque sí existen dichos modelos para los Estados pre-capitalistas de la Europa occidental. Ver por ejemplo, la obra de René Fédou, L'Etat du Moyen Age (Paris: Press Universitaire de France, 1971). Una mera «transferencia estatal», si bien real e históricamente dada durante el dominio europeo a diversas sociedades, no puede dar cuenta, como supone Marcos Kaplan en La Formación de los estados nacionales en América Latina (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969), de la compleja realidad política surgida en las colonias, peor aún, de la especificidad que adopta ese poder de controlar la economía que es el Estado.

consonancia, que «la presencia del Estado marca definitivamente la organización del sistema económico colonial»⁸.

Afirmaciones como estas han sido cada vez más frecuentes entre los especialistas ecuatorianos de la problemática nacional, y dan cuenta de una realidad incontrastable: que los tres siglos de dominación ibérica en nuestro territorio, se tradujeron *políticamente* en la formación de un tipo de Estado, cuya lógica de reproducción se basó en una alianza de poderes, fuerzas, e instituciones de índole colonialista, que ejercieron su dominio y explotación sobre los pueblos originarios de nuestra geografía, en los Andes Septentrionales. De ahí el nombre que le dimos: *Estado Colonial*, cuerpo extraño a los pueblos del país, en el rigor etimológico del término, que no podía expresar las identidades étnicas, ni culturales, ni políticas de los pueblos originarios de la Allpa Mama.

De esta constatación se derivan dos tesis relativas al problema que nos ocupa, y que por razones heurísticas las afirmamos como tesis.

A. *Nuestra Identidad Histórica Antigua es Andina*

El Ecuador es un país antiguo cuyo origen se fundamenta en la diversidad de pueblos andinos⁹. Valdivianos, machalillos, “realaltinos”, chorreranos, yasuníes, jama-coaqueños, chimus, tolitanos,

8 Editado por la CEN, 1984, pág. 17.

9 La lista que sigue fue elaborada en base a las siguientes fuentes: *Historia del Ecuador*, Colección L.N.S. (Cuenca: talleres de la Imprenta LNS, 1977) pág. 70; Collección Pondonero No 20; César Jaramillo P. *Historia del Ecuador* (Quito: Editorial Universitaria, 1965) págs. 16-17; Aquiles Pérez, *El Idioma Cuayker* (Quito: CCE, 1980); Cuadernos de Nueva, “Revuelta, y Desafío: la Cuestión Indígena en el Ecuador”, Quito, Junio de 1983, N° 7; Piedad de Costales, Alfredo Costales, *Historia Social del Ecuador*, Tomo II, Quito, Llaeta, No 18, IEAG; Manuel Espinosa Apolo, *Los Mestizos Ecuatorianos y las señas de identidad cultural* (Quito: Centro de estudios Felipe Guamán Poma de Ayala, 1995), nota 8, pág. 46; Mario Monteforte, *Los Signos del Hombre* (Quito: Imprenta Mariscal, 1985) págs. 7-25; Rogger Ravines, *Panorama de la Arqueología Andina* (Lima, IEP, 1982), págs. 57-120. Paola Sylva, “Las Islas Galápagos en la Historia del Ecuador”, en Volumen 12 de la Enrique Ayala (Editor) *Nueva Historia* págs. 253-304.

bahíanos, guangalas, tunhaucanos, panzaleos, caras, pastos, quillacingas, awas, chachis, atacames, manteños, chonamas, imbayas, caranquis, atuntaquis, cotacachis, pimampiros, huancavilcas, punaes, daulis, salangos, babahoyos, babas, palenques, cotocolloas, cochasquies, puruhaes, llactacungas, ambatos, cayambes, tsáchilas, chimbos, simiatugs, cañaris, machalas, canelos, tiaones, huayacuntus, tumbecinos, piuras, mayavilcas, paltas, zarzas, cocanas, tetetes, huaoranis, cosangas, sangayos, shuaras, achuaras, secoyas, sionas, cofanes, cushmas, y záparos¹⁰, constituyeron, paulatinamente en el tiempo denso, y desde hace aproximadamente trece milenios¹¹, ese **cambiante tejido policromático** de pueblos, etnias, cacicazgos y comunidades gentilicias que co-existieron con sociedades altamente diferenciadas y asentadas en las tierras ecuatoriales, ubicadas en los *Andes Septentrionales*¹².

Esos pueblos originarios, cuyos antepasados descubrieron y poblaron el país, en su diversidad acostumbrada, desarrollaron en distinto grado sus comunidades aldeanas y señoríos étnicos; dieron nacimiento a varias federaciones políticas y gobiernos¹³, y, constituyeron culturas materiales y espirituales florecientes¹⁴. Cinco mil años atrás, habían aparecido la agricultura y la alfarería en las sociedades antiguas del ac-

10 De los záparos, que fue un pueblo grande con cerca de 20.000 habitantes, hoy, solo quedan dos familias, unas 20 personas, y el ultimo shaman záparo murió hace poco.

11 Pero, se sabe, que el hombre habitó los territorios del hoy denominado Ecuador, hace quince milenios. Véase Mario Monteforte, «Las Culturas Originarias», capítulo I de su libro *Los Signos del Hombre* (Quito: Imprenta Mariscal, 1985), pág. 7.

12 Ver Enrique Ayala Mora, Editor, *Nueva Historia del Ecuador*, Volumen 1 y 2. Quito: CEN-Grijalbo, 1983.

13 Ver Hugo Burgos, *El Guamán, el Puma y el Amaru: Formación Estructural del Gobierno Indígena en Ecuador*. Tesis de Ph. D., Universidad de Illinois, Urbana, 1975. Esta obra, recientemente publicada por Abya-Yala (1996), es de mucha utilidad para el análisis de las instituciones políticas indígenas en el período pre-colonial. En las palabras de su autor, se hace un tratamiento "de lo que podrían ser estructuras políticas indígenas que anteriormente no han estado al alcance de los historiadores, debido a que algunas de ellas se basan en el parentesco, en sistemas simbólicos y cosmológicos, así como en el alineamiento de intereses económicos que presuponían siempre los sistemas de interrelación con una sociedad mayor". Pág. 3 de manuscrito proporcionado por el autor.

14 Ver Rafael Quintero *El Significado del V Centenario del Viaje de Colón a América*, varias ediciones.

tual territorio del Ecuador, desarrollándose a la vez un conjunto de comunidades, con **identidades étnico-culturales**, que llegarían a alcanzar ciertas formas de organización política-estatal sobre la base del surgimiento de agrupamientos sociales diferenciados, «lo que es indicación de que el proceso de configuración de Estados primarios clasistas (Manta, Puná, Atacames, Cañarís, Puruhá, Caranqui)», se había comenzado a dar¹⁵. Ese Ecuador antiguo, aún poco conocido, pudo haber alcanzado el millón de habitantes¹⁶.

La integración conflictiva de estos pueblos al Estado despótico Inca, y el traslado de su «capital» a Quito, sella esta antigüedad andina caracterizada por una heterogeneidad de matrices originarias¹⁷.

En verdad, el más importante efecto de la «irrupción de la civilización centro-andina dentro de los Andes del norte»¹⁸ (1460-1526), fue el haber logrado una cierta unidad política a través de un sistema

15 Ver Víctor González, De la Disgregación Gentilicia a la Esclavitud patriarcal en el Ecuador, en Gorky Elizalde, op. cit.

16 De acuerdo a Angel Rosenblat, para 1492, la población indígena del Ecuador era de 500.000. (La Población Indígena de América desde 1492 hasta la actualidad, Buenos Aires, Instituto Cultural Español, 1945, pág. 102). Notemos, sin embargo, que la población serrana de la Audiencia de Quito había sido estimada en 500.000 por Cieza de León, según J. L. Phelan, The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century (Madison: The University of Wisconsin Press, 1967) pág. 335. Ahora bien, se estima que la población indígena al tiempo de la conquista, esto es cerca de 1530, incluyendo los pueblos de la Costa y las comunidades serranas desde Loja al Valle del río Cauca, y excluyendo el Oriente, fluctuaba entre 500.000 y 750.000 personas. La población del Oriente mismo ha sido calculada en unas 200.000 almas. Esto significaría que, al tiempo de la conquista europea, la población del antiguo Ecuador estuvo cerca del millón de habitantes. (Ver Phelan, op. cit., pág. 45). Estos datos han sido corroborados por las investigaciones realizadas por Hugo Burgos, en los archivos de Sevilla, de EE.UU., Roma y Madrid. Burgos afirma que la población indígena de Quito era de unos 800.000 habitantes hacia 1570, (en entrevista con el autor). Estrada, por su parte, había calculado, que para 1500, la población de 10 grupos asentados en la costa manabita alcanzaban los 120.000 habitantes. Véase Víctor González, op. cit., págs. 63-4.

17 En este proceso, denominado por nosotros como «incaización», hubo importantes elementos de continuidad étnico-culturales y políticos con las formas de organización de los pueblos de los Andes del norte.

18 Como llama Frank Salomon a la incaización. Ver Los Señores Étnicos de Quito en la Época de los Incas (Otavalo: IOA, 1980), p. 29.

de cacicazgos jerarquizados de las comunidades del callejón interandino¹⁹.

Esta cierta unidad, relativa a una región geográfica, se constituyó sobre la base de la creación de una infraestructura económica de grandes trabajos (sistemas de riego, fortificaciones, comunicaciones y transporte, terrazas agrícolas, almacenamientos, etc.) antes inexistentes, que estaba controlada por la nobleza indígena local que usufructuaba de la **mit'a** (o mita) incásica.

Ello contribuyó al fortalecimiento del Estado despótico que pudo entonces emplear mejor la mano de obra de las comunidades que subordinaba. El grado de desarrollo logrado en esta dirección, antes de la llegada de los inca-quechuas y durante la **incaización**, tuvo consecuencias inmediatas en la configuración del *hecho colonial*²⁰.

Un modelo simbólico de matriz familiar originaria para el Ecuador no puede sino afincarse en esta historia antigua de los pueblos de nuestra geografía, de nuestra Allpa Mama. Es decir, ha de afincarse en una antigüedad propia, y no en la antigüedad de otros pueblos y de otras geografías, para forjar una identidad nacional. En la acumulación histórica secreta de los pueblos de nuestro país, se ha ido forjando una identidad de esa Pacha Mama como la comunidad familiar antigua²¹.

19 Para el caso ecuatoriano los cacicazgos tuvieron una importancia particular por cuanto la dominación incásica no los había supeditado totalmente. Véase Frank Salomon, Los señores étnicos de Quito en la época de los incas (Otavalo: IOA, 1980).

20 Aguirre Beltrán lo llama «proceso dominical» y G. Balandier una «situación colonial», para referirse al «juego de fuerzas que hizo posible la dominación de los mecanismos que ponen en obra para sustentarla.» Citado por Hugo Burgos en «Historia de las relaciones coloniales», capítulo no publicado en su libro Las relaciones Interétnicas en Riobamba (México: III, 1977).

21 Lo que llamo acumulación secreta es mucho más que la intuición del pueblo. Alfredo Pareja Diezcanseco escribía en La Hoguera Bárbara: «Pero todo pueblo, alfabeto o no, posee intuiciones, aquella formación de sabiduría sin diccionario, que nadie osa explicar, pero que vive hacinada y de súbito aparece como las tormentas en los mares desconocidos.» p. 125. La acumulación secreta es la memoria latente de las luchas de un pueblo, de sus formas de lucha y resistencia, que transmitidas de generación en generación por vía de la tradición oral, brotan en un momento dado, como irrupción de una sabiduría colectiva, en la práctica social de las masas activas de ese pueblo.

En los procesos de liberación anticolonialista de los pueblos originarios, se recupera con diversa intensidad, una unidad de origen en la antigüedad andina. Así lo revelan los diversos estudios sobre las sublevaciones indígenas coloniales, como los de Segundo Moreno y Osvaldo Albornoz²².

B. *No Se Hace Nación Reeditando la Conquista*

Esa gran diversidad de origen sufrió el trauma de la conquista y de tres siglos del colonialismo europeo. El hecho colonial, con su racismo, elitismo y su concepción tradicional de la autoridad, transformaron esta multiplicidad de pueblos originarios en «indios» genéricos, -sègregados por una suerte de **apartheid** criollo-, y planteó, en el mito de la hispanidad, un *polo invertebrado* de construcción de una identidad nacional excluyente.

El mito de la hispanidad empieza por negar el carácter civilizatorio de los pueblos originarios de nuestro continente; y hace de los conquistadores una suerte de superhombres de otros mundos²³. El fin de la hispanidad es la creación de una comunidad de naciones que comportan la cultura esparcida por la España Imperial de antaño. El pasado siempre presente. Y, el objetivo medular de la hispanidad, es la «reintegración» de algo que, se dice, existió en el pasado, y que está vivo en el presente. Es la política que solo espera recibir el impulso de una fuerza mística que convertirá el plan ideal, en realidad. En 1949, Jorge Luna Yépez proclamaba ese ideal: «Debemos ir a una reintegración de los

22 Osvaldo Albornoz, *Las Luchas Indígenas en el Ecuador* (Guayaquil: Editorial Claridad, 1971) y Segundo Moreno Yáñez, *Sublevaciones Indígenas en la Audiencia de Quito* (Quito: Ediciones de la PUCE, 1985, Tercera Edición).

23 La primera afirmación de la hispanidad en el Ecuador moderno, parece haber tenido lugar a comienzo de este siglo en las obras de César Arroyo, luego con Jorge Luna Yépez, Manuel María Borrero y Gonzalo Zaldumbide. Las semillas de la hispanidad habrán de dar frutos con el advenimiento de la guerra civil española. Los sentimientos de identificación con España se intensificaron por cuanto los valores tradicionales de la «cultura hispánica» se percibieron como amenazados por la participación de los partidos de izquierda en esa lucha. Sin duda, el conflicto español de 1936-39 activó, en ciertos cuadros del PCE, una preocupación con la hispanidad en el Ecuador.

pueblos hispánicos. ¿Que se llame Imperio? Es discutible... Mucho más me gustaría Comunidad de Naciones Hispánicas. Es la Hispanidad...»²⁴ «Será la cooperación, la libre asociación de veinte pueblos soberanos, que tienen el mismo sentido de vida, la misma cultura, el mismo idioma, la misma sangre, la misma fe»²⁵.

Para el hispanista, España representa algo muy especial en el mundo entero. Ella es considerada como poseedora de un «sentido mesiánico de la vida» y como portadora de un «espíritu trascendental» que, se supone, beneficia a todos los pueblos que «heredaron» las dotes culturales de España. En la visión de las élites hispanistas del Ecuador²⁶, ese sentido mesiánico de la vida explica la conquista de nuestro continente. Por ello, otra noción fundamental del mito de la hispanidad es la de «la Raza», que traza una línea de continuidad ideológica entre la conquista, la colonia y el presente, de cara al problema agrario y poblacional del país.

En efecto, a pesar de haber matices, los hispanistas plantean la «integración del indio» en «la Raza»²⁷. Y esta «Raza» de contenido espiritual, tiene un imperativo esencial: el de hacer viable a la hispanidad, a los intereses de la «Madre Patria» en el mundo. La población indígena, según esta visión, deberá desarrollarse «íntegramente» como una parte orgánica del futuro hispanista del Ecuador. Los descendientes de las poblaciones originarias del país, son considerados como aquella parte «inorgánica» de un Ecuador que debería terminar. En el Estado, a veces llamado Estado Orgánico²⁸, se pondría a la clase terrateniente a la cabeza del desarrollo capitalista vía junker, y en la sociedad civil, idealizada

24 Ver Mensaje a las Juventudes de España p. 39.

25 Ibid, 43.

26 Ver capítulos inéditos de mi tesis doctoral sobre ARNE.

27 Los hispanistas sostienen que España creó «una Raza» en América y Quito. Así como otros asentamientos, fundados por los conquistadores, las ciudades fueron considerados una suerte de «primeras células» antropomórficas de esa «Raza». Ahora bien, por «raza», ellos entienden, no aquel conjunto de rasgos étnicos, sino aquel «espíritu hispanista» que toma cuerpo en el trascendentalismo y en el mesianismo de la «civilización hispánica».

28 Ver libro de ese autor, El Estado Orgánico (Quito: Ed. «La Unión Católica» C.A., 1956).

por esta infinita negación de lo diverso que es la hispanidad, un «verdadero indigenismo» ha de dar luz a una «totalidad armónica» con la cual la diversidad étnico-cultural y nacional del Ecuador sería objeto de un proceso de aculturación hispanista²⁹. Es la negación de la Allpa Mama, de nuestra propia antigüedad andina. Es la reedición de la conquista.

Pero el hecho cierto es que existe en la conciencia de un conjunto de ecuatorianos -cuya magnitud no se conoce- un **polo hispánico de identidad de la ecuatorianidad**, procesado durante la época colonial, las luchas por la Independencia³⁰ y los dos siglos post-independencia, en las mentalidades y actitudes de hombres y mujeres.

El proceso de creación de «la identidad nacional» en el Ecuador se complejiza aún más, si tomamos en cuenta que el hecho colonial significó también haber introducido una población negra esclava, es decir sujeta a formas de trabajo forzoso estatal y privado, y haber inducido al mestizaje, con lo cual el tejido social adquiriría nuevas dimensiones culturales, étnicas y simbólicas, y hacía que sobre la matriz originaria de los pueblos antiguos se ejercieran nuevas influencias de comportamiento, costumbres e identidades culturales. Resulta por ello pertinente examinar cómo el naciente Estado independiente procesó estos datos de la realidad étnica del Ecuador en el siglo XIX.

II. IDENTIDAD NACIONAL Y ESTADO EN EL ECUADOR POSTCOLONIAL

Algo viviente y cambiante, cosa «no congelada», la nación ecuatoriana de principios del siglo pasado era una estructura no aprehensible aún. Tres siglos de colonialismo y de un Estado Colonial e ibérico en su contra, habían rezagado en su desarrollo al conjunto de pueblos originarios, portadores de valores nacionales, y la habían hecho soportar múltiples transformaciones y modificaciones.

29 Hay por ello un indigenismo de corte hispanista, cuyo primer exponente fue Segundo Maiguashca, en su libro *El Indio. Cerebro y Corazón de América*. (Quito: Edit. Fr. Jodoco Ricke:, 1949).

30 Véase al respecto Quintero-Silva, *Ecuador: Una nación en Ciernes*, 1991, Tomo I, Capítulo Primero.

El dejar de ser colonia, hecho histórico de importancia con el cual se rompió un vínculo de subordinación con un estado extranjero, le planteó al naciente Ecuador de principios del siglo pasado, una tarea en la cual trabajó dificultosamente su historia decimonónica y cuyo incumplimiento entonces, se expresó en un prolongado desgarramiento: la constitución postergada de la nación.

Claro está, aquí diferencio conceptualmente entre aquella «nación moderna» que aparecería en el capitalismo europeo y se erigiría en el ancla del Estado burgués, y aquella nación en sentido genérico, entendida como entidad o estructura³¹. Comprendo, en cambio, a la nación como una comunidad de carácter, forjada en el trasfondo de una acumulación histórica común al conjunto de sus miembros³². O, dada la polivalencia de identidades antiguas en el Ecuador, la definiría como **una comunidad de identidades forjada en el trasfondo de una acumulación histórica común a sus miembros**³³.

Por esta razón teórica, es pertinente referirse a la existencia o no del Estado Nacional, antes del capitalismo; es decir, antes de 1895, en el caso ecuatoriano³⁴. Y ello, porque el Estado Nacional *no es un tipo de estructura de poder* que se corresponda a una formación económica específica; es decir, no es el grupo más económico de una sociedad dada, sino **el grupo más político de la sociedad**, en cuanto entendamos a la política como producción hegemónica³⁵.

En este sentido, el Estado Nacional -la mayor expresión hegemónica de una sociedad que procesa la diversidad de sus compo-

31 Otto Bauer, La Cuestión de las Nacionalidades y la Socialdemocracia (México: Siglo XXI, 1979).

32 Ver Otto Bauer, La Cuestión de las Nacionalidades y la Socialdemocracia (México: Siglo XXI, 1979).

33 Para una rica discusión sobre el concepto de nación, véase el artículo de Erika Silva, «Nación», en ILDIS, Léxico Político Ecuatoriano (Quito: ILDIS, 1994), págs. 281-290.

34 Para conocer una visión distinta del Estado Nacional, ver libro de Daniel Granda, El Estado Nacional: Efectos de la Revolución Burguesa (Quito: Editorial Universitaria, 1984).

35 Gwynn Williams nos ofrece una definición de hegemonía como «un orden en el cual es dominante un determinado modo de vida y de pensamiento, en el cual un concepto de la

nentes- puede ser o dejar de ser el lecho institucional de las identidades nacionales. Pero, si el Estado Nacional es el lecho institucional de una o varias identidades nacionales, el lecho no es todo el río. Y digo esto figurativamente, para que se entienda que si la Independencia de España fue, sin duda, un momento de fulgor hegemónico de las clases terratenientes regionales del Ecuador, en su lucha, dirigidas por ellas, contra el colonialismo ibérico, esas clases, al carecer de un proyecto que conjugas las diversas identidades nacionales en juego en la sociedad, terminaron creando un Estado Terrateniente, de tipo neo-ibérico, divorciado de una masa portadora de identidades nacionales fundamentales, que al ser institucionalmente marginada de la política y de la representación, volvió inocuo el proyecto de «hacer nación» de las élites aristocráticas terratenientes.

Una **regionalización** acentuada³⁶, impidió la unificación de las élites regionales de Quito, Cuenca y Guayaquil incapacitándolas para constituirse en representativas de intereses objetivos, comunes al conjunto de la aristocracia latifundista. De ahí que el vacío de capacidad estatal del conjunto de fracciones terratenientes, incidiera en la lucha por el control de la instancia potencialmente hegemónica del Estado: el gobierno de los funcionarios. Y consiguientemente, las «prácticas regionales» se convertirían así, en prácticas sustitutivas de las prácticas nacionales (hegemónicas), para una clase dominante fraccionada que carecía de vínculos nacionales con las masas explotadas³⁷, no obstante

realidad está difundido a través de la sociedad en todas sus manifestaciones constitucionales y privadas informando con su espíritu todos los gustos, la moral, las costumbres, los principios religiosos y políticos y todas las relaciones sociales, particularmente, en sus connotaciones intelectuales y morales.» en «Gramsci's Concept of Egeomnia', *Journal of the History of Ideas*, 1960, Vol. 21, No. 4, pág. 587, citado por Ralph Milliband, *El Estado en la Sociedad Capitalista* (México: Siglo XXI, 1970) pág. 174.

36 Regionalización es un proceso económico y político de creación de espacios autónomos de expresión de las clases dominantes locales, que manifiesta, a la par que reproduce, la ausencia de unificación territorial, poblacional, cultural y la fragmentación del poder estatal en una formación social.

37 Ver «El Estado Terrateniente del Ecuador (1809-1895)» en J. P. Deler/Y. Saint-Geours (Compiladores), *Estados Nacionales en los Andes* (Lima: IEP-IFEA, 1986), Volumen 2, pág. 397-417.

los esfuerzos e insinuaciones pedagógicas de un Juan León Mera para crearlos³⁸.

A pesar de la creencia generalizada de que el Estado surgido de la Independencia fue un Estado Nacional, lejos estuvo ese Estado Terrateniente de comportarse como tal. En efecto, dicho Estado se desarrolla durante un período de transición postcolonial, en el que predominan relaciones de producción precapitalistas y no capitalistas de diverso tipo, sancionadas por una estructura de poder que, en mucho, fue la prolongación del Estado Colonial, y cuya esencia radicaba en poseer rasgos, cuyo despliegue negaba toda realización de una comunidad de identidades nacionales.

Para comenzar, la especificidad de la instancia decisiva de ese Estado fue el poseer un aparato represivo diseminado en el tramado del sistema hacendatario, sancionado por el aparato jurídico y acoirazado por una ideología colonial (el racismo, elitismo, y la concepción tradicional de la autoridad). Era la continuidad de la guerra contra las masas indígenas, a quienes muchos seguían considerando «cosa disponible». El poder, en su ejercicio, destruía la identidad de ese pueblo.

Por otra parte, la enorme atomización regional y subregional del poder territorial de los latifundistas imposibilitó su propia unificación como clase, y determinó un constante bloqueo a cualquier tendencia societal de unificación nacional, venga esta desde las masas indígenas o de la burguesía en ascenso. Este bloqueo se ejercía desde los aparatos y centros de poder controlados regionalmente por las clases terratenientes dispersas.

Por ello, tal Estado no pudo jamás dar una definición institucional ni política a la diversidad étnico-cultural de los pueblos sobrevivientes de la colonización, y que seguían constituyendo **la mayoría de la**

38 «Rescato esta dimensión propositiva de Mera en «La concepción de lo nacional en Juan León Mera», Ponencia inédita presentada en la «Semana Cultural de Mayo», Consejo Provincial de Pichincha, 1983.

población del país. Tampoco pudo hacerlo con los nuevos grupos de mestizos, mulatos y negros que se habían formado, y en torno a los cuales se erigiría un nuevo polo de identidades nacionales, desde fines del siglo pasado, cuando surgió un nuevo tipo de Estado a través de la Revolución Liberal de 1895: el polo del mestizaje, como veremos.

Sin embargo, la sociedad del siglo pasado, tanto en el mundo rural como en el urbano, tuvo impulsos creadores que prepararon el camino de esa transformación finisecular. Las masas indígenas se habían manifestado, a lo largo del siglo de múltiples formas adversas al proyecto de su secular exclusión, y resistieron constantemente la discriminación. Igualmente sucedió con las poblaciones negra y mestiza, en ciudades y pueblos, que fueron conformando lentamente un sentido de pertenencia al «pueblo».

III. EL ESTADO BURGUES-TERRATENIENTE (1895-1972)

Con la Revolución Liberal se abrieron las condiciones para la formación del Estado moderno. Muchos han supuesto que éste era nuestro Estado Nacional, que democratizaría la política, ampliaría la ciudadanía y constituiría el nacionalismo de Estado, tan largamente esperado como una fuente de hegemonía, bajo cuyo ejercicio se daría definición institucional a la constelación étnica y cultural de los pueblos ecuatorianos, ya más complejos y diversos.

Sin embargo, la vía específica de desarrollo que siguió el Estado ecuatoriano a partir de 1895, definida como junker dependiente, bloqueó su constitución como Estado Nacional³⁹. Este bloqueo de lo nacional se expresó en seis situaciones claves:

- 1ª) En la no liberación de la población indígena, mestiza y negra de sus condiciones materiales y espirituales de atraso, en que se la

39 Para el tratamiento de la vía junker o prusiana dependiente aplicada al caso ecuatoriano, véase Rafael Quintero, *El Mito del Populismo en el Ecuador* varias ediciones.

- mantuvo, inserta dentro de un régimen precapitalista hacendatario⁴⁰;
- 2ª) En la no incorporación de la mayoría del pueblo a la ciudadanía, asunto que hemos observado en diversos estudios⁴¹;
- 3ª) En la persistencia de una poderosa mediación terrateniente en el Estado y la sociedad, que impuso su sello al desarrollo capitalista y del Estado;
- 4ª) En la persistencia de una ideología racista-elitista que perpetuaba la ruptura étnico-cultural en una sociedad fragmentada, que negaba el derecho a ser diferentes y que «creaba una especie de esquizofrenia simbólica al estar impregnada en las construcciones ideológicas sobre la ecuatorianidad»⁴²;
- 5ª) En el desarrollo del vínculo de supeditación imperialista de nuestra economía, que limitó enormemente el desenvolvimiento democrático burgués e imposibilitó que la burguesía se constituya como clase nacional;
- 6ª) En la mediación estructural, en la economía ecuatoriana, entre capital y pre-capital, como el marcapasos de su «desarrollo económico».

A mi entender, estas situaciones, como bloque, se prolongan hasta 1972. Desde entonces al presente, ellas ya no actúan en bloque

40 Ni bien acababa de inaugurarse el nuevo Estado cuando se dio el llamado «auge del caucho». Bajo la tesis de la «integración nacional» se siguió pretendiendo ocultar una dolorosa situación de eliminación de pueblos enteros. De los záparos, que constituían un pueblo numeroso (algunos calculan su población en 30.000) quedaron pocas familias como resultado directo de ese hecho económico que consideraba a la población cosa disponible.

41 Véase Rafael Quintero, «El carácter de la Estructura de Representación Política en el Estado Ecuatoriano del Siglo XIX», en *Revista Ciencias Sociales* (Quito: U.C.E., 1978) No 7-8, págs. 69-109; «Las restricciones del régimen electoral a la participación política de los sectores populares: el caso del Ecuador (1930-1978)», en *Revista del IDIS* (Cuenca, 1978) 5, págs. 76-118.

42 Erika Silva, 1994, pág. 6.

sobre la realidad nacional, como antes lo hacían. En efecto, a partir de ese año, el Estado ecuatoriano exhibe un cambio en relación a las tendencias integracionistas y nacionales registradas en su seno. Esto se expresa en las siguientes situaciones claves:

- 1ª) En la eliminación de la mediación estructural entre capital y pre-capital. La Revolución Nacionalista de los militares de 1972, desplazó el eje de la acumulación capitalista hacia una alianza capitalista de desarrollo negociado entre el Estado como socio-empresarial, el capital foráneo y las burguesías ecuatorianas, en detrimento de los sectores atrasados de la economía precapitalista;
- 2ª) En la ejecución de políticas públicas tendientes a integrar económica y socialmente al Ecuador, situación expresada en una mayor centralización política, en el desarrollo de vías de comunicación y transporte, en el desarrollo del mercado interno nacional, en las políticas de redistribución del ingreso, educación de los analfabetos, y en los programas de integración de sectores indígenas-campesinos, entre otras medidas;
- 3ª) En la ampliación de la ciudadanía a los analfabetos (1980), que en su gran mayoría eran indígenas, negros, campesinos y mujeres. Esto significó la ampliación de la base social del Estado, que se logra con el proceso de reconstitución del Estado por la vía de un referéndum y que continúa hasta el presente;
- 4ª) En la cooptación, por parte del Estado, de la intelectualidad. Esta cooptación se da para reforzar el papel de los intelectuales como procesadores de tradiciones, símbolos, y descubridores de una posible constante histórica. Es decir, como expertos en legitimación.

De la constatación de estas situaciones se derivan dos aspectos relativos al problema que nos ocupa, y que por razones heurísticas los afirmamos como tesis.

A. El Mestizaje se Convierte en Nuevo Eje de Identidad Nacional, Afirmado desde el Estado y Sectores de la Sociedad Civil

Originado en la aculturación y transculturación, el mestizaje de pueblos originarios, africanos, asiáticos, mediorientales y europeos, se levantó en el siglo XX un mesianismo mestizo como un tercer polo de la identidad nacional⁴³. «El mestizaje, hijo del mito de la 'raza vencida' y fruto de la resurrección que trajo consigo la conquista, es visto como punto de partida de 'la Historia', como potencialidad de grandes realizaciones, como esencia de la ecuatorianidad»⁴⁴. Según Erika Silva, el mestizaje, es percibido por las élites dominantes como íntegro y absoluto. Así, en los años setenta, el general Guillermo Rodríguez Lara «al mismo tiempo que apelaba al 'ancestro indígena de todos los ecuatorianos', decía: 'No hay más problema en relación con los indígenas [...] todos nosotros pasamos a ser blancos cuando aceptemos las metas de la cultura nacional'»⁴⁵. El discurso del poder convierte así al mestizaje, en ideología de unidad e identidad nacional desde entonces al presente.

«Así, -escribíamos en 1988- los mitos de la ecuatorianidad, que ensalzaban la conquista española y degradaban a las civilizaciones andinas a la condición de pueblos sin historia, exhiben hasta el momento actual un gran vigor. Para esta concepción ideológica, que sigue siendo racista, el mestizaje es visto como punto de partida de 'la Historia', como potencialidad de grandes realizaciones, como esencia de la nacionalidad. Pero este mestizaje es comprendido como una asimilación íntegra y absoluta a la cultura occidental por parte de las culturas y pueblos indígenas, es decir como 'blanqueamiento': no es el blanco el que se 'aindia', sino el indio el que se 'blanquea' étnica y culturalmente. Esta

43 Levantaron esta tesis los intelectuales terrigenistas, más conocidos como «la generación del treinta», dirigidos por Benjamín Carrión.

44 Véase Erika Silva, *Los mitos de la Ecuatorianidad* (Quito: Abya-Yala, 1992), pág. 9.

45 Citado por Silva, *Ibid.*, pág. 17.

ideología del mestizaje como blanqueamiento se institucionalizó en el Estado a partir de la década del 70...

Tal concepción ideológica que traduce una cruda desvalorización de las culturas andinas del Ecuador y comporta una adhesión incondicional a la civilización europea, ha provocado un desarriago por negación de lo indio, generando en el heterogéneo pueblo ecuatoriano una permanente crisis de identidad cultural.

De ahí que, aunque toda la sociedad se nutra de lo indígena, fenómeno que se acentúa en los años 70, cuando no solo unos sectores sociales sino prácticamente todas las clases sociales son permeadas por ello (obreros, semiproletarios, pequeña burguesía, burguesía e incluso terratenientes), aunque ese **teñido oscuro** probablemente ha homogeneizado físicamente más a la sociedad ecuatoriana que a otras sociedades andinas, no ha integrado síquica y culturalmente a la población, es decir, no ha posibilitado que se acepte positivamente a sí misma tal como es. De hecho el mestizaje cultural como **teñido**, fenómeno real, contradice el mestizaje como blanqueamiento, versión ideológica en la que se niega toda posibilidad a lo indio como elemento constitutivo de lo nacional»⁴⁶.

Este polo de nueva identidad, expresado constantemente en el discurso parlamentario, desde el púlpito, en la plaza pública, en el mercado, en los editoriales de intelectuales de diversas corrientes ideológicas, y en estudios sociológicos, se ha convertido hoy en el discurso estatal oficial sobre nuestra «identidad nacional» unívoca. Es decir, la tesis de la «nación mestiza» ganó consenso entre los sectores dominantes del país y es esgrimida hoy como alternativa del discurso del poder, ante la tesis de la plurinacionalidad del Ecuador, esgrimida por los pueblos indios y algunos intelectuales y estudiosos de la realidad nacional, entre los que me incluyo.

46 Ver Rafael Quintero y Erika Silva, Ecuador: Una nación en Ciernes, varias ediciones, Tomo III, p. 301-302.

Esa tesis, retoma la «constante blanca» de la historia del país. En efecto, como sabemos ya, desde la colonia, y durante el siglo pasado y presente, se ha mantenido la idea de la nación como un grupo social unido por consanguineidad. Esta posición es contraria a la que planteo en esta ponencia: la necesidad de buscar y encontrar las constantes históricas de nuestras identidades plurales.

En segundo lugar, esa tesis plantea una realidad no existente: la de una identidad unívoca de los ecuatorianos que afirma una sola versión de la ecuatorianidad. Para construirse y reafirmarse, esta idea de la identidad unívoca, requeriría de la existencia de un «otro», también unívoco⁴⁷. Pero eso «otro», necesariamente un referente simultáneo en la construcción de la identidad nacional, no debe ser un «otro» amenazante. Pero, quienes por esta orilla trabajan, intelectual y políticamente la cuestión del Estado Nacional en el Ecuador, terminan identificando en el Perú y en «el peruano», a ese «otro», convirtiendo así, en enemigo de la nación de todos los ecuatorianos, a un vecino andino con el cual tenemos lazos históricos de **contigüidad**. Se trataría entonces de un nacionalismo de Estado, que soslaya el problema de las potencias imperiales que mantienen el vínculo de subordinación de nuestra sociedad, Estado y economía.

B. El Ecuador es una Nación en Ciernes

A pesar de que se haya verificado un intento de re-constitución de un complejo político y moral con ciertos visos hegemónicos, en el país no estamos aún en presencia de un Estado nacional consolidado, ni de una identidad nacional cristalizada. Las razones -ampliamente expuestas en el libro de Quintero-Silva, Ecuador: Una Nación en Ciernes⁴⁸- pueden sintetizarse en las siguientes situaciones:

47 Erika Silva ha definido la identidad colectiva como «una producción simbólica, históricamente condicionada de un «Yo» colectivo (comunidad), en interrelación con un «Otro» (alteridad), resultante de un juego de fuerzas en un espacio hegemonizado por las clases dominantes», en «Ecuador: El proceso de Construcción de su Identidad». Proyecto de Investigación. 1996, pág. 4.

48 Hay dos ediciones: una de Flacso- Abya-Yala de 1991, y, otra de la Universidad Central del Ecuador, de 1995.

1ª) El territorio ecuatoriano, (su tamaño, forma, su medio ambiente natural, su membrana exterior <fronteras>, la estructuración interna de sus límites interprovinciales, cantonales y parroquiales, sus recursos naturales, y sus costas rivadeñas, etc.) no se han perfeccionados hasta hoy, como una entidad estructurada, como un territorio nacional, es decir como suyo y común a todos los componentes de la estructura social del país.

Al contrario, el territorio ecuatoriano, aún no delimitado en múltiples formas, no constituye todavía una comunidad sin conflicto. Existe por ello, mucha ambigüedad en el imaginario de ecuatorianos y ecuatorianas acerca de «su» territorio nacional.

Esta ambigüedad tiende a acentuarse frente a la no existencia de una política estatal que defina la relación del territorio nacional en comunión con las legítimas aspiraciones de las territorialidades étnicas de las comunidades y nacionalidades de origen antiguo;

2ª) La **economía ecuatoriana** sigue soportando los vínculos de la dependencia externa y de la transnacionalización económica. La producción y la estructura ocupacional de nuestra población, constituyen elementos cardinales en la formación o no de una comunidad nacional, y en el tipo de identidades que desarrollemos como pueblos⁴⁹.

El tener potencialidades de todo tipo en materia económica -en la industria, la agricultura, en lo rural y urbano, en recursos de todo orden- pero al ser un país de pobres con un medio ambiente económico rico, pero débilmente integrados y no volcado hacia un desarrollo material y espiritual de SU POBLACION NACIONAL, genera una profunda influencia negativa en el factor identidad⁵⁰. Incluso hay políticos, bien conocidos e influyentes en el

49 Ver Ernest Barker, National Character (Londos: Methuen, 1948).

50 Recuérdese que el alemán Teodoro Wolf, ya nos llamó «mendigos sentados en roca de oro», en su Geografía y Geología del Ecuador, texto publicado en Leipzig en 1892 y que, por muchas décadas, fue de obligada consulta de los ecuatorianistas extranjeros. El austriaco

país, que sostienen que conceptos como «nación»; «interés nacional»; «soberanía», son una suerte de anacronismos de soñadores nacionalistas, y hacen serios esfuerzos intelectuales y políticos para entronizar en nuestro medio la aceptación de la transnacionalización económica y la «interdependencia» que, en la versión que manejan, no deja de ser sino la continuidad de la dependencia, dadas las condiciones de nuestro acortado desarrollo. La dependencia es, por lo tanto, un factor, por cierto no el único ni necesariamente el más determinante, que dificulta nuestra formación nacional;

- 3^a) El Ecuador carece de una lengua en que se comunique **libremente** toda su población. A más del castellano, que calculo lo hablan, en mayor o menor grado, un 80% de la población, existen, al menos, trece grupos étnicos -sobrevivientes a la conquista y coloniaje ibérico y criollo- que poseen sus respectivas lenguas como comunidades idiomáticas: el **awapit**, también llamado **awacuayker**, hablado por los awas, el **chapa la achi** o **chapala**, en el que opinan los chachis, el **tsa'siqui** de los tsáchilas, el **waotiro** hablado por el pueblo wuao (o huaorani), el **a'ingae** con el cual charlan los cofanes, las dos variedades del **paicoca** pronunciadas por los sionas-secoyas, el **shuar chicham** idioma de los aguerridos shuaras, preferido por Osvlado Hurtado para inscribir su banda presidencial de comparecencia ante el Congreso Nacional, a más de las lenguas de los záparos⁵¹, tetetes, achuaras, sin olvidarnos del **runa shimi** (más adecuadamente llamado **quichua**) de los quichuas, voz de muchas lunas y soles, hablada en nuestra reciente antigüedad por diez millones de habitantes en el Tahuantinsuyo, cuando por primera vez se oyeron los

Gerhard Drekonja, más recientemente escribió peyorativamente sobre nosotros al endilgarnos una «ociocidad características de los ecuatorianos de generaciones pasadas». Ver su «Ecuador: Ensayo Bibliográfico» publicado por la editorial Siglo XXI, en Ecuador hoy, 1978, pág. 283.

51) Hay solo una veintena de záparos en Pastaza, de los cuales, únicamente sus mayores hablan su idioma. El Estado carece de una política frente a este fenómeno de eliminación consentida de nuestra diversidad cultural.

«gritos de los invasores de Occidente», y lengua de muchos mestizos en la que musitamos frases aprendiendo a identificar el tronco común del **Runa Sapi Causai**.

Por otra parte, han surgido mezclas lingüísticas como producto de un permanente proceso de etnogénesis. Tal el caso del pueblo shiwiar, comunidad étnica de Pastaza parlante de una mezcla de quichua oriental y shuar chicham, o del pueblo **empera** al norte de Esmeraldas, cuya lengua, del mismo nombre, está siendo aún investigada. Lo propio ocurre con la llamada «chaupi-lengua»⁵², mezcla del runa shimi y el castellano y cuya peculiarísima fonética, podemos escuchar en algunos barrios populares de nuestras ciudades y campos andinos.

El derecho a acceder culturalmente a esa diversidad de lenguas andinas está, aunque difícilmente, abriéndose paso en el Ecuador actual. Hace 20 años era simplemente inexistente y negado a mestizos e indígenas, pues «la lengua oficial», el castellano, seguía siendo difundida y «defendida» en el sistema escolar bajo el «pedagógico» lema de «la letra con sangre entra!», que todos hemos, alguna vez, escuchado con pavor. Esta dominancia e imposición del castellano dificultó que esa lengua se constituya realmente en una genuina comunidad idiomática del país, hasta el presente;

- 4ª) En cuanto a la comunidad de cultura, a fines del siglo XX el Ecuador exhibe un desfase entre la integración material (económica, social y política) y la creación de una comunidad espiritual que le confiera una identidad nacional (síquica, cultural, ideológica) de los distintos componentes de la estructura social⁵³.

52 "Chaupi", quiere decir mitad, en el idioma runa shimi.

53 No es fortuito el desacuerdo frecuente que existe en el país, incluso en la opinión de especialistas, sobre las proporciones numéricas de cada grupo étnico, nacionalidad o raza que conforman la población del Ecuador. Ese desacuerdo, en cada caso, parece responder a una **imagen deseada** de la comunidad nacional. Pongo un ejemplo, para ilustrar lo afirmado. En una guía turística de Quito, editada por Carlos Ermel de la Cruz en 1947, al referirse a la población de la capital del país se afirma textualmente: «En Quito no hay indios» (pág 12). Esta afirmación era harto urañá con la realidad, pues el censo de 1949 dice lo contrario sobre los quichua parlantes en los alrededores de Quito. Por otra

En el país no solo que no ha existido todavía una identidad de origen común, es decir, una unidad de origen reconocida por todos los ecuatorianos, desde el surgimiento del Estado independiente a principios del siglo pasado hasta el presente, sino que se da hoy la de-constitución de las viejas identidades forjadas desde el Estado unitario en torno a la idea de una sola nacionalidad⁵⁴.

Muchos ecuatorianos que suponían pertenecer a una entidad nacional determinada, se están encontrando que esta ya no responde más como referente común. La de-constitución de la identidad única está dando paso a las identidades nacionales diversas que buscan expresarse, no en un Estado nacional unitario, sino en un solo Estado plurinacional.

De ser esto así, los cuatro siglos reseñados aquí tan someramente, no habrían pasado en vano. Y los ecuatorianos, al construir un proyecto nacional desde la sociedad civil, podremos encontrar en el Ecuador profundo de nuestra diversidad antigua y presente, la substancia con la cual edificar un Estado democrático que represente a nuestra comunidad de destino.

Conocoto, 9 de mayo de 1997.

parte, la población de trabajadores manuales de Quito estaba constituida por indígenas, en gran medida. Quienes laboraban en la construcción de casas, caminos, calles, reparaban iglesias, recogían la basura, laboraban en las fábricas, talleres, manufacturas textiles y hacían tantas otros trabajos en Quito no eran sino indígenas, en su gran mayoría. La Guía de Quito, ciudad que había elegido a un Conde como Alcalde, «blanqueaba» con un **coup de plume** la urbe capitalina.

- 54 Las principales organizaciones indígenas del Ecuador son las siguientes: Federación Ecuatoriana de Indios (FEI, 1945), Federación Shuar (1964), FEPOCAM (1968), ECUARUNARI (1972), Federación de Organizaciones Indígenas del Napo (FOIN, 1973), Unión de Nativos de la Amazonia Ecuatoriana (UNAE), ORGANIZACIÓN DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE PASTAZA (OPIP), Jatun Comuna Aguarico, Federación Shuar-Achuar, Federación de Campesinos de Cotopaxi, Federación de Campesinos de Imbabura, Confederación de Organizaciones Independientes de la Región Amazónica (COICA), Federación de Cabildos Indígenas del Chimborazo, Federación de Indígenas de Sucumbios, Asociación de Indígenas Evangélicos de Pastaza, (AIEPRA), Federación de Desarrollo Indígena de Pastaza (FEDECAP), Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía (CONFENIAE), Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), Federación de Indígenas Evangélicos del Ecuador. Por su parte las centrales sindicales tienen también organizaciones campesinas que hacen trabajo organizativo con grupos indígenas: FENOC, CEDOC, ACAL, CAE.

BIBLIOGRAFÍA

- Adoum, Magdalena (Editora). "Revuelta, y Desafío: la Cuestión Indígena en el Ecuador". **Cuadernos de Nueva**. Número 7. Quito, junio de 1983.
- Albornoz, Osvaldo. **Las Luchas Indígenas en el Ecuador**. Guayaquil. Editorial Claridad. 1971.
- Ayala Mora, Enrique (Editor). **Nueva Historia del Ecuador**. Volumen 1 y 2. CEN-Grijalbo. Quito, 1983.
- Barker, Ernest. **National Character** (Fourth and Revised Edition). Methuen & Co. Ltd. London, 1948.
- Bauer, Otto. **La Cuestión de las Nacionalidades y la Socialdemocracia**. Siglo XXI. México, 1979.
- Burgos, Hugo. **El Guamán, el Puma y el Amaru: Formación Estructural del Gobierno Indígena en Ecuador**. Tesis de Ph. D., Universidad de Illinois. Urbana, 1975.
- "Historia de las relaciones coloniales". Capítulo no publicado en su libro **Las relaciones Interétnicas en Riobamba**. México, 1977.
- Cevallos García, Gabriel. **Historia del Ecuador**. Ed. Don Bosco. Cuenca, 1977.
- **Historia del Ecuador** (Tomo I y II). Colección LNS. Talleres de la Imprenta LNS. Cuenca, 1977.
- Córdova, Arnaldo. "Los orígenes del Estado en América Latina". **Cuadernos Políticos**. No 14. México, octubre-diciembre de 1977.
- Costales, Piedad de y Alfredo Costales. **Historia Social del Ecuador**. Tomo II. Llaeta, No 18. IEAG. Quito.
- De la Cruz, Carlos Ermel (Editor). **Quito al Día: Comercio, Industria y Turismo**. Empresa «Quito al Día». Quito, 1947.
- Drekonja, Gerhard. "Ecuador: Ensayo Bibliográfico". En **Ecuador, hoy**. Siglo XXI. Bogotá, 1978.
- Elizalde M., Gorki. **El Estado en las Nacionalidades aborígenes**. III Congreso de Historia y Geografía, Sección de Historia de la Casa de la

- Cultura Ecuatoriana y el Núcleo de Esmeraldas, 25-28 de septiembre, 1981. Imprenta de la Universidad de Guayaquil. Guayaquil, 1981.
- Espinosa Apolo, Manuel. **Los Mestizos Ecuatorianos y las señas de identidad cultural**. Centro de estudios Felipe Guamán Poma de Ayala. Quito, 1995.
- Fédou, René. **L'Etat du Moyen Age**. Press Universitaire de France. Paris, 1971.
- González, Víctor. **Las Tierras Comunales en el Ecuador**. Editorial Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas. Guayaquil, 1982.
- **De la Disgregación Gentilicia a la Esclavitud patriarcal en el Ecuador**. en Gorky Elizalde, op. cit.
- Granda, Daniel. **El Estado Nacional: Efectos de la Revolución Burguesa**. Editorial Universitaria. Quito, 1984.
- Jaramillo Pérez, César. **Historia del Ecuador**. Editorial Universitaria. Quito, 1965.
- Kaplan, Marcos. **La Formación de los estados nacionales en América Latina**. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1969.
- Luna Yépez, Jorge. **Mensaje a las Juventudes de España**. Madrid, 1949.
- Maiguashca, Segundo. **El Indio, Cerebro y Corazón de América, Incorporación del Indio a la Cultura Nacional**. Edit. "Fr. Jodoco Ricke". Quito, 1949.
- Marchán, Carlos. "Modelos y Corrientes para el Estudio de la Hacienda Latinoamericana". Revista **Cultura**. Vol. 4. No. 11. Quito, 1981.
- Miño, Manuel. **La Economía Colonial**. CEN. Quito, 1984.
- Monteforte, Mario. **Los Signos del Hombre**. Imprenta Mariscal. Quito, 1985.
- Moreno Yáñez, Segundo. **Sublevaciones Indígenas en la Audiencia de Quito** (tercera edición). Ediciones de la PUCE. Quito, 1985.
- Moreno, Segundo y Udo Oberem. **Contribución a la Etnohistoria Ecuatoriana**. Colección Pendonereros N° 20. Instituto Otavalaño de Antropología. Otavalo, 1981.
- Ortuño, José. **El Estado Orgánico**. Ed. "La Unión Católica". Quito, 1956.

Pareja D., Alfredo. **Ecuador: de la prehistoria a la conquista**. Editorial Universitaria. Quito, 1979.

----- **Las Instituciones y la Administración de la real Audiencia de Quito**. Ed. Universitaria. Quito, 1975.

----- **La Hoguera Bárbara**. Compañía General Editora. México, 1944.

Pérez, Aquiles. **El Idioma Cuayker**. CCE. Quito, 1980.

----- **Los Chambus**. CCE. Quito, 1982.

Phelan, John. **The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century**. The University of Wisconsin Press. Madison, 1967.

Quintero, Rafael. "El Estado Colonial". En Enrique Ayala Mora (Editor). **Nueva Historia del Ecuador**. Volumen 5. CEN-Grijalbo. Quito.

----- **El Significado del V Centenario del Viaje de Colón a América** (varias ediciones).

----- **Los Partidos Políticos en el Ecuador y la Clase Terrateniente en las Transformaciones del Estado** (Tesis de Ph. D, University of North Carolina at Chapel Hill). 1978.

----- "El Estado Terrateniente del Ecuador (1809-1895)". En J. P. Deler/Y. Saint-Geours (Compiladores). **Estados Nacionales en los Andes**. Volumen 2. IEP-IFEA. Lima, 1986.

----- "La concepción de lo Nacional en Juan León Mera" (Ponencia presentada en la semana Cultural de Mayo). Consejo Provincial de Pichincha. 1983.

----- **El Mito del Populismo en el Ecuador**. Varias ediciones.

Quintero, Rafael y ErikaSilva. **Ecuador: Una nación en Ciernes**. Abya-Yala-Flacso. Quito, 1991.

Reyes, Oscar Efrén. **Breve Historia del Ecuador**. Varias ediciones. Quito.

Ravines, Rogger. **Panorama de la Arqueología Andina**. IEP. Lima, 1982.

Rosenblat, Angel. **La Población Indígena de América desde 1492 hasta la actualidad**. Instituto Cultural Español. Buenos Aires, 1945.

Salomon, Frank. **Los Señores Etnicos de Quito en la Epoca de los Incas**. IOA. Otavalo, 1980.

- Silva, Erika. "Estado, nación e Identidad en el Ecuador" (conferencia para los alumnos de la Academia Diplomática del Ministerio de RR. EE.). Quito, Septiembre 12 de 1994.
- "Nación". En **Léxico Político Ecuatoriano**. ILDIS. Quito, 1994 (págs 281-290).
- "Ecuador: El Proceso de Construcción de su Identidad". Proyecto de Investigación. Julio de 1996.
- Williams, Gwynn. "Gramsci's Concept of Egeмония". **Journal of the History of Ideas**. Vol. 21. Nº 4. 1960. Pág. 587. Citado por Ralph Milliband.
- El Estado en la Sociedad Capitalista**. Siglo XXI. México, 1970 (pág. 174).
- Wolf, Teodoro. **Geografía y Geología del Ecuador**. Leizip, 1892.

IDENTIDAD NACIONAL Y ESTADO NACIONAL

Fernando Jurado Noboa *

Es muy honroso el hecho de comentar a Rafael Quintero, pues se trata de un ecuatoriano superior, da clara fe de ello, el moroso recorrido por todo el país en 1968, como queriendo absorber sus propias raíces, su masterado en Ciencias, su formación en Teoría política, sus dos años de investigación histórica en el Archivo Municipal de Quito, sus múltiples trabajos socio-históricos, entre ellos los muy interesantes sobre Iglesia y Burguesía, por último su honrada militancia desde 1980 en el Partido Comunista Ecuatoriano, al que tantos le han volteado sus camisetas, luego de la Perestroika¹.

Por mi parte, y es necesario decirlo a voz en cuello, he sido un fervoroso defensor del mestizaje y con mi grupo de amigos de la genealogía, hemos llevado adelante la idea del modelo mestizo, con el firme convencimiento de: podemos estar equivocados; podría ser la nuestra; una peligrosa bolsa generatriz; muy conscientes de que lo mestizo, como traducción de impureza, acarrea numerosas resistencias².

* Doctor en Psiquiatría. Investigador e Historiador Social.

- 1 Ver biografía de Rafael Quinteros en: R. Pérez Pimentel: *Diccionario Biográfico del Ecuador*, Univ. Estatal, Guayaquil; y Argentina Chiriboga: *Literatos esmeraldeños: raíces, producción y crítica*, vol. 2, colección SAG, Quito 1996.
- 2 Véase por ejemplo: origen y desarrollo de la genealogía social en el Ecuador, en Los Donoso, Quito 1993, colección SAG. Mírese también, *Antecedentes, acciones...* en volumen 50 SAG, Quito 1991.

EL MOMENTO INTELECTUAL DEL PAIS

En buena hora y en estimables niveles, los intelectuales ecuatorianos -abreviatura que sirve para designar un número plural de personas y así lo dice Ferrater Mora³- vamos dejando la arrogancia de lado y vamos de la mano entre la tradición y el pensamiento crítico. Por ello en el discurso político o social se hace innegable la presencia de lo histórico, como factor articulador preponderante. Es más, la historia está regada no sólo en el discurso de la suma de los aconteceres, sino también en el discurso de la suma de los signos -amplia ventana para comprender al mundo indígena- y está también presente -como lo afirma María Cristina Cárdenas⁴- «en la subjetividad, las mentalidades, las ideologías, los valores... los sentimientos y los temores».

Aún más, lo histórico resulta tan pesado (en términos específicos) que la caída del Socialismo, revela por sí el enorme peso de los determinismos y de las tradiciones y por otra, la imposibilidad de calcular el futuro próximo. De hecho, hay pues mucha brecha entre un historiador y una bruja.

Así pues, en esta nueva fase del mirar histórico, de hecho ya no interesan sólo los aconteceres políticos -antigua base de las historias oficiales- sino la dinámica, las contradicciones y la crisis de todos los estamentos de las sociedades, tanto antiguas como contemporáneas.

LA LIGADURA INTERNACIONAL DEL ECUADOR

No somos, ni jamás fuimos, un punto perdido en la galaxia. Si bien la identidad y los conceptos de Nación y Estado deben basarse en lo propio⁵, no hay que olvidar el engarzamiento que cada grupo geográ-

3 En Modos de hacer filosofía, Barcelona, 1985.

4 Fray Vicente Solano: estudio crítico, Univ. del Azuay, Cuenca, 1997.

5 La nacionalidad ecuatoriana y su relación con el mito, la realidad y el patriotismo de los historiadores, ponencia en el Seminario Nacional sobre actualizaciones en Historia del Ecuador, organizado por la Facultad de Filosofía de la Univ. Central, pub. en Estudios Históricos Genealógicos. Quito 1988.

fico tiene con el mundo que le rodea. Gunder Frank escribía en 1991⁶, que el mejor procedimiento para comprender a Latinoamérica, era estudiar el sistema mundial que la generaba, teniendo también la obligación de estudiar todo lo que está por detrás de nuestras culturas primitivas, junto implícitamente a la viejísima huella europea y aún africana que vive en ellas. Me adelanto a decir que yo creo en identidad, pero no en pureza.

EL INVENTO DE NACION

He pensado durante muchos años en aquello de Dos mundos contrapuestos, pero siempre me ha saltado una duda numérica: acá llegaron 4 millones de españoles⁷, 14 millones de negros⁸ y aquí estuvieron 80 millones de indios, de tal manera que no fueron dos, sino mínimo tres los mundos, pues no hay que olvidarse de los miles de artífices moros⁹ y de los miles de judíos que contribuyeron a poblar América¹⁰. Por otro lado y luego de leerlo a Hugo Burgos¹¹ he puesto en total duda mi teoría de la contraposición indo-ibérica, aquello fue más bien una coartación en todo el amplio sentido de la palabra. Conviene además revisar algunos conceptos:

Se ha dicho que las Culturas Andinas no prohibían la libertad, los gustos y los placeres. Mas, dudo en lo de libertad, pensando que los españoles no eran lo contrario, sino que vivían una doble imagen de la

6 Another look at history, 1991.

7 Una buena aproximación la trae Peter Boyd Bowman en: Estudio histórico geográfico sobre 40.000 españoles pobladores de América en el siglo XVI, dos vols. que representa un muestreo, tal que sólo figuran 5 de los 204 fundadores de Quito. Ver también: Diccionario Histórico Biográfico de los conquistadores del Perú, por José Antonio del Busto, Lima 1991 y 1992.

8 Germán Colmenares: Popayán, una sociedad esclavista, La carreta, Bogotá 1980.

9 José Gabriel Navarro: Artes Plásticas Ecuatorianas, México.

10 F. Jurado: Lo árabe y lo judío en el tradicionalismo ecuatoriano, en Revista 20 del Archivo Nacional de Historia, Quito 1982. Ver también Daniel Mesa Bernal: Los judíos en la Nueva Granada, Medellín 1996.

11 El puma y el amaru, Abya Yala, Quito 1996.

prohibición y de la práctica contraria. En nuestra obra *EL CHULLA QUITENŌ* (1991) creemos haber ahondado en esta contradicción de los hispanos, que tanto moldeó el alma mestiza del latinoamericano.

Se ha dicho también que vinieron con otra lengua, con otra cultura, otra ideología, otra ética y otra estética. Creo que en parte sí, aunque muchas áreas se convalidaron, sobre todo en lo estético (tan brillante allá como aquí). En otras no hubo ni siquiera tocamiento, pongo al azar lo que pasaba en cuanto al sentido sobre la muerte: una función ética para los europeos, un rito para el mundo andino.

La evangelización fue falsa, fueron realmente conversiones superficiales y defensivas. Creencias, cultos y ritos se quedaron intocados. Julio Terán Dutari¹² habla con erudición de un sincretismo y aún Max Weber¹³ afirma que en el Cristianismo hay un politeísmo latente. El peruano Emilio Romero ha escrito estas alentadoras frases: «Los indios vibraron de emoción ante la solemnidad del rito católico. Vieron la imagen del Sol en los rutilantes bordados de las casullas... Así se explica el furor pagano con que las multitudes indígenas vibraban de espanto ante el señor de los Temblores, en quien veían la imagen tangible de sus adoraciones... Más tarde, ellos mismos levantaban sus aparatosos altares de Corpus Cristi llenos de espejos con marcos de plata repujada, sus grotescos santos y a los pies de los altares, las primicias de los campos».

Entonces empezó a gestarse un Ecuador discontinuo, regional y dividido, aún ahora de tipo colonial, donde la conformación de lo nacional es un reto, no una realidad.

EL ESTADO INCOMPLETO

Varios elementos han coadyuvado desde el siglo XIX para darnos una imagen de Estado incompleto: la configuración del país por estamentos sociales atípicos, la presencia de 4 cabeceras regionales -

12 Ver su ponencia en las Memorias del Encuentro organizado en Ambato por la Casa de Montalvo en 1992, publicado en 1994.

13 Economía y Sociedad.

incluida Loja- la inexistencia de un mercado interno (18), y la inexistencia de un régimen consistente de partidos, cuestionan entre otras cosas y de manera severa, la presencia del Estado completo. Es más, nuestra burguesía fue en realidad una seudoburguesía, pues jamás movilizó un proyecto modernizador en contra de la oligarquía retardataria, al revés, sobre todo después de 1895, su actitud ha sido de un conflicto intraclase y de tipo dominante¹⁴.

Desde lo histórico y por nuestra vieja relación colonial, es también dudosa la presencia del Estado Español como ente unificador en sus colonias, debido a su complicada pirámide social¹⁵, a su naturaleza seudoafricana y de tipo improductivo y a sus diferencias zonales inmensas, que aún en el momento actual coartan esa posibilidad.

Valga insistir en que desde el punto de vista de los Partidos Políticos, se dio un cierto crecimiento hasta la eclosión del velasquismo y desde 1956 entraron en tal crisis, que por ese lado se ha coartado notoriamente la presencia de un Estado creciente.

Es obvio -y estamos de acuerdo con Quintero- que la noción primitiva de Estado sí viene de independencia, pues ese concepto arcaico se asentaría antes que en Nación, en el de Patria, palabra que se usa ya en la independencia¹⁶ y que significaría la propiedad en pertenencia a una comunidad de sangre, una igualdad de géneros de vida y unas mismas creencias compartidas. Por todos estos parámetros, yo prefiero usar el término conceptual de PREPATRIA, pues aunque la unidad de sangre era real -y eso lo han demostrado los estudios genealógicos abiertos-, no era aceptada aquella, tampoco había comunidad espiritual por los asuntos religiosos, ni eran iguales los géneros de vida, sino profundamente encontrados. De todas maneras en la Independencia empezó

14 Ver los trabajos de María Cristina Cárdenas sobre José Peralta, Cuenca.

15 R. García Alomía: La estructura social en España y América, ponencia en el II Encuentro Internacional de Historiadores, Pasto, octubre de 1989.

16 Recomendamos estos trabajos: Neptalí Zúñiga: Juan Pío Montúfar, 2 vols, Quito 1945; Manuel Ma. Borrero: Quito, luz de América, 1959; Carlos de la Torre: La revolución de Quito del 10 de agosto de 1809, Quito 1962; José Gabriel Navarro: Id, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

el proyecto de Patria y el de Estado, pues empezaron a articularse ideológicamente con algunos pensadores -como Fray Vicente Solano-, para más tarde adquirir una primera figura estable con García Moreno, a través de su autoritarismo, su tradicionalismo ideológico, su positivismo educativo y el desarrollo material que trajo al país¹⁷. Todo esto era un primer esfuerzo en serio, secundario a su formación académica en Francia.

CONSISTENCIA Y VARIABILIDAD DEL CONTROL POR PARTE DE LA ELITE

No hay que olvidar el concepto de Ashin, quien define como élite a los grupos de poder político que representan la parte ejecutiva del poder de la clase gobernante, en cuanto a articulación y al control ideológico, de tal manera que la élite tiene históricamente dos partes: el grupo que figura abiertamente en la posta y el que ordena y que generalmente está por detrás, aunque muchas veces los dos pueden ser parte inequívoca de un todo y además muy público.

Esto valoriza la presencia de grupos medios, satélites en el poder (subgrupos emergentes de la clase media), pero siempre hay que identificar al poder o grupo articulador que está por detrás.

A partir de la Revolución Liberal, se ven cambios de «posta» en la historia política ecuatoriana, pues hacia atrás la clase media estuvo representada por Juan José Flores, en algún grado por Roca (hijo de mulato) y por Urbina, mientras que después de la Revolución la misma clase despegó con Alfaro, Plaza, Lizardo García, Ayora, Martínez Mera, Enríquez Gallo, etc., lo cual no es una simple coincidencia, sino que con el liberalismo esa clase llegó al poder, aunque fragmentariamente¹⁸. Al margen del análisis de qué o quienes estuvieron por detrás de esos caballeros, queda el concepto de que hay un sesgo entre el Ecuador del siglo XIX y el del siglo XX.

17 Ma. Cristina Cárdenas: Oc. sobre Fray Vicente Solano, 307.

18 Véase clases sociales en la independencia, en cuadernos de Historia y Arqueología, Casa de la Cultura, Guayaquil 1982.

EL PAPEL DE LA RELIGION COMO ARTICULADORA O SEUDOARTICULADORA DEL ESTADO

Este es un enunciado que aún no se define del todo y debería ser estudiado con todo detalle por la prevalencia que tiene. Su papel ha sido preponderante alrededor de dos fases:

En el resto de momentos históricos y según Abercrombie¹⁹ las ideologías dominantes no son ni claras ni diferenciadas, ni siquiera articuladas, por eso son fragmentarias, pero en todo caso útiles²⁰. Se acepta que en todo el siglo pasado y aún en este, la religión a través de formas abiertas o encubiertas, tiende a unificar a la clase dirigente y a las capas medias emergentes. En el mundo actual, la creación de nuevas Universidades en el país -siguiendo quizás el modelo colombiano- demuestran la validez de lo enunciado, pues muchas tienen enormes vínculos con la Iglesia.

LO RETROGRADO

Varias analistas como Mella Porras, sostienen que existe en el Ecuador -aún en los grupos de avanzada- una grave tendencia a lo retrógrado, manifestada en el discurso político, en el lenguaje sindical y aún en ciertos grupos indígenas.

Esto se nota en:

Relación discursiva con lo teleológico y el «deber ser».

El dejo de escolasticismo.

La defensa de la estructura de grupo.

La resistencia a la organización colectiva abierta.

En otras palabras, poseemos un gravísimo potencial de tipo impermeable y somos profundamente tradicionalistas en el fondo, de allí

19 La tesis de la ideología dominante, Madrid 1987.

20 El trabajo de Julio Tobar «La iglesia modeladora de la Nacionalidad» recoge esa instancia primera.

la ausencia de grandes revoluciones en nuestra historia y la importancia de la Liberal, en medio de esa desolación libertaria.

PREOCUPACIONES ACTUALES

Aunque Rafael Quintero reconoce que el primer vector de nuestra identidad es la aceptación y el engullimiento de nuestra raíz india, para que sobre ella se asiente lo mestizo y estamos en ello totalmente de acuerdo, quedan muchos criterios que podrían contraponer la tesis indigenista a la tesis mestiza.

En lo que sí no podemos dubitar un solo instante, es en que:

Esta es una Nación en ciernes.

Al indio se le hizo masa, de una manera crónica.

El mundo andino es una realidad, por sobre los problemas de frontera.

Creo finalmente que quizá Rafael y yo, tengamos la razón o quizás que ninguno la tenga.

IDENTIDADES MÚLTIPLES Y ESTADO UNITARIO EN EL ECUADOR

José Almeida Vinuesa*

Para caracterizar la relación Estado-Identidad, hay varios caminos. De entre ellos, Quintero ha escogido la estrategia de la reconstrucción teórica de la evolución del Estado ecuatoriano, a efectos de establecer la forma en que se conformó esta institucionalidad y determinar las características que más han incidido en la constitución del perfil identitario de los ecuatorianos. Este enfoque, en primera instancia, requiere de una precisión, que constituye el punto de partida de este comentario:

Toda reconstrucción histórica, en realidad, es una evocación que se emprende a partir de imperativos del presente, en función de afirmar o desmentir una tesis en boga. En este caso, se trata de definir el tema de las identidades en el Ecuador contemporáneo y, en este sentido, la pregunta que aquí cabe es la siguiente: ¿qué es lo que Quintero busca confirmar al respecto desde su posición y ejercicio de historiador? Para responder, cabe mencionar la intención explícita del autor:

Para él, la construcción del Estado se la hace a partir de determinados polos identitarios. En la situación actual, tal referente es claramente el vector del «mestizaje». Este es esgrimido como discurso oficial, pero con una variante cualitativamente diferente a la de antaño, en tanto se erige como la respuesta a la tesis de la plurinacionalidad del Ecuador, a la que Quintero se adscribe en forma explícita y directa.

* Master en Antropología. Director del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

En forma más cruda, Galo Ramón efectuó este mismo ejercicio en uno de sus escritos¹. Para este autor, todo historiador, en su reconstrucción del pasado, defiende tesis políticas de su coetaneidad, desde luego, en concordancia con el avance del conocimiento de su época, pero siempre buscando abonar argumentos en favor de su posición. Juan de Velasco, por ejemplo, según Ramón, elaboró la historia del Reino de Quito impelido por la necesidad de aportar a la fundación de una «ecuatorianidad en ciernes», en directa contraposición a la amenazante vecindad del Perú. Los historiadores conservadores y liberales hicieron otro tanto a su turno y no es de extrañar que ahora les haya tocado el turno a intelectuales ligados a los movimientos sociales, particularmente al movimiento indígena, quienes han replanteado el enfoque histórico no sólo para llegar a la «verdad», sino para apuntalar una tesis del presente: la de la plurinacionalidad.

Dentro de esta perspectiva se encuentra el esfuerzo de Quintero. Al igual que Ramón y otros intelectuales indígenas o no indígenas ligados a este sector, lo que les interesa es destacar que, desde el fondo de los tiempos, late en el Ecuador una fuerza plural primigenia que, aunque oprimida y silenciada, en la trayectoria que desemboca en el actual Ecuador, ha mantenido gran parte de la riqueza de su diversidad, hasta eclosionar en forma digna en la coyuntura de fin de siglo, obligando a replantear no sólo el esquema político del país, sino también su estilo y talante socio-cultural. Los referentes hispanista y mestizo, como vertiente de una idea de nación monolítica y monocultural, han perdido espacio ante la eclosión de dichos movimientos sociales, los que precipitan su caída y la apertura a la tesis de la multiculturalidad y plurinacionalidad. Esta habría estado subyacente desde el pasado aborigen y estaría reflatando en la actualidad.

Ubicado así el problema, en este comentario se plantea un acuerdo tácito con esta tesis; pero con una salvedad: en el escrito de Quintero hay riesgo de caer en lo que justamente se critica, en cuanto a la caracterización de los «polos identitarios» que se hicieron presentes en nues-

1 Ver RAMON, Galo. **El Regreso de los Runas**, COMUNIDEC/FIA, Quito, 1993.

tra evolución como Estado-Nación. Para el autor, dentro de esta evolución, tanto el «hispanismo» como el «mestizaje» alcanzaron la dimensión de demiurgos mesiánicos, destinados a conformar una totalidad llamada «Ecuador» bajo la égida de un sólo vector cultural o civilizatorio. El primero, bajo la pretensión de alinearlos a la «raza española»; el segundo, con la intención de hacer confluír todas las sangres en una noción sincrética, la mestiza, la que, lamentablemente, sigue aquejada de un sesgo «blanqueador». Esos habrían sido los referentes y los vasos constrictores de la creación de una identidad inacabada y, desde luego, de un Estado Nacional «extrañado» e incongruente con la real situación de su pueblo, ya que, según Quintero, tanto uno como otro, jamás lograron recoger o acoger en la centralizada estatal la diversidad pluricultural de la sociedad civil de lo que ahora se llama Ecuador.

Ahora bien, dentro de esta tónica, Quintero destaca que, a través de los tiempos, ha permanecido latente en la sociedad civil una vertiente plural de valores y tradiciones culturales localizadas en los pueblos indígenas. Desde la perspectiva actual, éstos serían los «portadores de la nacionalidad» genuina. Si bien en principio esta apreciación es correcta (si aceptamos la índole política de tal aseveración), cabe llamar la atención sobre el riesgo de caer nuevamente en una tesis identitaria «esencialista» que ve a lo indígena como un sector predestinado a salvar al Ecuador de su anomia o ambigüedad identitaria o cultural.

Para sortear este riesgo, es necesario acometer una breve reflexión en torno al concepto de identidad², lamentablemente no aclarado en el texto comentado.

La identidad, desde luego, no es esencial ni transhistórica. Es procesual y dialógica: es decir, se construye y reconstruye en la praxis social a partir de la contraposición que una entidad social definida tiene con otras entidades análogas, oposición que, por lo general, se da en torno a recursos tanto materiales y simbólicos que son necesarios para la existencia y continuidad socio-cultural de los involucrados. Dentro de

2 Ver ALMEIDA, José. «Polémica Antropológica sobre la Identidad», en VARIOS, *Identidad y Ciudadanía*, FEUCE/ADES/AEDA, Quito, 1996.

este contexto, cada actor se acoge a su respectivo «horizonte cultural» para premunirse de argumentos y dirimir posiciones ante el contendor. Aquí está, entonces, la clave del conflicto o choque de «culturas» y, desde luego, la matriz de los procesos identitarios.

Ahora bien, la resolución del conflicto en favor de uno de los sectores involucrados y en detrimento del(los) restante(s), provoca, por supuesto, la construcción de un aparato político y cultural que justifique y consolide su triunfo. De allí que, una vez sometido el contendor, el triunfador se ocupe de elaborar los mecanismos de dominio y poder, entre los cuales está la elaboración de LA HISTORIA y la configuración de LA CULTURA, como verdades a las que todo el mundo se debe acoger, todo ello bajo el amparo de un aparato jurídico-político destinado a imponer estas verdades y hacerse obedecer. Desde luego, todo esto tiene sentido en tanto tal mecanismo no es otra cosa que el andamiaje superestructural destinado a respaldar mecanismos de explotación y aprovechamiento de recursos y mano de obra de los derrotados, quienes, a partir de su debacle, pasan a ser desvalorizados, oprimidos, usurpados y discriminados.

Ya podrá colegirse que, en este contexto, la verdad de los oprimidos es silenciada, así como sus valores culturales e identidades. Si esto lo hacemos extensivo a la organización de un Estado a partir de una matriz social pluricultural, no escapará al lector el resultado: el enquistamiento del Estado como un «cuerpo extraño», poco receptivo a las realidades de la base y absolutamente inclinado a respaldar a los sectores dominantes. En términos de Clastres³, el Estado afirma aquí su papel «etnocida», en el sentido de que, por naturaleza, para desarrollarse como tal, debe suprimir los «lazos de sangre» para imponer el «interés general», basado en la «territorialidad». Su rola es establecer el *civitas* por sobre los despojos del *communitas*. Se trata, en definitiva, de disolver la autonomía de los grupos primarios y ponerlos a trabajar para beneficio de los sectores «superiores», los que, desde ese entonces, se

3 Citado por SILLS, Marc. «Etnocidio: un Análisis de Interacción Estado-Nación», en Rev. **América Indígena**, Vol XLIX, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1989.

liberan de la tarea de obtener directamente para sí el sustento, para así dedicarse a tareas propias de su rango superior⁴. Demás está precisar que tal *civitas* no es otra cosa que el vector cultural que acoge y potencia el interés económico de los poderosos en detrimento de los vencidos.

Desde otra lectura, esto quiere decir la supresión de sociedades y culturas que todavía se acogen a estrategias de supervivencia autocentradas o autosubsistentes, a efectos de imponer sobre sus despojos la economía de mercado. Aquí, una vez más, el Estado expresa uno más de sus objetivos: crear mercado interno, lo que no es otra cosa que buscar la disolución de las economías que se le oponen. El imperativo es triple: integrar al país bajo la férula estatal mediante una operación simultánea que busca obtener la integración económica, la subordinación política y la homogeneidad cultural de su población.

Desde el polo opresor, esto es instrumentado como una virtual creación de identidades en negativo, es decir, como la negación de lo indio y negro como referente de identidad, para a cambio imposter una gama de valores que hiperbolizan a lo «blanco», o a su derivado camuflado: lo «mestizo».

Para los pueblos o sectores discriminados, en cambio, sus reprocesamientos identitarios no tienen que ver tanto con la ilusión de constituir un «Estado alternativo», peor con la intención de reponer el incario o cualquier otro «reino prehispánico» creado *ex profeso* por una *intelligentsia* indígena o sus adláteres. Se trata más bien de realineamientos identitarios que son de diversa constitución y alcance. Estas identidades son recreadas en y para enfrentar a todo nivel la opresión política, la sobre-explotación económica y el discrimen étnico-racial, y no para recrear un «ideal andino», la «civilización antigua» o el «estado primigenio», aunque, desde luego, tales referentes constituyan importantes depósitos de saber o «acumulados históricos» que encajan dentro de las estrategias actuales como referentes para la reorganización de la sociedad actual.

4 Ver KRADER, L. y ROSSI, I. **Antropología Política**, Editorial Anagrama, Barcelona, 1982.

Dentro de este encuadre, entonces, se puede analizar el problema de la identidad y el Estado ecuatoriano. En la situación contemporánea, hay que determinar el eje teórico del asunto: la redefinición de identidades se da en seno del replanteamiento contemporáneo del Estado nacional, el que se halla matizado por la irrupción del modelo neoliberal que sustituye al esquema del intervencionismo estatal anterior.

Es decir, la construcción actual de identidades tiene que ser referida a los caminos institucionales que actualmente se han implementado para modernizar y descentralizar al Estado ecuatoriano en coincidencia con el fenómeno de la globalización mundial. No es extraña a la creación de un mercado internacional y de esquemas de política internacional completamente volcados a la nueva estrategia de las multinacionales, tendiente a uniformizar a la población mundial en torno a sus imperativos e intereses.

En ese sentido, el efecto paradójico es evidente: en respuesta a la homogeneización buscada, se tiene más bien la eclosión de las identidades locales, de los «nuevos movimientos sociales», reacios a la centralización, a la homogeneización y a su fusión dentro de la sociedad de consumo masificada.

Esto demuestra que la humanidad, lejos de lo que podría esperarse, sigue fiel a su perfil específico de diversificarse para continuar con su evolución. Como alentador efecto tenemos que el mundo es un escenario para las respuestas creativas y no uno de total subordinación a las fuerzas de la globalización.

Para éstas, estuvo claro que integrar un mercado mundial y abatir las fronteras nacionales constituía un imperativo medular que debía concluir en el fortalecimiento de determinados estados centrales, a costilla de los estados periféricos, a los cuales irónicamente se les pedía «apertura», «flexibilidad», «colaboración». Tal política, sin embargo, tuvo por efecto paradójico el cuestionar a los marcos estatales vigentes y simultáneamente revitalizar a las fuerzas contestatarias en su necesidad de redefinir su relación con la sociedad política sin llegar a plantear su supresión. Desde la perspectiva de nuestro país, se trata de rehacer la

nación, pero sin disolver su perímetro estatal ni alinearla a los imperativos de la transnacionalización de las economías.

Es obvio entonces que aparezcan movimientos sociales más dispuestos a defender la patria, pero reconceptualizándola. No como una entidad monolítica, centralizadora y homogeneizadora, sino como una estructura participativa, descentralizada y flexible; en definitiva, como un espacio institucional que, definitivamente, acoja la diversidad socio-cultural de la sociedad civil, atizada por la globalización.

Este es, entonces, el contenido nacional de los movimientos sociales que cuestionan el modelo de organización estatal y sus políticas de desarrollo. Y desde luego, su idea de cultura e identidad.

Esto no es exclusivo del movimiento indígena. Paralelamente hay otras expresiones similares o análogas en los pueblos negros, en los sectores poblacionales, en las comunidades cristianas de base, en los estratos juveniles, etc. Conforman un abanico de «movimientos de la diferencia» que, lejos de buscar la descomposición del país, más bien alientan su flexibilización y democratización, a efectos de abrir la participación a la particularidad. Esto no implica la atomización o segmentación, sino la conformación de una propuesta de unidad en la diversidad.

Esta es una «nación en ciernes», en efecto, pero no desde una perspectiva negativa, como carencia o debilidad. Más bien en cuanto camino abierto a la reconstrucción identitaria a partir de los imperativos actuales. Por otra parte, ¿qué país no experimenta una situación de transición identitaria? Hasta los más sólidos viven ahora su crisis de identidad, algo que para el antropólogo francés Lévi-Strauss⁵, constituye el «mal del siglo».

En esta medida, estas fuerzas buscan, en su conjunto, además de lo que señala Quintero:

- a) Hacer coincidir la diversidad cultural con un esquema de organización política descentralizada y participativa.

5 Ver LEVI-STRAUSS, C. «Prólogo», en VARIOS, **La Identidad**, Ediciones Petrel, Barcelona, 1981.

- a) Hacer coincidir la diversidad cultural con un esquema de organización política descentralizada y participativa.
- b) La formulación de alternativas de desarrollo afincado en la riqueza de la diversidad ecológica y socio-cultural del Ecuador.

Esto significa, entonces, una nueva propuesta cultural e identitaria. Implica revertir la perspectiva cultural vigente que, paradójicamente, coloca en la cúspide los cánones enajenantes, depredadores y opresores de la diversidad, mientras localiza en el plano de la inferioridad a las pautas culturales que, en cambio, buscan la preservación, la sustentabilidad y la afirmación identitaria en términos más ajustados con nuestra historia, nuestra geografía y nuestra diversidad étnico-cultural. Tal replanteamiento de los valores, en consecuencia, implica eliminar este esquema vertical y sustituirlo por otro que, en cambio, estime a las culturas en una perspectiva horizontal, dentro de un *continuum* que se extiende entre dos antípodas de referencia socio-cultural; es decir, entre aquel esquema de valores que busca la afirmación cultural, la sustentabilidad y la solidaridad social del conjunto de la sociedad ecuatoriana, y aquel que, por el contrario, busca la apropiación individualista de recursos y su uso desaprensivo, sin responsabilidad social ni previsión para las futuras generaciones.

Los diversos sectores o grupos sociales del país, en consecuencia, tienen donde elegir, ya sea entre: a) la apropiación cultural, con todos los efectos socio-económicos que ello implica; o b) la enajenación cultural, como adscripción a imperativos externos a nuestra realidad. Al Estado actual entonces le corresponde justipreciar estas posibilidades y rediseñar su intervención en función de esta disyuntiva. Parafraseando al antropólogo mexicano Bonfil Batallas, se trataría de optar entre la afirmación del «Ecuador profundo» o quedarse atrapado en la maraña del «Ecuador ilusorio». Más todavía si ahora esta contradicción empieza a expresarse en toda su crudeza, justo en un momento en que aquellas voces silenciadas empiezan a hacerse oír, sobre todo, para defender su última oportunidad de recuperarse como pueblos dentro de la actual sociedad ecuatoriana.

coexistencia pacífica. En realidad, es una pluralidad que coloca a las diversas culturas en un eje jerarquizado, donde la cultura oficial es colocada como «superior» y las restantes, como «inferiores» o subordinadas a la anterior. Desde allí se ejerce presión por disolverlas, claro está, en concordancia con la necesidad de desmadejar a las sociedades que se acogen a sus parámetros y así servirse de sus recursos y trabajo. Ese es el mensaje que se transmite a diario y a través de los medios tanto oficiales como privados. Mensaje que, por lo demás, es tremendamente efectivo, ya que incluso se inmiscuye en las fibras emocionales, a partir de sus devaneos racistas. Esto es, en tanto que la democratización política y el mestizaje como correlato cultural, esconden un velado deseo de «blanquearse» o adscribirse a los parámetros socio-económicos de la sociedad de mercado modernizante e industrializante, como panacea de superación y afirmación identitaria, cuestión que, al no ser posible que se cumpla a fondo, genera un sentimiento de frustración personal y grupal que, por último, tiende a desfogar tensiones en contra de quienes expresan directamente lo que en el fuero interior de cada quien se tiende a repudiar.

La opción es establecer una posibilidad de aceptar la diversidad desde una óptica de la interculturalidad. Es la política del reconocimiento de la diversidad. Es decir, la búsqueda de códigos comunicacionales compartidos que no nieguen la particularidad de cada quien, sino que la aprovechen como riqueza básica para alternativas de desarrollo que acojan las necesidades, planteamientos y conocimientos de todas las entidades socio-culturales que conforman este país.

El Estado actual, si hace un esfuerzo por acoger la diversidad de la sociedad civil, acierta, y no sólo en cuanto a la redefinición del modelo económico, sino en cuanto a la afirmación identitaria, ya que se rompería el trauma de la «nación inconclusa» para pasar a la perspectiva de la nación múltiple. La que tampoco tendría que ser tomada como «definitiva», sino como una matriz versátil, múltiple, flexible y propia que potencie, suscite y concrete un porvenir más digno para los diversos pueblos que forman parte del Ecuador.

IDENTIDAD NACIONAL Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

PONENCIA:

COMENTARISTAS:

Lic. Jorge Ortíz

Dra. Marena Briones

Dr. Jaime Costales

IDENTIDAD NACIONAL Y MEDIOS DE COMUNICACION

Jorge Ortiz*

Sabios los griegos del siglo de oro, hace dos mil quinientos años, exaltaron para siempre al heraldo que después de atravesar valles y montañas, durante días, llegó a Atenas a dar la noticia magnífica de la victoria de Maratón sobre los persas y que, al darla, cayó muerto, rendido por el esfuerzo desmedido. Para él hubo loas y alabanzas, algún monumento, días de celebración y entusiasmo.

¿Exageración propia de una antigüedad propensa en exceso a encontrar héroes y a magnificar victorias?

Los reyes de Oriente, a su vez, mandaban a ejecutar sin contemplaciones y sin fórmula de juicio a los mensajeros portadores de noticias malas. Era una especie de exorcismo rápido y sangriento, que expulsaba al demonio de los anuncios desagradables con la fórmula infalible de matar a sus correos.

¿Exageración, también, propia de pueblos bárbaros, que rendían más culto a la muerte que a la vida?

Quién sabe lo uno y quién sabe lo otro. Lo cierto es que, ya sea para llenarlos de honores o para decapitarlos de un tajo, a los portadores de las noticias se solía -ya entonces- identificarlos con las noticias

* Licenciado en Ciencias Políticas. Periodista de prensa, televisión y agencias internacionales de noticias.

mismas: ellos valían (y vivían) si las noticias que portaban eran felices, pero eran despreciados (y exterminados) si sus nuevas eran tristes.

Con el paso de los siglos, los portadores de noticias pasaron de su versión original, el mensajero, al periodista de los tiempos actuales (o, como ahora se los llama, en una expresión palabrera y relamida, «comunicadores sociales»). Claro que del mensajero portador de noticias, de hace veinticinco siglos, al periodista contemporáneo que las resume, las pone en contexto, las interpreta y hasta la comenta hay un trecho grande y notable. ¿La diferencia primordial será, tal vez, que las manipula?

Hay quienes sostienen, en efecto, que los medios modernos de comunicación (y de manera muy especial la televisión, que es el más masivo y por lo tanto el más contemporáneo) no responden a las preferencias profundas de la gente, sino que las manipulan. La teoría (esa teoría) es que el periodismo, más que reflejar al público, lo condiciona y, por añadidura, más que buscar la verdad, ejerce un poder.

Es decir que, como escribió Aldous Huxley, parodiando a Winston Churchill, «nunca tantos han sido manipulados tanto por tan pocos...». En fin. Hay quienes, inclusive, equiparan la acción manipuladora de los medios de comunicación con la publicidad comercial más insistente y agobiante.

Según esta teoría, la demanda no precedería a la oferta (de, por ejemplos, ropas finas, cigarrillos, perfumes, licores, teléfonos celulares, computadoras, grabadoras de video o pasajes aéreos), sino que sería la oferta, a través de una propaganda abrumadora, la que condiciona los gustos y las necesidades de la gente, hasta crear una demanda: si a usted le dicen, día y noche, con mensajes atractivos e imágenes sugerentes, que tal automóvil es sinónimo de exclusividad, buen gusto, elegancia y seguridad, usted terminará por querer ese automóvil (y hará sacrificios inauditos, con deudas espantosas e impagables, para comprarlo).

Del mismo modo, siempre según esa teoría, el periodismo manipula a lectores, oyentes y televidentes para meterles, con perversidad y

sutileza, escalas de valores y marcos ideológicos, mediante un manejo hábil y retorcido de noticias, interpretaciones y comentarios. El público, llevado de la mano por los medios, termina por ser cautivo del periodismo, como es cautivo de la publicidad comercial.

Claro que esta teoría, tan difundida en estos tiempos de argumentos fáciles y frases de impacto, tiene por lo menos dos enormes puntos vulnerables.

El primer punto vulnerable es que esa teoría parte del supuesto, sin ninguna duda errada, de la existencia de una conspiración vasta y malvada de los medios de comunicación, de todos ellos, para convertir al mundo entero en un rebaño gigantesco y dócil, que lee, escucha y ve sin juicio crítico ni capacidad reflexiva.

El segundo punto vulnerable es que esa teoría es casi imposible de creer. Así de simple. Y es que cualquiera que conozca el mundo periodístico sabe que, en vez de prevalecer los acuerdos y las compendias indispensables para la conspiración, en él predomina la competencia, acaso como en ningún otro ámbito de la actividad económica de las sociedades democráticas. La obsesión de cada medio es derrotar al rival. Si de algo se puede acusar al periodismo libre es, más bien, de su obsesión por circular más, por captar más audiencias, por subir puntos en el «rating». En vez de confabulación hay, casi casi, hostilidad.

Sí: en vez de manipular al público, desde despachos lujosos donde se decidirían gustos y valores, los periodistas luchan a brazo partido, desde muy temprano en la mañana hasta muy tarde en la noche, por obtener los favores de ese público. La pelea es en cada noticia, en cada titular, en cada fotografía, en cada encuadre de cámara, en cada inflexión de voz del locutor, en cada entrevista... Y así todos los días, 365 veces cada año.

Entonces, la acusación podría ser, tal vez, de demagogia: hay quienes, pluma, micrófono o cámara en mano, pueden caer en la tentación atroz de dirigirse a sus públicos sin apelar a sus más altos sentimientos, sino a sus más bajos instintos. Allí están el sensacionalismo, el

amarillismo, el rojismo y todas las demás formas de periodismo torcido y exacerbador, llenas de sangre, escándalos y espantos.

(Cabe recordar, más como anécdota que como algo pertinente al tema, que en la Grecia antigua -donde empezó este escrito- ya Aristóteles se preguntaba, perplejo y sin respuestas, por qué a los atenienses les apasionaba ir al teatro a ver las tragedias de Esquilo o de Sofocase, repletas de horrores sin nombre.)

Y si bien los medios sensacionalistas (o al menos los espacios de escándalo y alboroto, inclusive en los medios más respetables) tienden a extenderse y multiplicarse, como peste medieval, todavía son menores, en número e influencia, a los medios serios, que compiten sin trampas ni zancadillas por atraer al público con la noticia más veraz, el reporte más oportuno, la entrevista más reveladora y el comentario más certero.

Claro que, por otra parte, la prensa ya dejó de ser simple observadora, como mandaban los cánones de la tradición, para adquirir roles protagonicos cada día más evidentes. Entre el «Times» de hace dos siglos, nacido en Londres con la consigna de ser -la voz de Inglaterra-, sin partido ni militancia, y cualquiera de los medios modernos, que opinan, se meten y dan pelea, aquí y en todas partes, hay una distancia sobrecogedora.

El cambio se remonta a los años sesenta, de este siglo. Hasta entonces, ser independiente para un medio de comunicación significaba ir a los dos lados de la noticia, buscar las dos versiones: conservadores y laboristas en la Gran Bretaña, demócratas y republicanos en los Estados Unidos, conservadores y liberales en el Ecuador de la primera mitad del siglo veinte. Y así sucesivamente.

La situación cambió (primero en los Estados Unidos y desde allí al resto del mundo democrático) con la guerra de Vietnam: los dos lados del conflicto, visto desde adentro de su país, ya no eran demócratas y republicanos, ni sureños y norteños, ni blancos y negros, ni patronos y trabajadores. Todo el -establishment- estaba con la guerra, por necesaria o por inevitable, según las versiones, mientras que al otro lado sólo

quedaban unos grupos de radicales, de objetores de conciencia, de hippies- y melenudos, que fumaban marihuana y repartían flores como protesta contra una guerra a la que consideraban injusta.

¿Qué debían hacer los medios independientes? ¿Dar acaso cobertura igual, como si fueran los dos lados de la noticia, al gobierno, el congreso, la clase media y Wall Street, que aceptaban el despliegue de las legiones en el sudeste asiático como un deber ineludible de una potencia mundial, y a los vagabundos de oficio y los prófugos del servicio militar, que les importaba un bledo la geopolítica y querían que de inmediato los soldados volvieran a casa para que esa guerra horrible terminara de una vez por todas?

Atrapados en el dilema, los medios de comunicación diseñaron una fórmula propia e innovadora: en vez de limitarse a recoger las dos versiones -que en ese caso no las había para fines prácticos- optaron por dar su propia versión de lo que ocurría en Vietnam. Una nueva forma de periodismo independiente estaba naciendo.

Reporteros y camarógrafos viajaron para saber si era verdad que las fuerzas estadounidenses peleaban con técnica y coraje frente a hordas amarillas que se desbandaban en pánico cada vez que sobrevolaba un helicóptero, como decían los partes de guerra del alto mando en Washington, o si los guerrilleros misteriosos del Vietcong daban golpe tras golpe, amparados en la obscuridad y la selva, ante unos soldados norteamericanos desmoralizados y sin ánimo, que las noches se emburtecían con alcohol y cocaína para alejarse de la pesadilla tenebrosa de una guerra sin rumbo, como decían los zaparrastrosos repartidores de flores que se sentaban en los parques para pedir la firma de un armisticio urgente y sin condiciones.

Con los reportes de los corresponsales de guerra (o, mejor dicho, de -esa- guerra) había nacido un nuevo periodismo independiente, que no se limita a buscar las dos versiones, sino que da la suya, propia e institucional, con toda la objetividad y veracidad de la que es capaz cada medio. Y cada medio trata de hacerlo mejor, para ganar prestigio y, claro, lectores, oyentes y televidentes.

En el Ecuador el cambio ocurrió, ya para siempre, con las primeras escaramuzas políticas contra el régimen militar que se extinguió en 1979. Un año antes, en 1978, el diario *El Comercio* ya había tomado partido, de frente y en primera página, en favor de una de las candidaturas presidenciales, sin por eso asumir una bandera partidista al viejo estilo de las publicaciones conservadoras, liberales o socialistas de las primeras décadas del siglo veinte. Seguía siendo (y de hecho siguió siendo) un diario independiente, que anunciaba un apoyo pero no asumía compromisos, no tomaba consignas.

Por cierto, ya por entonces un tropel de reporteros de periódicos, estaciones de radio y canales de televisión se había lanzado, sin acuerdo previo ni consigna de nadie, a acosar a cuanto funcionario del régimen militar se les cruzara en el camino, para forzarlo, a punta de preguntas y repreguntas, a fijar plazos y ritmos para la reimplantación del sistema de derecho. El mensaje implícito y unánime era clarísimo y lo recibió todo el Ecuador: el avance hacia la democracia era lo positivo y deseable y el estancamiento en la dictadura era negativo y repudiable. Y punto.

En el Ecuador (como antes o por entonces en casi todo el mundo), el periodismo había dejado de ser observador distante para convertirse en protagonista de todos los días. Algunos militares que mucho se despedían y pocas ganas tenían de irse, quedaron al descubierto en sus maniobras de apuro, para tratar de enturbiar el proceso, por la presencia de algún reportero suspicaz o de alguna cámara encendida que pescaba con las manos en la masa, pálidos y tartamudeantes, a los conspiradores de último minuto, algunos de ellos políticos viejos y mañosos, que como siempre querían pescar a río revuelto.

Claro, con semejante acoso, todas las conjuras terminaron por fallar, desarmadas no por una clase política siempre enredada en disputas pequeñas, sino por esos reporteros combativos e incansables con sus tercas preguntas callejeras.

Antes de 1979 la prensa ecuatoriana no era, no había sido nunca, ni mucho menos, amable y cortésana, flexible para las genuflexio-

nes. No. Sus afanes de objetividad e independencia fueron constantes a todo lo largo de este siglo turbulento, desde la revolución alfarista, aunque con su línea editorial de apoyo tranquilo al sistema político y a la estabilidad social.

En la década de los setenta, con el brote a chorros del petróleo y su riqueza antes inimaginable, la estructura económica y social del Ecuador cambió con rapidez y profundidad, en especial por la irrupción de una clase media más amplia, con autonomía y poder, que impulsó el comercio, la industria y, también, el sindicalismo. La prensa ya no se limitó, desde entonces, a reflejar los criterios y las disputas en las alturas del poder, como por lo general había sucedido hasta entonces, sino que empezó a reflejar y a interpretar una trama social mucho más compleja, con intereses cruzados y protagonistas activos, que iban y venían con gran rapidez en los escenarios variados de la política y la economía.

En esos nuevos escenarios no faltaron, desde luego, los grandes intereses dispuestos a tener sus propios medios de expresión de sus puntos de vista particulares y, también, los grupos políticos poderosos listos a penetrar medios y buscar alianzas con cálculos electorales obvios. Y tampoco faltaron, por supuesto, los nuevos estilos periodísticos, truculentos y alborotadores, decididos a armas cualquier trama macabra en busca de ese punto más de sintonía que significa mejores salarios y mayores prebendas. Pero, por ventura, unos y otros siguen siendo más la excepción que la regla, aunque en estos días de tumulto y corrupción estén tan en auge.

No faltan, sin embargo, quienes acusan a la prensa, inclusive a la más analítica y coherente, de poner un énfasis casi morboso en todo lo que anda mal, mientras que nunca o casi nunca le da importancia y realce a lo que marcha bien y por caminos correctos. Lo que, al final de cuentas, equivale a decir que cada periodista, por el solo hecho de serlo, encuentra un regusto alucinante y chueco en las perversiones y miserias del mundo. Sí, eso dicen: los periodistas van por ahí, con todo desparpajo, sembrando el pesimismo y la angustia. Son los heraldos del dolor.

Pero, atención, mostrar no es sinónimo de alentar. Más aún, cuando el periodismo señala el mal, lo apunta y evidencia, su trabajo lleva implícita una crítica y, de paso, una alternativa obvia: aquí está el mal, pero también hay un bien posible. Algo así como el médico que le dice a su paciente que hay una enfermedad. ¿Está ese médico sembrando el pesimismo y la angustia, o le está diciendo a su paciente que ha llegado la hora de tratarse y curarse, tal vez inclusive de cambiar de vida, para recuperar la salud perdida?

También se dice, y cada día más, que a veces el periodismo es una profesión (o, mejor, un oficio) para fisgones. Y es que, ¿no tienen acaso los ciudadanos el derecho a preservar su intimidad del escrutinio diario de los medios de comunicación?

En los últimos años de este siglo, como nunca antes había sucedido, algún micrófono inoportuno aparece en cada charla privada, alguna cámara apunta en cada alcoba cerrada y algún reportero espía en cada sesión reservada. ¿Es eso fisgoneo vulgar y despreciable o es el cumplimiento fiel del reclamo público de saber todo de los personajes deslumbrantes?

No hay, al menos por ahora, una respuesta final y convincente. Unos defienden con pasión el derecho a la intimidad de toda persona, sea cual fuere su posición u oficio. La privacidad es sagrada. Otros consideran que el ingreso a la vida pública, en especial a la política, conlleva una renuncia tácita a la privacidad y la reserva. ¿Tiene o no tiene un candidato presidencial, por ejemplo (y peor aún un jefe de Estado), el derecho a pasar una noche con quien quiera o pueda, por clandestina y subterránea que sea esa relación? Y, a la vez, ¿tiene o no tiene la prensa el derecho (y hasta el deber) de contarle al público en que anda y con quién anda la persona que conduce o aspira conducir a su país?

El hecho cierto y rotundo, más allá de todas estas especulaciones sobre actitudes y procederes, es que la prensa independiente y pluralista es uno de los contrapesos indispensable en toda sociedad democrática. En efecto, la intuición central de la doctrina liberal (que hoy impera en

casi todo el mundo, empezando por los países más avanzados) es que sólo la dispersión del poder previene y evita los abusos del poder. Así de claro. Por eso la división clásica del poder político estatal en funciones ejecutiva, legislativa y judicial, independientes y autónomas. Por eso, también, la propiedad y la iniciativa privadas, como contrapesos del poder económico estatal. Por eso, además, la lucha imprescindible contra todas las formas de monopolio, público o privado, que es otra forma perversa de concentración (y por lo tanto de abuso) del poder.

Así, el periodismo independiente (mal llamado «el cuarto poder») es en realidad el primer contrapoder del Estado. Sí: un país balanceado, que al mismo tiempo asegura la autoridad y la libertad, es aquel en el que, por fuera de sus mecanismos institucionales, actúan contrapoderes que aseguran que la autoridad se ejerza dentro de límites razonables y, al mismo tiempo, que la libertad no degenera en caos y en sálvese quien pueda.

Es así que, inclusive en los países en que se ha acusado a la prensa de haber acumulado poder excesivo, la labor del periodismo no ha debilitado la institucionalidad sino que la ha reforzado y consolidado, al poner a prueba -con sus denuncias veraces y sin escándalo inútil- la fuerza de sus instituciones y su capacidad para procesar por sí misma sus contradicciones y conflictos.

Claro que, a su vez, el poder de la prensa (como todo poder) reconoce límites morales y respeta fronteras legales, cuyo traspaso implicaría el ejercicio arbitrario y egoísta de una posición de privilegio e influencia.

Y, de hecho, en el Ecuador (con las excepciones que nunca faltan, en todo) la prensa ha cumplido una función «anticíclica»: ha sido un freno vigoroso para los excesos del poder político, en tiempos de regímenes de fuerza, y ha sido fuente de prudencia y sosiego, en tiempos de confusión y desorden por debilidades de la autoridad.

Con esa labor, a través de los años y de manera singular durante las dos décadas últimas, la prensa ha contribuido de manera significati-

va a la consolidación del sistema de derecho, con todo lo que ello implica en convivencia civilizada, en formas democráticas de organización y en respeto por los derechos, garantías y libertades propios (y privativos del sistema.

Claro que en materia de identidad queda casi todo por hacer. En una encuesta, hecha en 1995 por uno de los más reputados institutos de medición de la opinión pública, se pidió al universo investigado (representativo de la sociedad ecuatoriana) que mencionara las veintinueve provincias del país. El resultado, revisado y comprobado, fue espantoso: tan sólo el cuatro por ciento (sí: 4 %) pudo mencionar al menos diez provincias...

Por entonces, el once por ciento de los encuestados no pudo dar el nombre del presidente de la república (que era Sixto Durán Ballén) y apenas el seis por ciento supo cuántos eran los ministerios (que eran catorce) en que estaba dividido el poder ejecutivo. Además, casi la mitad de los jóvenes de entre 18 y 25 años aseguraron estar dispuestos a emigrar, tal vez para siempre, si se les presentaba la oportunidad de viajar (y entrar) a países tales como Estados Unidos, Australia y Venezuela.

¿Qué país es este, en que una mayoría peligrosa de sus habitantes no sabe cuáles son las provincias, quién es el presidente, cuántos ministerios hay ni cuál es su porvenir y, por consiguiente, quiere irse a probar fortuna, de urgencia y para siempre, casi en cualquier parte? ¿No es esa, acaso, una expresión de falta de identidad nacional, es decir de individualidad y reconocimiento como nación? Alguien podría inclusive preguntar, sin ningún sarcasmo, si el Ecuador -que ya es país y es Estado- ha llegado al fin (o está llegando) a ser nación. ¿Qué se le podría contestar?

Está claro, por lo pronto, que en el Ecuador hay, superpuestos, dos ecuadores: el Ecuador urbano, de clase media, con niveles tolerables de ingresos y de educación y con algún porvenir en el horizonte, y el Ecuador rural, marginal, que bordea el analfabetismo y la miseria y que tiene clausurado el porvenir. Y entre los dos ecuadores, a pesar de vivir uno junto al otro, en un territorio pequeño y de población densa,

hay un abismo de valores, creencias, reacciones, actitudes, procederes, prejuicios y temores.

(En Francia, y valga aquí otro paréntesis, se distingue con asiduidad al «país real» del «país legal». El «país real» es la Francia eterna, la depositaria de una grandeza de siglos, centro de todos los amores y de las lealtades de hierro, que es querido, respetado y defendido con pasión. El «país legal» es la Francia de las leyes tortuosas, de los políticos codiciosos, de las regulaciones abundantes y de la burocracia frondosa, merecedora a diario de desprecios comunes y de aborrecimientos generalizados.)

Entre el un Ecuador, el de la mitad hacia arriba de la pirámide, la presencia e influencia de los medios de comunicación es diaria y substancial. Esa parte del país está integrada a las modernas sociedades de masas, que se comunican a diario a través, ni más ni menos, de los medios de masas: los diarios, las revistas, la radio y, claro, la televisión. Y, por cierto, la reproducción ideológica también ocurre por esa vía, mucho más que por cualquier otra.

En el otro Ecuador, el de la mitad hacia abajo de la pirámide, la presencia e influencia de los medios masivos de comunicación es muy inferior, a pesar de los mitos todavía subsistentes sobre la penetración de la radio, que en realidad -según dicen quienes han investigado el tema con cierta profundidad y sin prejuicios- es más un medio de entretenimiento, casi un compañía, que un vehículo de comunicación y, peor aún, de reproducción ideológica. La reproducción ideológica se da, más bien, por contactos personales, por tradiciones familiares y, también, por presiones nocivas de quienes, por relaciones de trabajo, pueden influir en votos y movilizaciones.

Estas distancias se vieron con claridad resplandeciente en los doce meses -días más, días menos- transcurridos desde el inicio a fondo de la campaña electoral presidencial anterior y la cesación del presidente Abdalá Bucaram, es decir entre febrero de 1996 y febrero de 1997.

Los medios de comunicación estuvieron, en general, no alineados con Bucaram (aunque tampoco lo combatieron con belicosidad y

más bien se limitaron a recordar sus pasos anteriores, tan tormentosos por el poder público, y también a destacar las contradicciones, tan evidentes, entre su prédica en favor de los pobres y la opulencia agresiva de su vida y de sus amistades).

Esa labor, a pesar de sus fundamentos sobrados, impactó poco casi nada, en «el Ecuador de abajo», al que, según se vio en los resultados de la votación, el mensaje de advertencia llegó sin contundencia. Bucaram ganó con 2,4 millones de votos y, sobre todo, ganó en todas las áreas rurales, en todas las zonas pobres o empobrecidas, en todas las provincias pequeñas y distantes y, en fin, en todos los grupos poblacionales con niveles de ingresos próximos a la pobreza o a la indigencia. Su rival, el socialcristiano Jaime Nebot, ganó a duras penas, y con dificultades, en Quito, Guayaquil y Ambato, lo que sin duda constituye un dato elocuente y revelador.

Pero transcurrida la elección y con el nuevo gobierno en funciones, la labor diaria de la prensa cambió con rapidez el talante nacional, que fue al principio de expectativa ansiosa ante los planes anunciados. La diaria información, con testimonios gráficos de una contundencia de espanto, sobre corrupciones masivas, escándalos sin nombre, abusos a granel y frivolidad convertida en política de Estado, llevó al «Ecuador de arriba» a movilizarse con indignación creciente, hasta llenar las calles de gente que pedía a grito herido que Bucaram se fuera de una vez por todas, llevándose consigo a sus parientes, a sus compadres y a sus procedimientos.

Es decir que los medios de comunicación, desde la prensa más austera y analítica hasta las radios más plebeyas y proletarias, llegaron con éxito y eficiencia (y llegan a diario) al un Ecuador, el de arriba, el que decide la política desde el día siguiente de las elecciones, mientras que se quedaron en el camino con su mensaje al otro Ecuador, el de abajo, que por número es el que decide las elecciones, pero que, concluido el sufragio, pierde peso específico en las grandes decisiones de Estado, aún de aquellas que inciden en su vida.

Lo grave es que esas dos mitades de un solo todo, estando superpuestas, están cada vez más lejos: se apartan en vez de acercarse. El un

Ecuador se mete resuelto en la modernidad (y algunos grupos de élite bordean la postmodernidad del siglo veintiuno), mientras el otro Ecuador sigue frenado a raya, en el atraso y las pobreza del siglo diecinueve.

Y no es tan sólo una distancia tecnológica, de informática, telecomunicaciones y satélites, sino de prejuicios, atavismos y represiones. La una mitad piensa en economías abiertas y mundos globalizados, mientras el otro se contenta con la repetición sin pruebas ni beneficio de inventario de lemas sonoros y sin contenido, que dejaron de tener sentido hace mucho tiempo -por inútiles y perjudiciales- en cuanto sociedad ha logrado el progreso sostenido y la distribución equitativa (no igualitaria) de derechos y deberes, de esfuerzos y beneficios.

Al alejarse cada vez más, los dos ecuaadores tienden a desconocerse un poco más cada día. Pero, ¿como reconocerse (requisito *sine qua non* para el surgimiento de la identidad nacional) si no pueden al menos conocerse...? El conocimiento es el primer paso, siempre, hacia el reconocimiento.

Allí está, acaso, el gran reto de los medios de comunicación para los años próximos: llegar con su mensaje a los dos ecuaadores, al de arriba y al de abajo, al urbano y al rural, al que bordea la miseria y al que se acerca a la prosperidad, para que, conociéndose, los dos ecuaadores se reconozcan y, reconociéndose, se vuelvan uno solo, estructurado y con porvenir, y así surja con vigor y se afiance sin barreras esa identidad nacional que hoy es difícil de describir con claridad y de distinguir sin confusiones.

¿Lo lograrán? Quien sabe. El tiempo lo dirá. Y el tiempo vuela.

IDENTIDAD NACIONAL Y MEDIOS DE COMUNICACION

Marena Briones Velasteguí*

Aquí estoy, desde mi lugar en el mundo y desde mi propia visión sobre él, integrando, como comentadora de la ponencia que acabamos de escuchar, un panel que probablemente se perfila por divergentes y sugerentes derroteros. Las disquisiciones que Jorge Ortiz acaba de compartir con nosotros acerca de esa aún indeterminada vinculación entre identidad nacional y medios de comunicación, por lo menos para mí, han constituido un interesante y suscitador estímulo para el debate y la reflexión.

El hecho de que Jorge se haya colocado más bien en el lado reivindicador del rol social que juegan los medios de comunicación, sin duda me ha facilitado el desplazamiento hacia una respetuosa confrontación. Porque, al aceptar esta tarea -cuya invitación sinceramente agradezco- asumí íntimamente el desafío de problematizar algunos aspectos, con el propósito de soltar las amarras que suelen detener el vuelo del pensamiento. Hoy, más que nunca, y particularmente en nuestro país, se ha vuelto imprescindible un ejercicio constante de la actitud crítica. No para negar o contradecir todo por el prurito de hacerlo, ni para convertirnos en unos escépticos empedernidos, sino, precisamente, para descubrirnos y rearmarnos como nación, como mundo, como barrio, como ciudad, como grupo, como persona.

* Doctora en Leyes. Profesora de la Universidad Católica Santiago de Guayaquil. Miembro del Movimiento de Mujeres de Guayaquil. Editorialista de los diarios Hoy y El Telégrafo.

De cara a los contradictorios síntomas de esta época y, en el Ecuador, a partir de los sucesos de los primeros días de febrero, cada día estoy más convencida de que los afanes intelectualmente totalizadores y las búsquedas de verdades únicas deben explotar en mil pedazos, para deshacernos de la visión unilateral de la historia y empezar a vislumbrar un armónico mosaico de seres humanos diversa, pero colectiva y esencialmente satisfechos.

Por eso y aunque a ratos le ponga rotunda fuerza a mis palabras, quiero anticipar que, con lo que continuaré diciendo, solamente quiero mostrar otro rostro de una realidad compleja, difícil y a veces hasta caótica. Planteo que no se trata de quién tenga la razón, porque en parte la pueden tener comentado y comentadora o ninguno de los dos, sino de cómo cada una y cada uno de nosotros elabora, a partir de otras opiniones, de otros juicios y de otras percepciones, su propio sentido de las cosas.

Y es, justamente, por este hilo, por el de la construcción de sentidos, por el cual comenzaré discuriendo. Jorge nos ha lanzado, de entrada, una interrogante: ¿Manipulan los medios? Como no sería útil repetir la clara elaboración con la que él mismo se contesta, voy a tomar el toro por los cuernos y a responder que sí, los medios manipulan y, además, añadiré que, con mayores o menores grados, ninguno se salva. En mi opinión, estas aseveraciones son fácilmente demostrables. ¿Quién se atrevería a rebatir, en estos días, que la información es poder? Creo que nadie. ¿Qué es lo que básicamente administran los medios? Pues, información. Y cuando digo administran, quiero decir que tienen acceso directo y casi inmediato a ella y que tienen la potestad de seleccionarla, clasificarla y distribuirla. Al hacerlo y no obstante que todos los medios no están en igualdad de condiciones, nos guste o no nos guste, la manipulan. Quizá lo que sea necesario aclarar es qué entendemos por manipulación. El problema es que -y Jorge incurre en él- como sucede con tantas otras palabras, esta, «manipulación», ha terminado por ser entendida siempre como portadora de una mala intención o de una intención siniestrante oculta. No es que no la posea a veces, pero no es requisito *sine qua non* de su significado.

20016 Todos y todas, consciente o inconscientemente, pretendemos algo con lo que decimos o con lo que hacemos y, también, por supuesto, con lo que silenciemos u omitimos hacer. El lenguaje, hablado, escrito, gestual o icónico, siempre cumple una función, la de comunicar algo, y en ese comunicar va puesta nuestra huella, querámoslo o no lo queramos. ¿Por qué los medios, cuyo control está en sus propias manos, estos, en las de sus propietarios y, aunque no totalmente, en las de sus reporteros, entrevistadores, camarógrafos, conductores, editores o redactores, van a ser una imposible excepción? ¿No sería más fructífero y sincero que los medios y sus propios protagonistas reconocieran la capacidad que tienen para moldear la realidad, para recrear valores e ideología, para reforzar prejuicios y estereotipos, para configurar la opinión pública? No digo, de ninguna manera, que ellos sean los únicos vehículos culturales que gozan de esa potencialidad. La comunicación misma es mucho más que solamente la televisión, prensa y radio, únicos medios de los cuales estamos tratando. Pero es indudable que esos tres paradigmas de la comunicación social, cada uno en su momento y los tres juntos en el presente, más las actuales novedades tecnológicas en telecomunicaciones, han contribuido y contribuyen a la transformación de nuestros modos de vida, de nuestros intereses, de nuestros sistemas de racionalidad, de nuestros gustos y hasta de nuestros sueños. Un solo ejemplo sirve de muestra: ¿Qué sería de la globalización sin las telecomunicaciones y sus primeros usuarios masivos, los medios de comunicación? ¿Cómo sustraernos al pretendido imperativo de globalizarnos, si a través de los medios de comunicación, especialmente de la televisión, se ha globalizado hasta la privacidad de nuestras vidas?

Si los medios y sus ejecutores admitieran sin temor y públicamente el poder que tienen y el riesgo y la responsabilidad que ello conlleva, quizás, entonces, empezaríamos a tender puentes entre unas y otras expectativas, entre unas y otras necesidades, entre unas y otras utopías. Quizá, entonces, ellos podrían traspasar la línea de batalla y verían lo que los demás, los otros, vemos. Porque es cierto que compiten, eso es indiscutible. Se palpa, se observa y también se sufre «esa lucha a brazo partido para obtener los favores del público», de la que habla Jorge. No es que desconocemos ese esfuerzo, ni que menospreciamos la tenaci-

dad y el sacrificio que impone la labor periodística. Es que deseamos escarbar más en el fondo. Nos interesa diseccionar cómo compiten, desde dónde compiten, con qué estrategias compiten, sobre qué compiten y, especialmente, cuál es la idea de público que moviliza esa competencia.

Temo que un decisivo componente de ese masivo y heterogéneo público está dado por la publicidad, no mala en esencia, por supuesto, pero sí clara y generalizadamente influida por un parámetro netamente mercantilista. ¿Cuántas veces un programa ha debido rendirse ante el hachazo del retiro o de la ausencia de auspiciadores? ¿Cuántas promisorias iniciativas han quedado pegadas en el papel de los proyectos, porque no son «rentables»? ¿Cuánta producción nacional en comparación con la internacional nos ofrecen los medios locales? ¿Cuánto esfuerzo se ha puesto y qué se ha logrado en diseñar modelos de comunicación más acordes con esa pluralidad de la que estamos hechos?

No me parece que la demagogia sea solo pecado del amarillismo informativo. Por supuesto que este la lleva casi hasta los extremos, pero, en un determinado nivel, todos los medios son demagógicos. Con bastantes posibilidades de éxito, podríamos ubicar las orientaciones ideológicas o pseudo ideológicas que defienden los medios de comunicación con mayor peso o sus más afamados intermediarios. Y esto no tiene nada de raro, ni debe sorprendernos, ni es necesariamente recriminable. Todo sujeto y toda organización bien montada tiene su propio punto de vista, su determinada concepción del mundo su personal apreciación sobre la realidad o parte de ella.

Por el contrario, pienso que en ese distanciamiento de los dos «ecuadores» de los que nos ha hablado Jorge, mucha responsabilidad han tenido nuestros medios de comunicación. ¿Han estudiado ustedes qué imagen de nuestro país y del mundo nos muestran los medios? ¿Creen ustedes que los medios nos proporcionan suficientes datos, suficientes elementos, para tener una idea más o menos cabal de lo que es el Ecuador, de lo que somos como pueblo? ¿No les parece, por ejemplo que al un Ecuador, el que Jorge considera resueltamente inserto en la modernidad, le llegan los mensajes más por la prensa y la televisión, y

que al otro, el que vive en el atraso, en la pobreza, le llegan más por la radio? ¿No les parece, también, que es una ilusión pensar que un mismo mensaje es recibido de la misma manera por distintos, en este caso bastante distintos, receptores? Ya Humberto Maturana, estudioso de la práctica de la comunicación, ha dicho -y me adhiero a su tesis- que quien escucha, escucha desde lo que es. ¿No habrá, en la respuesta a estas preguntas, tal vez un atisbo de explicación al fenómeno Bucaram y, en particular, al fracaso que -según Jorge- tuvo la advertencia de los medios en el «Ecuador de abajo»?

¿Han reparado, por otro lado, en qué hechos son noticias de primera plana y cuáles son desplazados a la quinta, sexta o séptima página, o a la sección supuestamente especializada? ¿O se han detenido a contar los segundos de tiempo que se le concede visualmente a determinada noticia y no a otra, o a determinado personaje y no a otro? ¿O en cómo los titulares proporcionan una visión de los hechos y la redacción noticiosa, otra?

¿O en qué parte de la realidad, del personaje o del escenario, se detiene la cámara o desde qué ángulo (mirada) se nos trasmite la imagen? ¿O han observado la discrepancia que suele existir entre lo que muestra el ojo del camarógrafo y las palabras del reportero? ¿O han visto o leído alguna vez que una mujer opine como analista política? ¿O han sido alguna vez entrevistados y, luego, cuando se publica o se pasa la entrevista, han quedado sorprendidos ante algo que no quisieron decir o que no es exactamente lo que dijeron, pero que, gracias a la edición y, no en pocas ocasiones, a la lectura que de sus palabras hace el editor, tuvo ese resultado?

Difícil, muy difícil. Sé perfectamente que no siempre hay premeditación en esos descuidos, tergiversaciones o discriminaciones; que, en múltiples ocasiones, la inmediatez del reportaje o de la noticia obligan a cometer deslices o a no reparar en las trampas que pone la propia ideología. Cuando es así, lo que me preocupa seriamente es que no tengan conciencia de que lo hacen. Por eso, me llama la atención que Jorge afirme los siguientes enunciados:

1. Que un día los medios optaron por «dar su propia versión» sobre los acontecimientos y, entonces, reporteros y camarógrafos empezaron a trasladarse al mero lugar de los hechos para conocer «la verdad» de lo que sucede.
2. Que el periodismo independiente no se limita a buscar las dos versiones sobre algo, sino que da la «suya, propia e institucional, con toda la objetividad y veracidad de la que es capaz cada medio».
3. Que los medios serios compiten «por atraer al público con la noticia más veraz, el reporte más oportuno, la entrevista más reveladora y el comentario más certero».

Digo que me llama la atención, porque encuentro que las tres afirmaciones se mueven en el plano de la contradicción. La primera y la tercera parten de la premisa de que hay una sola realidad y de que esta es objetivamente observable. En consecuencia, la información siempre está en algún lugar; lo que hay que hacer es encontrarla y traspasarla. Sin embargo, la misma primera y la segunda admiten que los medios y, por ende, sus operadores, tienen su propia versión sobre la realidad y que es esa propia versión la que transmiten. Esta declaración lleva implícito el reconocimiento de que hay también otras versiones sobre una misma realidad, pero, simultánea y curiosamente, los medios conciben y promocionan la propia como «la verdadera». ¿Reflejan o no reflejan, entonces, los medios, la realidad tal cual es, suponiendo que tal destreza aprehensiva fuera posible? Porque, ellos parecen estar convencidos de que pueden hacerlo y, es más, el imaginario colectivo cree que efectivamente es así. No se suele reparar en que ni siquiera una fotografía, que congela la fugacidad de unos instantes, logra hacerlo. La realidad se nos presenta fragmentada. No es posible asirla en toda su completitud. Lo que nos llega por la prensa, por la radio o por la televisión son solo pedazos de algo que denominamos realidad. A nosotros, los lectores, radioescuchas y televidentes, si contamos con los elementos para hacerlo, nos toca -como dice la propaganda de ECO, el canal mexicano- armar las piezas del rompecabezas.

Por otro lado ¿quién define cuál es la noticia más veraz, o el reporte más oportuno, o la entrevista más reveladora, o el comentario más certero? Cada reportero, locutor o conductor, e incluso -o, tal vez, sobre todo- cada dueño, lo decide por su propia cuenta, cuando esté en aptitud de hacerlo, debería contar con una gama de perspectivas lo más objetivas posibles para confrontar unas con otras; con una variedad de interpretaciones mostradas exactamente como lo que son, interpretaciones; con destrezas escrutadoras, que no las tienen la mayoría de los ecuatorianos, que le permitan discriminar entre hechos y juicios de valor; con conocimientos generales, que tampoco los tiene la mayor parte de nuestra población, que le permitan evaluar, analizar y cuestionar los mensajes que recibe.

De tal forma que no es digerible la pureza de los medios. No lo es, porque son tan prisioneros como el resto de los mortales de las fuerzas e intereses que gobiernan las reglas del mercado y que dictaminan cuáles son los modelos socio-político-jurídicos a seguir. Por esa razón, ha sido pertinente recurrir a la expresión «prensa alternativa», para designar a aquellos espacios comunicativos que se ocupan de dar voz a quienes usualmente no pueden hacerse oír, o que quieren revelar otras versiones de la historia, o que buscan crear canales de diálogo y promover la interacción entre diferentes identidades culturales, o que se empeñan en salir del impuesto anonimato para volverse visibles y participar en su propio desarrollo, o que, en fin, no están nada dispuestos a someterse a las directrices de los poderosos «mass-media».

Jorge dice también, con razón, que «mostrar no es sinónimo de alentar», y que, por lo tanto, cuando los medios apuntan un mal no están poniendo énfasis en reproducir lo morboso, porque, además, suelen ser críticos y suelen señalar un camino de mejoría. De acuerdo, hay bastante de eso, pero lo censurable no es el mostrar en sí, sino el cómo se muestra. Lo reprochable no es encarar el mal, porque también forma parte de nuestras vidas y porque la denuncia es sostén de la democracia, sino cómo se lo encara. Estoy segura de que, frente a cada acto o hecho repudiable, hay otro acto o hecho similar elogiabile o hay una o varias respuestas encomiables o dignas de ser conocidas. Imaginen us-

tedes que están leyendo una noticia acerca de un padre que ha violado a su hija de diez años y que, junto a esa desgracia o a continuación de su reseña, con la misma importancia en espacio, titular y énfasis, se destaca, por ejemplo, las lecturas psicológicas y sociales que la teoría feminista ha elaborado sobre la violación y que, en buena parte, responsabiliza de esos desgraciados actos a los patrones culturales con los cuales somos educados hombres y mujeres. Pero no, lo frecuente es reproducir las manidas explicaciones de siempre: el sujeto es un depravado, la familia vive en promiscuidad, la madre salía a trabajar, la niña se quedaba sola con él, y soslayar formas diferentes y más profundas de encarar el problema.

Miren la portada de un diario o escuchen uno de los noticieros radiales o televisivos de mayor sintonía y examinen cuántas veces y, si lo hacen, con qué finalidad se recoge la opinión o la actuación de un niño o niña, de un anciano o una anciana, de un negro o una negra, de un indígena o una indígena, de un homosexual o de una lesbiana, o, parece mentira, de una mujer.

Si arriban a la conclusión que yo he llegado, podrán observar que, todavía y en términos generales, para los medios de comunicación, los protagonistas de la historia siguen siendo los hombres, siguen siendo blancos, siguen siendo adultos en el esplendor de la madurez, siguen siendo heterosexuales. Fuera han quedado mucho más del 50% de la población.

¿Cómo pensar, entonces, en la construcción de una identidad nacional, cuando no somos solamente dos «ecuaadores» sino tres, cuatro, cinco y no sé cuántos más? ¿Cómo empezar a trabajar en un proyecto nacional común, si entre unos y otros sectores parece existir un abismo casi infranqueable, de alguna manera fortalecido, en mi opinión, por los medios de comunicación?. ¿Cómo poder labrar nuestro destino como nación, si el mayor porcentaje de nuestros semejantes está excluido del acceso a los favores sociales de los medios de comunicación?

A pesar de la envergadura de las preguntas, me inclino a sostener que es posible. Y que, en esa posibilidad, los medios tienen un gran

desafío. Todo lo que he dicho ha estado acompañado del convencimiento de la trascendencia que tienen los medios de comunicación. Son los agentes ideales para la democratización de la información. Son la vía perfecta para que la opinión pública se exprese en toda su diversidad. Son algo así como la extensión de todos nuestros sentidos: a través de ellos nos podemos acercar, de distintas maneras, a las miles de facetas que tiene la realidad. Son el escenario preciso desde donde gestar una nueva manera de ser personas, un nuevo estilo de ser ciudadanos, una nueva práctica vivencial de la experiencia colectiva; en definitiva, de lo que tanto estamos anhelando: un nuevo país.

Es cuestión de que los medios tengan la voluntad de aceptar el desafío.

IDENTIDAD NACIONAL Y MEDIOS DE COMUNICACION

Jaime Costales*

Es verdad que se ha dado una satanización de los efectos de los medios sobre la gente, exagerando sus efectos nocivos y metiendo en un mismo saco a la prensa que funciona en un marco de patrones nocivos, al mismo tiempo que a los medios que hacen una labor creativa, valiosa y beneficiosa para la sociedad. Sin embargo, me parece que sí hay una conspiración, si bien inconsciente o poco planificada, pues los medios se encuadran casi al unísono en el fanatismo de la religión de moda: la religión del Mercado, donde el paraíso es algo parecido a un «Mail» infinito, Dios Padre es sustituido por el mercado, el Hijo por el patrón dólar y el Espíritu Santo por la Bolsa de Valores o el FMI.

Lo anterior no descalifica a todos los medios ni mucho menos a todos los periodistas, pero es evidente que los medios tampoco están constituidos por ángeles. El verdadero periodismo independiente ha de partir de valores humanos trascendentes, y su defensa y afirmación ha de ser una de las tareas cruciales de los medios. Precisamente en una época histórica donde el consumismo más desenfrenado, inhumano y depredador ha sustituido a los ideales y a los valores que en ellos subyacen, los medios tienen una inmensa responsabilidad frente a la vida y a la gente: su independencia del poder formal, sino independencia de la empresa y de la mera visión de lucro. Independencia esencial para salir en defensa de los máspreciado que hay en la humanidad, su dignidad y sus valores espirituales.

* Ph.D. en Psicología y Antropología Social. profesor de la Universidad Católica y Universidad San Francisco de Quito.

les. Independencia para sobreponerse a la voracidad del afán de ganancia y hablar en nombre simple y llano de la humanidad.

También es evidente que los medios en nuestro país se han visto involucrados en la defensa de la semilla democrática. En los momentos más dramáticos en que el desgobierno y la corrupción han quebrado al país en todos los sentidos, buena parte de los medios se han alineado en la defensa de la democracia activa, la han cuidado, la han reafirmado, llegando incluso a confrontar al poder abusivo y atrabiliario. También han defendido la integridad del Ecuador en los tiempos de la agresión militarista del Perú y han levantado una conciencia nacionalista acorde con las exigencias de esos momentos de crisis. Mérito superior ha alcanzado la prensa nacional en los eventos que culminaron en el desalojo de la «tropa de Alí Babá del poder político, durante la inolvidable sublevación de la alegría vivida en febrero de 1997.

Sin desconocer todos aquellos méritos, es verdad que en ciertos medios y programas -quizá quepa generalizar- hay un enfoque excesivamente negativista y hasta morboso, que se concentra en todos los males habidos y por haber y en la descripción espeluznante de los sucesos. Esa actitud contribuye a que los ecuatorianos nos desidentifiquemos con las virtualidades propias de nuestra colectividad que están siendo ocultas bajo la avalancha de la sombra y de los yerros colectivos. Por lo mismo, me parece indispensable formar a las élites del periodismo y de los medios en estrategias activas para enfocar positivamente los sucesos y revalorar intensivamente los potenciales y características creativas, sanas y benéficas propias de nuestro ser colectivo. Los medios y los profesionales que en ellos trabajan necesitan una formación integrada y eficiente que les permita identificarse y valorar las identidades de nuestro país, pero, por sobre todo, desarrollar un proceso de motivación de la autoimagen de los ecuatorianos orientada a un cambio de actitudes y comportamientos.

Si el periodismo pretende ser un contrapoder beneficioso, necesita basarse en un poder moral, pues de lo contrario puede desorientar y enrumbar equivocadamente los procesos colectivos. La fuerza que tiene, con todo y lo limitada que es, resulta inmensa y ha de ser regulada por un código claro de ética periodística.

Si quieren llegar al «Ecuador de Abajo», los periodistas tienen que despojarse de lenguajes enrevesados y fórmulas de hablar y escribir que los aislan en sus cápsulas de cristal. Necesitan, como necesitamos todos quienes somos parte de las ciencias sociales y cumplimos actividades de comunicación, aprender a ser humildes y comprender que los lenguajes que llegan y penetran en la aplastante mayoría de menesterosos urbanos y rurales, son los lenguajes de la cotidianidad: han de ser claros, sencillos y divertidos, esto es, suficientemente cálidos. Si alguien como Bucaram, carente de todo principio moral y de casi cualquier calidad humana, llegó tan intensamente a 2.3 millones de electores, hemos de aprender que los lenguajes sofisticados y alambicados han fracasado rotundamente.

La identidad nacional no es un paraíso teórico para el debate de superdotados intelectuales, o escenario para discusiones interminables. Es una construcción lenta y gozosa, a la vez que difícil y hasta tortuosa, a partir de la raíz que se sumerge en las decenas de miles de años de nuestras culturas andino-equinocciales. La identidad no es el mero mestizaje asumido al apuro, como algo simplemente urbano. El país no son únicamente sus ciudades, si bien en ellas habita ya la mayoría de la población. Como lo sostienen algunos antropólogos, hay distintas identidades. Mas resulta que entre ellas hemos de forjar el hilo conductor que las comunique. Y en eso aparece con nitidez el papel de los medios de masas. Sí, pues ellos podrían constituirse en puente intercultural si despiertan a la condición variada de nuestro ser social y de las culturas que habitan nuestro suelo.

Recuerdo el asombro que me produjo comprobar hasta dónde ha penetrado la televisión, por citar ejemplos. En junio de 1995, me encontraba en el poblado de Salarón, en el alto páramo de la provincia del Chimborazo. Tras un daño del automóvil, debido a la altura, traté de conseguir ayuda entrando a una tienda del lugar. La dueña me prestó escasa atención, contestando a mis requerimientos sin regresar a ver, pues estaba absolutamente concentrada en la pantalla de un televisor a color, atrapada en la trama de una telenovela venezolana. Allí, donde la vida urbana es una lejanía casi absoluta y la vida transcurre en el marco

aislado de los pisos fríos andinos, la cultura aborígen está siendo desmoronada casi imperceptiblemente por la presencia de los medios de comunicación de masas. Horas más tarde del suceso, mientras un grupo de niños del poblado pequeñísimo de San Francisco de Lan Lan cumplían la ceremonia de finalización de su año escolar, unos cuantos adolescente indígenas los observaban desde un poyo cercano, junto al patio de la escuela. Los muchachos vestían jeans apretados, camisetas y chompas juveniles y calzaban zapatos deportivos típicamente urbanos. Era notorio el despojo de las vestimentas y apariencia propia de las etnias de páramo, síntoma de un mestizaje que avanza a marchas forzadas. Es claro que nuestro ser socio-cultural está en peligro de difuminarse en la mezcla insípida de la urbanización y los medios tienen la obligación de diseñar y mantener estrategias y programaciones orientadas a la preservación de las identidades del Ecuador; junto con las acciones que en el mismo sentido deben concretar los propios pueblos indígenas y negros, así como las universidades, las ONGs y el propio gobierno.

Los mismos medios y periodistas que asumieron con valentía la defensa de la dignidad nacional que estaba siendo sepultada por el peor gobierno de la república, dirigido por un vulgar asesino de canciones, pueden entender que su tarea ha de extenderse a la investigación, a la defensa y a la difusión adecuada de nuestras identidades, de aquello que nos hace originales y distintos en medio de Latinoamérica y del mundo. Dado que es cierto el hecho de que aún no somos una nación madura sino germinal, a todos quienes amamos intensamente este país nos compete obligatoriamente acelerar aquella maduración colectiva que podrá sostenerse sólo en una democracia crecida y cabal.

Los medios de comunicación masivos pueden y deben llegar al Ecuador «de abajo» del que habla Jorge Ortiz y reconocer que habiendo tantos distintos «ecuaadores», es necesario soldarlos en un sólo ser, a través de una genuina pedagogía de masas. Reeducarnos para sentir a plenitud el orgullo de ser ecuatorianos, siendo al mismo tiempo plenamente conscientes de nuestras propias miserias colectivas. Dice Jorge Ortiz que el conocimiento es el primer paso hacia el reconocimiento. Y añadido que no podemos quedarnos en el reconocimiento sino que es

emergente pasar a la construcción incesante, única forma de salir de las mismas en las que estuvieron a punto de ahogarnos los mega - corruptos. Pero ciertamente la construcción se hace posible gracias a los planes, a los ideales sociales que marcan las fronteras y las direcciones de nuestros sueños, para que nuestro esfuerzo concreto y tenaz cambie el derrotismo de un pueblo quejumbroso, y lo transforme en un pueblo agradecido de la vida, rebosante de esperanza y de actos de creación.

En las últimas escenas de aquella controversial película que nos fascinó cuando éramos adolescentes, Jesucristo Super Star, Judas le pregunta a Jesús a modo de reclamo, por qué no vino nuevamente a fines del siglo veinte, cuando habría tenido tantos medios de comunicación para difundir sus mensajes. Judas veía entonces la magnitud del impacto colectivo mundial que habría alcanzado Jesús, y esa interrogación me parece inmensamente válida para los periodistas y directivos de los propios medios de masas. Porque los ideales humanos y ecológicos pueden ser defendidos ahora a través de la televisión vía satélite, internet, cadenas radiales, programas interactivos y demás resultados de la tecnología de punta. Con todo ello, tenemos la posibilidad cierta de propiciar una inmensa revolución pacífica de las conciencias y de las actitudes, lo cual en último término conllevará una revolución de los comportamientos. Pero para lograrlo, habría que poner en obras las palabras de Héctor Agosti, quien afirmaba que todos podemos alcanzar la plena posesión de la ventura si acompasamos el tamaño de nuestra esperanza con la obstinada dignidad de nuestro esfuerzo.

Sí, gigante esperanza. Sí, obstinada dignidad. Sí, obstinado esfuerzo. Los medios no pueden reducirse a diversión y distracción. Menos todavía pueden conformarse con el papel despersonalizador y enajenante que también cumplen. Y los ciudadanos simples y silvestres tampoco podemos esperar sentados a que los medios de masas cambien para bien. La presión efectiva que puede producir una protesta creadora, es un acto de defensa de lo mejor que hay en nosotros como seres humanos, y como pueblo. En nuestras manos está exigir que se eleve la calidad y la intencionalidad de las programaciones y de los contenidos, en beneficio de nuestras identidades colectivas.

Ni la globalización -vista como mensaje ideológico totalizante- cumple lo que ofrece, ni las recetas aplicadas -derivadas de dicho mensaje- han resuelto los problemas del subdesarrollo. Es más, esas políticas consideradas generalmente como pragmáticas y serias, en tanto forman parte de "la política de lo mejor", suelen ser apenas "un ejercicio retórico donde el futuro ideal sirve para legitimar lo pésimo de hoy".

En estas condiciones resulta imperiosa una relectura de la globalización. No para simplemente negar su existencia. No para cerrar la puerta a la integración de nuestros países en el contexto mundial. Tampoco para asumir la construcción intelectual de una propuesta teórica global contestaria a la globalización, como si esta fuera simplemente el resultado de un producto artificial o ideológico, preparado expreso para sojuzgar a los grupos explotados. Lo cual implica reconocer, en primera instancia, que la globalización no es en sí una estrategia, sino un proceso en marcha. Planteadas así las cosas, requerimos una aproximación realista al contexto histórico del momento presente, despojándolo de sus mitos y falsedades. Para desde allí proyectar una estrategia de desarrollo realizable y deseable para el conjunto de la sociedad, que asuma lo que es posible hacer en las actuales condiciones -lo alternativo-, sin perder de vista una necesaria utopía orientadora, aquella ansiada vocación utópica de futuro.

ISBN: 9978-94-107-X

Portada: "El mito de las aguas", óleo, Gustavo Cáceres, 60x80 cms., 1993



FLACSO



INSTITUTO DE ALTOS
ESTUDIOS NACIONALES

